



## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

Lunes 13 de Octubre de 1873.

DIRECTOR.—D. EUSEBIO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: un real línea.—COMUNICADOS: á precios convencionales.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Valverde, 34.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchoarena, Benavides, Bueno, Borao, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco (Eusebio), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, Dacarrete, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Felgu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Martos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Osorio, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retes, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (G.), Rodriguez (D. J.), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Sauromá, Serrano Alcázar, Sellés, Saamartin, Trueba, Tubino, Varea, Valera, Boix, Vidart, Wilson (baronesa de).

## SUMARIO.

Revista general, por O. O. O.—Proceso del general Bazaine.—Carta de Mr. Thiers á M. Bernad.—Entierros musulmanes, por Manuel Curros y Enriquez.—Circular del Círculo alfonsino á los presidentes de los comités.—Escuela de artes y oficios, por D. Jorge Perez Texero.—Los libros nuevos, por D. Antonio F. Grilo.—Carlos I y la revolución de Inglaterra, por el C. de Torenó.—Leyenda de Catalina Ossema, (conclusion), por D. José Güell y Renté.—Necrología, por D. Eusebio Asquerino.—Poetas: Junto á mi madre, por D. José Luis de Leon; ¡Esa Canción!, por D. Juan Clemente Zemea; Contrastes, A un ángel caído, por Constantino Gil.—Sueltos.—Reclamos y Anuncios.

## REVISTA GENERAL.

La situación política de España ha mejorado bastante desde la última quincena, ya en lo que se refiere á la actitud de los partidos, ya en lo que respecta á las noticias de la guerra, ya, por último, en cuanto al desenvolvimiento de las cuestiones pendientes.

Empecemos por la actitud de los partidos. El interés de la política en esta esfera, está condensado en las declaraciones de los radicales, en la indecisión de los conservadores y en las esperanzas que de nuevo parecen alentar con mayor ardimiento los alfonsinos y borbónicos de todos los linajes.

Los radicales parece que al fin y al cabo se desvían del sinuoso camino por ellos emprendido antes del 23 de abril; comprenden que sus alianzas naturales no están en el campo unionista, que su ideal no puede ser otro que la República y que combatiendo á esta forma de gobierno, combaten su propia doctrina, sus intereses y los intereses de esa numerosa clase media á que representan. Existe entre los radicales un grupo que estuvo á punto de claudicar poniendo la espada de la libertad en manos del duque de la Torre; contra la tendencia representada por este grupo se reunieron en casa del Sr. Montesinos algunos progresistas de abolengo, de quienes dicen los maldicientes que iban inspirados por el Sr. Ruiz Zorrilla. No sabemos hasta qué punto podrá ser cierto este rumor; pero ello es que los reunidos bajo el patrocinio del sobrino del Sr. Duque de la Victoria y en realidad bajo la presidencia del Sr. Fernandez de los Ríos, han ejercido una influencia decisiva en las tendencias y en los acuerdos del partido radical, contritiendo de una manera directa, eficaz y definitiva á que ciertas inteligencias, en mal hora aunadas el

23 de abril para daño de la República y del orden, terminasen. Por el derrotero marcado en esta reunión, se prosiguió en la verificada en la Tertulia Radical pocos días despues, y cuando ya los conservadores habian decidido que dichas inteligencias no prosiguieran. En la Tertulia Radical se vió de una manera evidente y manifiesta que la actitud del grupo congregado en casa del Sr. Montesinos era la actitud adoptada por el partido, si bien los mismos contrarios á esa actitud cuidaron de presentar con tal habilidad la parte escénica, que no pareció sino que todo era obra suya y que la concordia á que venian resignados era la expresion desus constantes deseos y de su patriótico anhelo.

La misma fracción Montero Rios acudió á hacer protestas de republicanismo tibio; pero de republicanismo al fin. Solo el Sr. Gasset se manifestó apegado á la monarquía é impertérrito en su propósito de no plegar la bandera monárquico-democrática, siquiera esta lleve por todo mote una X que pueda prestarse á varias interpretaciones y ser en lo futuro rumbo de distintos caminos.

Quedó, pues, con esta reunión demostrado que la mayor suma de los antiguos radicales vuelve al campo de donde no debió ni por un momento separarse; que ese partido será de hoy mas, y deberá ser por todos considerado, como un partido republicano, liberal y conservador de las tradiciones del antiguo progresista y de las instituciones que trajo á este país la revolución de Setiembre; que, por último, algunos elementos disgregados del radicalismo acaso vayan á buscar bajo las banderas unionistas el amparo y protección que no pueden encontrar bajo las de la República. Los conservadores tambien discuten sobre la actitud que ha de serles oportuno adoptar. De ellos, gran parte se inclinan á sostener las mismas soluciones que los radicales. Los demás, ó están indecisos como el duque de la Torre ó van directamente á formar causa comun con los alfonsinos.

Todo indica que los tiempos que tantas veces hemos anunciado desde las columnas de LA AMERICA, se aproximan; que el deslinde total, completo y definitivo, está cercano y que la gran batalla se acerca. En el día en que se verifique, cada uno deberá estar en su puesto y no habrá más que dos posiciones posibles. La que ocupen los amigos de una restauración en D. Alfonso y la que ocupen los afectos á la revolución de Setiembre.

Cómo y cuándo vendrá esa batalla, hé ahí lo que no podemos anticipar á nuestros lectores y lo que han de ir marcándonos los sucesos; pero el hecho innegable es que cada día se acerca más, que todos se disponen á esperarla y que los que no están hasta ahora preveni-

dos, deben cuanto antes procurar que no les coja sin pensamiento, bandera ó plan, que á los que esto suceda habrá acaecido lo peor que pudiera acontecerles.

El Gobierno, en tanto, ageno en gran parte á estas luchas de los partidos, y á estas combinaciones de la política, se ocupa más de devolver la calma al país y de hacer el orden. En este camino lleva no poco adelantado. Cartagena sucumbirá en breve espacio ante el formal bloqueo que alrededor de ella han establecido, de una parte el general Ceballos, y de otra el contraalmirante Lobo. Este ha conseguido ya batir á la escuadra insurrecta, causándole grandes pérdidas é irreparables averías. En breve, pues, los insurrectos serán estrechados vigorosamente, y Cartagena sucumbirá espirando con ella la insurrección central y la bandera separatista.

Por lo que toca al carlismo tambien se ha mejorado notablemente desde la quincena última. Hemos tenido en Puente la Reina un combate favorable á nuestras armas y en Amposta y otros puntos de Cataluña encuentros igualmente ventajosos. El Pretendiente se refugia en Estella y lo rodean todas sus tropas: D. Alfonso y Doña Blanca huyen á Francia, merced á las discordias de sus amigos y á las derrotas continuadas. Si dentro de poco lo que queda de él en el Maestrazgo y la Mancha sufre análogos reveses, puede darse ya esa causa implacable como derrotada una vez mas en los campos de batalla.

Mas que de éstos, de donde ella aparenta esperar algo es de la vecina república. Nosotros creemos que lo hace sin fundamento; pero aun cuando hubiera algun motivo que justificase tales creencias, ese motivo puede ir desapareciendo. Segun las últimas noticias, el movimiento republicano se acentúa cada vez mas, despues de haber tomado Thiers su direccion y los legitimistas ven en el mismo Frohsdorf suscitarse obstáculos á sus planes.

Cuánta importancia tiene todo esto fácil es á nuestros lectores alcanzarla, y perdonémoslos si la falta de espacio y tiempo que nos ha obligado hoy á hacer mas breve nuestra revista, no nos permita decir todo lo que deseáramos, respecto á este punto.

O. O. O.

## PARTE HISTORICA

DEL PROCESO DEL GENERAL BAZAINE durante la guerra.

El 15 de Julio de 1870, recibió el mariscal Bazaine la orden de tomar el man-

do del tercer cuerpo, y el 16 del mismo fué nombrado general en jefe, hasta la llegada del emperador de los siete cuerpos y de la guardia imperial, que componian el ejército de Rhin.

El mariscal se incorporó al tercer cuerpo en Boular; el 2 de Agosto apoyó el combate de Saarbrück con dos divisiones, y el 12 del mismo fué nombrado definitivamente general en jefe del ejército.

Rechazado hácia el Oeste por las fuerzas alemanas, este ejército se encontraba ya concentrado desde el día anterior bajo las murallas de Metz en la orilla derecha del Mosela.

Componiase entonces el ejército del Rhin de 122.000 hombres de infantería, 13.000 caballos, 10.000 artilleros y 25.000 de ingenieros é institutos auxiliares, formando un total de 170.000 hombres con 90 baterías, ó sean 540 bocas de fuego incluidas 84 ametralladoras. El 14 de Agosto destacó del ejército la division Laveaucoupet de unos 8.000 hombres, para que ocupase los fuertes de Metz y guarneciera la plaza.

El cuartel imperial estaba en Metz y el del mariscal Bazaine en Borny, aldehuella á cuatro ó cinco kilómetros al Este y casi equidistante de los fuertes de San Julien y de Queulen.

Tal era la situación del ejército cuando el general en jefe recibió orden del emperador de pasar al Mosela sin tardanza, y en el momento en que llevaba á cabo el 14 esta operación, que la crecida de los rios habia hecho difícil, fué atacado por el enemigo y tuvo efecto el combate de Borny.

El tercer cuerpo tuvo que proteger la retirada del ejército, y este combate costó á los franceses 3.610 hombres y 197 oficiales. El bravo general Decaen fué allí mortalmente herido, y el mariscal Bazaine recibió una contusión en un hombro.

Retardado en consecuencia el paso del Mosela, no se terminó hasta la mañana del 15, y el ejército no pudo avanzar tan rápidamente como el mariscal deseaba, las posiciones que habia indicado á los jefes de cuerpos más allá de Gravelotte. Algunos cuerpos como el 2.º y el 6.º que no habian tomado parte en el combate de Borny, estuvieron en la meseta de Gravelotte desde la mañana del 15; pero la guardia imperial no llegó hasta la noche y el 4.º cuerpo á las órdenes del general Ladmiraunt, se vió obligado á variar el itinerario y no llegó á su puesto hasta la tarde del 16, y lo mismo ocurrió con el tercer cuerpo mandado por el mariscal Le Bœuf. Ahora bien, las tropas francesas fueron atacadas á las nueve de la mañana por los alemanes que les habian adelantado en su marcha por haber pasado el Mosela por el Sur, corriéndose por Pout á Mousson



y Corny. La batalla duró hasta el anoche, y si los franceses quedaron en sus posiciones fué á costa de la enorme pérdida de 16,954 hombres y 831 oficiales muertos, heridos ó estraviados. Los generales Le Grand, Brayer y Marguenat fueron muertos, y los generales Bataille y Letellier-Valazé gravemente heridos.

Al telegrafiar el mariscal al emperador anunciándole la pérdida de Verdun, le dijo que el resultado de la batalla colocaba al ejército en la imposibilidad de continuar su retirada en buenas condiciones tácticas, porque al apoderarse los prusianos de Mars-la-Tour, habían cortado el camino al Sur de Verdun, así como el que pasa por Conflans, y no quedaba otra dirección que la de Briey-Longuyon, cuyos caminos eran estrechos y malos. El general en jefe añadía, que se veía obligado además á aproximarse á Metz para racionarse y municionarse.

Si me detengo en esta funesta jornada del 16 de Agosto, es porque la acusación contra el mariscal se ha fijado en ella y me ha parecido indispensable recordarla sumariamente á nuestros lectores.

El mariscal hizo, pues, hacer á sus tropas un movimiento retrógrado y vino á ocupar las posiciones de Amanvillers, á unos 15 kilómetros al Noroeste de Metz. Allí es donde fué atacado el 18 de Agosto por más de 200,000 hombres, á los cuales no pudo oponer más que cien mil. La acción duró todo el día y fué mortífera para el enemigo; pero los franceses perdieron más de 12,000 soldados y 589 oficiales, haciendo el mariscal replegar sus tropas entre la plaza y los fuertes de Saint-Quentin y de Plappeville.

En el mismo día escribió al emperador que las tropas estaban fatigadas por aquellos combates incesantes, y que era indispensable dejarles descansar un par de días.

El mariscal añade:

«El rey de Prusia llegó esta mañana con Molke, y todo indica que el ejército prusiano quiere tantear la plaza de Metz. Cuento siempre tomar la dirección del Norte y caer en seguida sobre Montmedy, en el camino de Sainte-Menchould á Chalons, si esta plaza no está fuertemente ocupada. En el caso contrario, continuaré hacia Sedan y hasta Mezières, para llegar á Chalons.»

Desde este día el mariscal data la embestida.

Hé aquí cuál era la situación de las tropas bajo sus órdenes. Estado sanitario, bueno, á pesar de los 16,000 heridos que se encontraban en la plaza; armamento completo y en buen estado; estado moral, satisfactorio, especialmente en la clase de tropa. El mariscal Le Boeuf ha designado á la crítica la disposición de algunos oficiales de su cuerpo. Los vacíos en los cuadros se hacían sentir, y la disciplina se resentía: el ejército había ya perdido más de 35,000 hombres y le faltaban 19 generales y 1,877 oficiales muertos, heridos ó estraviados; las pérdidas de efectos militares y de campamento eran numerosas. Únicamente la guardia imperial parecía que había entrado en campaña la víspera, solo que le faltaban 138 oficiales y 2,926 soldados; pero sus municiones eran el completo de su dotación, y el general Bourbaki respondía de la moral de sus tropas.

El 20 y 22 el mariscal hizo saber al emperador que el enemigo continuaba atacándole, amparándose de baterías, cortando los caminos é interceptando las comunicaciones, y le confirma su proyecto de buscar un paso por entre las plazas del Norte, suponiendo que en aquel momento el efectivo del ejército era de 350,000 hombres.

El 26 el general en jefe del ejército del Rhin hizo pasar todas sus tropas á la orilla derecha del Mosela, contando atraer el enemigo y favorecer de esta manera la marcha que el mariscal MacMahon le había anunciado, por su despacho del 18 de Agosto; pero una terrible tempestad detuvo todo movimiento; el enemigo, atrinchado detrás de sus defensas, no manifestó que tuviese el propósito de aceptar el combate. Entonces el mariscal hizo que el ejército volviese á sus posiciones y reunió en seguida en el castillo de Gremont á todos los

jefes de cuerpo para esponderles la situación y pedirles consejo.

Todos fueron de opinión, por motivos distintos, de que el ejército del Rhin no debía alejarse de Metz; pero todos también espresaron su deseo que el ejército no quedase un solo momento inactivo y que inquietase incesantemente al enemigo.

El mariscal Canrobert fué del mismo parecer que los generales Solcille y Frossard, y dijo: «Demos golpes por todos lados, demos golpes por todos lados é incesantemente.»

El general Ladmirault creía que era imposible emprender un ataque de larga duración por falta de municiones.

El mariscal Le Boeuf, despues de haberse defendido de los ataques de que fué objeto, con motivo de todo cuanto había ocurrido desde el principio de la campaña, dijo que el mejor servicio que se podía hacer á la nación, era conservar el ejército intacto.

En cuanto al general Bourbaki, espresaba su pensamiento en dos palabras:

«Mi más ardiente deseo, dijo, sería hacer un agujero por Chateau Salins y que nos diera el aire; pero si no tenemos municiones, claro es que no podemos hacer nada.»

El general Coffinieres declaró además que la plaza de Metz y los fuertes no podrían sostenerse más de quince días, si los fuertes se abandonaban, y entonces se decidió que el ejército debía, pues, permanecer bajo los muros de Metz, porque la presencia allí de más de 200,000 hombres, daría tiempo á Francia para organizar la resistencia; á los ejércitos en vías de organizarse, tiempo para verificarlo, y porque en caso de la retirada de los prusianos, podría molestarlos, ya que no derrotarlos de una manera decisiva.

Prosiguiéronse, pues, las obras de los fuertes; el mariscal hizo volver sus tropas á sus posiciones á orillas del Mosela, y el 29 recibió del comandante de Thionville, Mr. Turnier, el siguiente despacho:

«El general Ducrot manda el cuerpo de MacMahon; debe hallarse hoy 27 en Stenay, izquierda del ejército. General Donay á la derecha sobre el Meuse. «Estar dispuesto á marchar al primer cañonazo.»

El mariscal Bazaine creyó de su deber preguntar al coronel Turnier, de quien había recibido aquellas noticias y le envió un emisario, pero este no volvió. Solamente que, como al propio tiempo recibió un despacho del emperador, anunciándole que se dirigiese hacia Montmedy, volvió á su plan del 26 de agosto, es decir, al de traer las fuerzas enemigas á la orilla derecha del Mosela, y abrirse luego paso por el Norte, hacia Thionville. En consecuencia dió inmediatamente sus órdenes, indicando como objetivo la toma de la meseta de Sainte-Barbe, y desplegó al ejército delante de Queulen de Saint-Julien.

El mariscal dice que dió la orden de atacar á las dos y media, sin embargo, el movimiento no empezó hasta las cuatro, y este combate, conocido con el nombre de batalla de Sainte-Barbe, y que había empezado con una verdadera ventaja, fué también para las armas francesas un nuevo desastre. El ejército francés se vió obligado á ocupar de nuevo precipitadamente sus posiciones bajo los muros de Metz. Durante estos dos días de lucha perdieron los franceses 3,517 soldados y 142 oficiales.

El general en jefe del ejército del Rhin escribió inmediatamente al emperador, para informarle de su precaria situación, ignorándose cuál ha sido la suerte de esta carta.

En aquel entonces, es decir, el 1.º de Setiembre, los acopios de trigo eran más considerables que los de carne; aun había provisiones para cinco semanas. El pan escaseaba: no había mas que para suministrar la doble ración reglamentaria que los soldados deben llevar de reserva en sus mochilas. La carne de caballo debía empezarse á distribuir el 7 de Setiembre, y el consumo se apreció en 250 de estos animales, de los cuales 50 se destinaron al consumo de la ciudad. El estado sanitario era poco satisfactorio, pues los hospitales contenían dé 15 á 16,000 enfermos, y las entradas eran por término medio de 70 hombres cada día. Además, unos 2,000 heridos estaban asistidos en los domicilios de los

habitantes de la ciudad, con un celo é interés digno del mayor elogio.

Por lo que respecta á las municiones estaban muy distante de abundar y su fabricación era difícil por causa de que poco antes de empezar la campaña, el establecimiento pirotécnico de Metz había sido trasladado á Bourges, y el material que el general Soleile había pedido á Paris no había llegado todavía.

En esta desgraciada situación, tuvo conocimiento el ejército del Rhin del desastre de Sedan, por los gritos de victoria que se oían en las avanzadas prusianas, y la noticia de la revolución del 4 de Setiembre llegó á conocimiento del general Bazaine por medio de un prisionero que se había fugado de Ausur-Moselle.

Inmediatamente el mariscal escribió al general en jefe del ejército sitiador, pidiendo informes acerca de la verdad de estos acontecimientos, pero hasta el 16 de Setiembre no recibió contestación.

Creemos interesará á los lectores de la *Liberté* conocer el texto de la carta del príncipe Federico Carlos, escrita en alemán, y cuya traducción es la siguiente:

#### EL PRINCIPE FEDERICO CARLOS

AL MARISCAL BAZAINE.

«Cuartel general, delante de Metz, 18 Setiembre 1870.

Siento no haber podido contestar hasta este momento á la carta de V. E. á causa de una escursión que me ha impedido recibirla oportunamente. Los informes que V. E. desea acerca de los acontecimientos ocurridos en Francia, se los comunico con mucho gusto.

Cuando despues de la capitulación del ejército del mariscal MacMahon, cerca de Sedan, S. M. el emperador Napoleon se rindió personalmente á S. M. mi rey y señor, el emperador declaró que no podía entrar en negociaciones políticas por haber dejado la dirección de los asuntos del Estado en manos de la regencia en Paris.

El emperador se trasladó desde luego como prisionero de guerra á Prusia y eligió el castillo de Wilhemshole cerca de Cassel, por su residencia.

Dos días despues de la capitulación ocurrió, por desgracia en Paris una revolución que estableció sin derramamiento de sangre la república en lugar de la regencia. Esta república no tuvo su origen en el cuerpo legislativo sino en el Hotel de Ville y hasta ahora no ha sido reconocida en toda Francia. Las potencias monárquicas, tampoco la han reconocido todavía.

S. M. el rey ha continuado su marcha de Sedan á Paris sin encontrar obstáculo alguno en el ejército francés.

Nuestros ejércitos han llegado hoy mismo ante esta ciudad.

Por lo que toca á la composición y las tendencias del mismo gobierno establecido en Paris, el extracto de un periódico que os adjunto dará los detalles que deseáis.

Por lo demás V. E. me hallará siempre dispuesto y autorizado para contestar á toda comunicacion que pueda desear.

Federico Carlos.

A esta carta acompañaba un fragmento del periódico la *Patrie*, el cual insertaba los acontecimientos principales del día 4 de Setiembre.

El mariscal comunicó estos acontecimientos al ejército en una orden del día en la cual excitaba á las tropas á no echar en olvido sus deberes hacia la patria y á defender con igual valor el país contra los extranjeros y el orden social contra las malas pasiones.

Esta situación subsistió hasta el 23 de Setiembre, época en la cual se atribuye tuvo lugar el episodio de Regnier, sobre el cual no quiero estenderme para no anticiparme á los acontecimientos, toda vez que Mr. Regnier es uno de los principales testigos de la causa. Pero lo que creo útil decir aquí es que de la entrevista de Mr. Regnier con el mariscal Bazaine resultó el viaje del general Bourbaki á Londres. El general en jefe del ejército del Rhin había antes ofrecido esta misión al mariscal Canrobert, que la sehusó.

Con la aparición de Mr. Regnier en Metz, coincidieron los primeros rumo-

res de rendición. El mariscal Bazaine recibió de Ferrieres un despacho en el que se le preguntaba si aceptaría para la rendición del ejército las condiciones que estipulara Mr. Regnier despues de recibir sus instrucciones. Contestó que no podría admitir capitulación alguna sin los honores de la guerra, y ofreció al príncipe Federico Carlos enviarle al general Royer un ayudante de campo para que le comunicara más detallados informes acerca de lo que había ocurrido entre él y Mr. Regnier.

En este estado las cosas, empezó el mes de Octubre con latoma por el sexto cuerpo del castillo de Ladouchamps.

El día 7, las tropas francesas se hacían dueñas de Tapes y de Bellevue, pero no encontraron allí los grandes recursos que esperaban. El combate costó á los franceses 1,257 hombres, cogiendo 800 prisioneros al enemigo.

Sin embargo, de día en día la situación del ejército francés, era mas grave, los recursos disminuían rápidamente, y por esta causa se decidió el movimiento ofensivo del ejército sobre Ars, el cual fracasó.

El mariscal Bazaine se dirigió entonces á los jefes de cuerpo, como lo había hecho anteriormente, y casi todos le contestaron que era necesario tratar de obtener una capitulación honrosa, y que si el enemigo se negase á ello, no quedaba mas recurso que salir combatiendo. El mariscal Le Boeuf fué el único que omitió el parecer de que era preciso intentar de nuevo la suerte de las armas antes de pensar en ninguna especie de capitulación.

Segun el informe del general Coffinieres, no quedaba ya en la ciudad trigo mas que para diez días, y la administración militar no podía procurar al ejército pan mas que para cinco días: si bien reduciendo la ración á 300 gramos se podrían ganar tres días mas.

El 10 de octubre el mariscal Bazaine reunió el consejo de guerra, y hé aquí el resultado de las deliberaciones de este consejo:

1.º Se resistirá el mayor tiempo posible.

2.º No se hará operación alguna en la plaza, siendo casi improbable el objeto que se proponían conseguir.

3.º Las negociaciones con el enemigo se inaugurarán en un plazo que no pasará de cuarenta y ocho horas, con objeto de terminar una convención militar honrosa y aceptable para todos.

4.º En el caso en que el enemigo quiera imponer condiciones incompatibles con nuestro honor y el sentimiento del deber militar, se intentará abrirse paso por la fuerza de las armas.

Lo aprobaron y firmaron los mariscales Canrobert y Le Boeuf; los generales de Ladmirault, Frossard, Desvaux Soleille, Coffinieres; el intendente en jefe Lebrun; el mariscal Bazaine.

El día 12 de octubre el príncipe Federico Carlos hizo saber al mariscal Bazaine que tenía autorización para dejar pasar al general Boyer. Dicho general abandonó á Metz el mismo día y se volvió á Versalles. El 14 estaba de regreso. M. Bismark exigió como punto de partida y como base de las negociaciones, dos condiciones previas:

1.º Una declaración del ejército del Rhin en favor de la regencia.

2.º La entrega de la plaza de Metz á la Prusia.

El consejo de guerra reunido inmediatamente por el mariscal rechazó estas bases de negociación y algunos de los jefes de cuerpo hablaron de hacer un esfuerzo supremo.

El general Frossard se pronunció contra esta tentativa.

El general Ladmirault declaró que no se podía contar con las tropas, pero que él estaba pronto á cumplir con su deber.

El mariscal Le Boeuf, no creyendo en el éxito, juzgó preciso intentar lo que él llama una locura gloriosa.

El mariscal Canrobert dijo que esto era una fuga y no una salida. Añadió que sería un desastre mas que unir á los reveses del ejército francés.

El general Desvaux declaró que era preciso salir despues de dejar las tropas delante de Metz, hasta que estas no pudieran sostenerse más.

El general Foleille opinó en contra de la salida, convencido de que no se pasarían las primeras líneas enemigas.

El general Coffinieres dijo que si no



se obtuvieran condiciones honrosas era preciso á todo coste abrirse paso por las armas.

El consejo se separó despues de haber decidido por mayoría de seis votos sobre ocho votantes que el general Boyer fuera á reunirse con la emperatriz, para esponerle la situación del ejército del Rhin. El objeto era pedir á S. M. desligara al ejército del Rhin de su juramento en el caso en que ella no quisiera ó no creyera deber intervenir.

El general Boyer partió, y el 24 de octubre el príncipe Federico Carlos comunicó al mariscal Bazaine este telégrama de su enviado en Inglaterra:

«La emperatriz, á quien he visto, hará los mayores esfuerzos en favor del ejército de Metz, que es objeto de su profunda solicitud y de sus constantes cuidados.»

Pero á este telégrama iba unido un despacho de Mr. de Bismark, que anunciaba claramente que el comandante en jefe del ejército del Rhin, no debía intervenir en negociaciones políticas.

El mariscal Bazaine envió entonces al general Changarnier al cuartel prusiano; pero el glorioso veterano de las guerras de Africa no obtuvo éxito feliz cerca del príncipe Federico Carlos, y el 25, despues de una tentativa igualmente inútil del general de Cisey para obtener que la ciudad de Metz no fuera comprendida en la capitulación, el general Jarras, jefe de estado mayor del ejército, fué enviado cerca del príncipe Federico Carlos, como delegado con plenos poderes para fijar y firmar un convenio militar, por el cual, el ejército francés, vencido por el hambre, se constituiría prisionero de guerra.

Al llegar á este punto del proceso, será cuando deberá tener lugar el debate sobre la cuestión de las banderas, que será uno de los episodios importantes; el más importante, tal vez, segun la acusación.

El convenio se firmó en la tarde del 27 de octubre, debiendo ser ejecutado el 29 á medio día.

El 29 de octubre, á las tres de la tarde, el mariscal Bazaine se constituyó prisionero en el castillo de Corny, cuartel general del príncipe Federico Carlos. El príncipe le trasmitió inmediatamente la orden que habia recibido de Versalles para mandarle trasladar á Cossel, y en la misma tarde el mariscal partió para Pout-a-Mousson, de donde debía salir al día siguiente, á las nueve de la mañana, para tomar el camino de Alemania.

Insertamos á continuación la siguiente carta de Mr. Thiers dirigida á monsieur Bernard, alcalde de Nancy.

«Onchy 29 Setiembre 1873.

Señor alcalde: me habeis mostrado con insistencia en nombre de las excelentes poblaciones del Este de Francia á que vaya á visitarlas, y participar en union de ellas del júbilo por la liberación del territorio. Bien hubiera querido hacerlo, pero no lo creo conveniente en este momento, y al regresar á París sin haberos visitado, como deseábais vos y yo, voy á manifestaros los motivos que he tenido.

Mejor que nadie sabeis cuán imprevista é involuntaria por mi parte, fué la recepción que se me hizo en Belfort. Sin embargo, ¿cuánto no se ha dicho acerca de ella? Vosotros érais radicales; yo un agitador. ¿Sería conveniente hoy procurar á esas calumnias un nuevo pretexto, yendo voluntariamente esta vez al encuentro de los testimonios de simpatía que hubiérais querido manifestarme? Es indudable que hay calumnias, que es preciso saber despreciar; sin duda tambien, en el seno de un país acostumbrado á los hábitos de la libertad, la agitación seria permitida en un momento en que, sin consultar á Francia se pretende decidir de sus destinos. Y con este motivo, ¡admirad la buena fé de los partidos! Hace algunos meses se nos acusaba de violar el pacto de Burdeos, porque presentábamos algunas leyes indispensables, que no comprometían para nada el porvenir, que sin pretender imponerlas, nos limitábamos á someter al poder legislativo existente.

Y hoy, sin autorización, sin poderes, sin estar reunida la Asamblea, se trata

por unos cuantos del porvenir entero de la nación; porvenir que se quisiera hacer cernos consagrar enseguida, sin discusión, y sobre todo, sin acudir al país, principal interesado, y solo soberano legítimo.

Lo que se llama agitación en Inglaterra y en América seria pues permitido en las presentes circunstancias, pero no hay que hacer agitación en interés mismo de todas las causas que queremos proteger.

Bien pronto, en efecto, tendremos que defender, no solamente la República que para mí es la única forma de gobierno capaz de agrupar, en nombre del interés común, los partidos tan profundamente divididos, que es la sola que puede hablar á la democracia con suficiente autoridad y que esta vez, lejos de causar turbaciones en Francia no se ha presentado sino para restablecer el orden, el ejército, la Hacienda, el crédito; rescatar el territorio y cerrar, en una palabra, á escepcion de una sola, todas las heridas de la guerra; tendremos repito, que defender no solamente la República, sino todos los derechos de Francia, sus libertades civiles, políticas y religiosas, su estado social, sus principios que proclamados en 1789 han llegado á ser los del mundo entero; su bandera, en fin, que conoce el universo, y bajo la cual sus soldados, vencedores ó vencidos se han cubierto de gloria, y que sin embargo de lo cara que es á nuestro corazón su conservación, no nos bastaria, si nos arrebatasten todas las cosas de que es emblema; porque de estas cosas sagradas no es la imagen únicamente lo que necesitamos, sino la realidad misma y la bandera tricolor, quedando únicamente para cubrir la contrarrevolución, seria la mas odiosa, la mas repugnante de las mentiras.

Todo esto, lo repito, es lo que tendremos que defender bien pronto, no por medios fáciles de desnaturalizar, sino con la fria y sólida razon. Las consideraciones que no tendríamos con los que nos calumnian, es preciso tenerlas con la gravísima situación del país, la cual nos impone á todos una conducta tan firme como mesurada. Iré, pues, á visitarlos, no hoy, sino mas tarde, cuando terminada la crisis que atravesamos, podamos regocijarnos con seguridad y tranquilamente por la liberación del territorio. Entre tanto recibid mis encarecidas gracias por las cordiales instancias que me habeis dirigido, y tened la bondad de hacerlas estensivas á vuestros queridos conciudadanos.

A. THIERS.»

## ENTIERROS MUSULMANES.

Una de las más sombrías y pavorosas ceremonias del rito musulmán; una de las que más respeto y atención inspiran, y quizá de las que más conmueven y más dignas son de conocerse, ya por su afinidad con las que en tales casos empleaban las religiones primitivas, ya tambien por la semejanza que en algun punto presentan con las del catolicismo, son, sin duda alguna, las que suceden á la muerte de un islamita.

Es tan notable el júbilo, la pompa y el festejo con que celebran los turcos el advenimiento del hombre á la vida, como el luto, el dolor y el funeral con que acompañan el cadáver á la huesa.

Verdad es que este dolor y este luto no suele manifestarse tan espontáneamente como parece exigirlo un acto que por sí solo reúne toda la tristeza y melancolía de la muerte, puesto que entre turcos como entre cristianos es tanto más llorado el que se muere, y tanto más plañido, cuantas más obras meritorias llevó á cabo en este mundo,—segun le haya sido en él más ó ménos risueña la fortuna,—en lo cual venimos todos conviniendo con aquellos que en la decadencia del imperio romano compraban públicamente lágrimas y sollozos para enmedecer la tumba de los que morían sin dejar tras sí reliquia ni rastro alguno de virtud; pero es tambien verdad que cuando un turco muere, y este turco es rico, su último suspiro va acompañado siempre de una sensación profunda entre los que le sobreviven; y en este caso las horas fúnebres que se tri-

butan á sus restos producen un solemne recogimiento en los asistentes, y hasta una grave contemplación por parte del viajero.

Apenas el espíritu del finado pasa de la cárcel de la tierra al paraíso prometido, uncen sus deudos con óleo y aromas las sienes del cadáver, y despues de rociar cen alcanfor y azahares sus rodillas piés y manos, envuélvenle cuidadosamente en un sudario, y encajonado en un féretro, colócanle sobre un banco á la puerta de su casa. Cuando esta operación termina, y luégo que pasaron de esta exposición algunas horas, el sacerdote saluda al muerto con una profunda vénia, vierte sobre su cuerpo algunas gotas de agua purificada, y elevando los ojos al cielo, como en espera de revelación divina, anuncia ser ya tiempo de darle sepultura, y manda con dolorido acento conducir el cadáver á su última morada.

La orden se ejecuta en medio de un silencio religioso: pónense todos en marcha; y los que componen la fúnebre comitiva prorumpen en sollozos y quejidos de agonía, que de vez en cuando son interrumpidos por un coro de voces broncas que cantan tristemente los salmos del profeta.

Cuando el cortejo llega al muladar sagrado, colocan el cadáver al borde de la fosa que le espera; hacen girar cuidadosamente el ataúd hasta lograr ponerlo frontero á la Meca, y adelantándose á él el sacerdote, pronuncia con voz magestuosa estas palabras:

«Creo en Dios Todopoderoso, el único que adoro.

«Creo que Mahoma es el mensajero de Dios sobre la tierra.

«Creo que Mahoma es el profeta de todos los profetas.

«Creo que Alí es el caudillo de los fieles: que todo le pertenece; que todos le deben obediencia. Creo que los verdaderos caudillos de los fieles, que los buenos y santos guías de los hijos de Adán, por cuyo medio ha llegado hasta nosotros la palabra de Dios, son Hassan y Hosein, hijos de Alí; Janfur, hijo de Mahoma; Moosor, hijo de Jacafur; Alí, hijo de Moosor; Mahoma, hijo de Alí; Alí, hijo de Mahoma; Hassan, hijo de Alí, y Midelle, hijo de Hassan. Dios los tenga en su gloria y sea con ellos su divina gracia. Amen.»

Sucede á estas palabras un silencio profundo, que nadie es osado á turbar, hasta que el sacerdote, siempre con la misma dolorida voz:

«Oye, le dice al muerto, oye: los dos mensajeros del Dios fuerte, santo y todopoderoso, único verdadero, único grande y superior á todo lo creado, van á visitarte y á hacerte estas preguntas (1):

—¿Quién es tu Dios?—El sacerdote continúa:

«Y tú le dirás:

«Dios, el muy alto y muy fuerte y poderoso, es mi señor.

—«Y quién es tu profeta?

«Y tú le dirás:

«Mahoma, criatura de Dios y su enviado al mundo es mi profeta.

—«¿Cuál es tu religion?

«Y tú contestarás:

—«Mi religion es la islamita, que es la religion verdadera.

«Y te preguntarán:

—«¿Cuál es tu libro?

«Y tú contestarás:

—«El Alcoran es mi libro.

—«Y en dónde está tu templo?

«Y tú dirás:

—«Mi templo está en la Meca.

—«Y quiénes son tus guías?

«Y tú responderás:

—«Emaun-Alí, hijo de Abutalib;

Emaun Hassan y Hasein; Emaun Alí,

por sobrenombre Zimbal Auberдини;

Emaun Mahoma, por sobrenombre Baa-

kur; Emaun Jaufur, por sobrenombre

Lomdik; Emaun Moosa, por sobrenom-

bre Kharim; Emaun Alí, por sobrenom-

bre Beezah; Emaun Mahoma, por so-

bre nombre Ul Jaaward; Emaun Alí, por

sobrenombre Us Koodh; Emaun Hassan,

por sobrenombre Ul Uskern y Emaun

Mhiddie: estos son mis guías: todos

son intercesores nuestros; para ellos

es mi amor y para sus enemigos

mi odio; esta es una obligación eterna y

sagrada como Dios.»

(1) Estos mensajeros son Mounkik y

Nykee, genios de las tinieblas, nuncios los

más temidos en la teogonía oriental.

Terminada esta especie de plegaria, continúa el sacerdote dirigiéndose al muerto:

—«Has de saber, le dice, como si estuviese oyéndole, has de saber, que el Dios que adoramos es grande y glorioso; el más elevado y poderoso de cuantos existen; porque nada es superior á él. Has de saber que Mahoma es el más grande de todos los profetas, y el más querido de los queridos de Dios; que Alí y sus sucesores son los únicos y verdaderos guías de los buenos creyentes; que cuanto nos viene de ellos y de los profetas es verdadero; que la muerte es verdadera; que la visita que van á hacerle Mounkik y Nykee, los dos ángeles de las tinieblas, heraldos del Señor, es verdadera; que el puente de Serrah es verdadero; que los animales que al pasarle te servirán de ayuda son verdaderos, y son los mismos que ofreciste en sacrificio aquí en la tierra; que los ulemas son justos; que el cielo y la tierra existen, que el infierno, así como el día del juicio son verdaderos. ¡Oye! tén confianza en estas cosas, porque todas ellas son verdaderas.»

—«Entretanto, prosigue el sacerdote: Dios, tu Señor, el Dios fuerte, poderosísimo y grande, que vendrá un día á levantar los muertos de sus sepulcros, sea bondadoso y misericordioso contigo; acoja tus respuestas y llevándote por las veredas de la salvación, te asiente á su lado junto á los profetas, y su gracia te acompañe por la eternidad de los siglos.»

Tras estas palabras la comitiva vuelve á entonar los salmos, y terminada la oración, el sacerdote hace al cadáver otra reverencia, aléjase algunos pasos de la fosa, y extendiendo los brazos dirige este apostrofe á los genios de las tinieblas:

—«Dounkik y Nykee, exclama, ya podeis acercaros aquí teneis á un verdadero creyente; venid, que os aguarda.»

—«Grande y glorioso Dios,—dice, tornándose al lugar que ántes ocupaba,—yo te ruego que alijeres la tierra á tu siervo y que halle gracia y misericordia en tí!...»

Inclinase el sacerdote hasta la fosa, recoge de sus bordes un puñado de tierra, arrójalo sobre el cadáver, y despues de haber sido imitado su ejemplo por los circunstantes, una vez enterrado el muerto, aléjanse todos contristados, recitando versículos del Alcoran.

El que estas líneas escribe ha presenciado uno de estos entierros, siendo aun muy jóven, y confiesa ingenuamente que la impresion que este acto le causó, no cede en nada á la del célebre viajero capitán Philipps que, á pesar de haber vivido muchos años en Constantinopla, siempre encontraba novedad y sentimiento en el entierro de un turco.

MANUEL CURROS Y ENRIQUEZ.

La junta directiva del círculo alfonsino ha dirigido á los presidentes de los comités la siguiente circular:

«Madrid, 6 de Octubre de 1873.

Muy señor nuestro y apreciable amigo: Las circunstancias que hoy atraviesa el país exigen imperiosamente grandes esfuerzos de patriotismo y abnegación de los partidos conservadores para salvar la sociedad, conmovida en sus mas hondos cimientos y amenazada aun de mayores peligros. Entre estos partidos, ninguno mas obligado á dar tales ejemplos y á señalar con espíritu reflexivo y levantado ánimo el camino de salvación, como aquel que lleva por emblema la libertad hermanada con el orden, el respeto á la tradición unido con el amor á los adelantos de la civilización moderna, el que es, en fin, depositario de los únicos principios de gobierno capaces de arraigar nuevamente en el suelo pátrio la tranquilidad y el bienestar que há tiempo le faltan.

Afiliados nosotros á esta noble causa con fé sincera; pero sin exclusivismo ni miras estrechas de bandería, y considerando en la monarquía constitucional de D. Alfonso XII la legítima representación de los intereses permanentes de la sociedad, no debemos limitarnos á contemplar indiferentes el cuadro desgarrador que ofrece la nación española, víctima en los momentos actuales de las violentas y apasionadas luchas sosteni-



das por los sectarios de las doctrinas más opuestas entre sí, aunque igualmente irrealizables.

Las consecuencias que se tocan de esta situación no nos sorprenden. Privado de sus principales medios de defensa el Poder Ejecutivo de la república por la influencia de sus principios deletéreos, el partido carlista ha encontrado fácil camino para conseguir ventajas que en cualquier otro caso no habría soñado siquiera.

Sin desconocer la gravedad y trascendencia de estos hechos, no podemos concederles la exagerada importancia que alguien les da, puesto que en la conciencia de toda persona imparcial y de juicio sereno está profundamente grabada la convicción de que el triunfo del carlismo no sería para España una solución de orden, sino el principio de un nuevo período de agitaciones continuas, el germen de una larga y sangrienta guerra civil, que acabaría de consumir la ruina de esta nación desventurada bajo el peso abrumador de una inmensa deuda, cuya cifra elevarían a un punto incalculable los compromisos del partido vencedor, al mismo tiempo que se cegaban las fuentes de la riqueza pública con la falta de seguridad y de protección a las clases productoras.

Ante la perspectiva de semejantes males, nuestra línea de conducta está marcada. Toda persona en quien el sentimiento del bien público se sobreponga al ciego espíritu de escuela vendrá a prestar su concurso a nuestra bandera dinástica, siempre que vea en ella, no el símbolo de un partido político, sino el emblema de una causa verdaderamente nacional.

Desde el absolutista menos intransigente hasta el republicano más amigo del orden que de las teorías abstractas se acogerán con gusto a una solución salvadora que les permita vivir tranquilos en el seno de la madre patria, ejercer los derechos políticos que el régimen monárquico-constitucional admitido en los pueblos modernos concede a todo hombre inteligente y honrado, y desarrollar su industria o desempeñar su profesión protegido por las leyes y por un gobierno que lleve a todos sus actos la responsabilidad más estrecha.

Entre los partidos medios formados en nuestro país antes y después de la revolución de Setiembre de 1868, la aproximación se hace todavía más fácil por la mayor afinidad de sus ideas en los puntos que atañen a la gobernación del Estado; claro está, pues, que nuestra propaganda debe en primer término llevarse a esos partidos, procurando establecer con ellos dignas y decorosas inteligencias en cuanto lo consienta el interés del país, y sin necesidad de sacrificar ni unos ni otros aquellos principios que se consideran obligados a defender por convicciones respetables, y se hallen en tal concepto dispuestos a aplicar a la dirección de los negocios públicos el día que esta les fuese encomendada.

No será nuevo ciertamente el acto de concordia que aconsejamos. En algunas de nuestras más importantes poblaciones, y aun capitales de provincia, se ha adoptado esta patriótica resolución con feliz éxito: el intentar solo honrar a nuestros amigos políticos, aunque los hechos no correspondan siempre a la pureza de sus intenciones. El círculo alfonsino de Madrid se propone seguir ejerciendo, en cuanto le sea posible y las leyes lo consientan, esta saludable iniciativa, y comunicarán a ese comité oportunamente el resultado de sus gestiones. Entretanto, y como quiera que la opinión pública las ha secundado ya en algunos pueblos, cree que puede darse mayor impulso a este movimiento de concentración de los partidos conservadores tanto para defender a la sociedad contra los excesos de la demagogia, que empezando por herir los sentimientos religiosos del pueblo español acaba por destruir la unidad nacional en su absurda organización política, como para evitar las profundas perturbaciones que engendraría el triunfo del carlismo, aunque se prescindiera del principio de legitimidad, que tan necesario es para la fuerza y prestigio de las monarquías y de los gobiernos.

Ha llegado, pues, el momento de preparar el pacificador desenlace de la angustiosa crisis actual; que la causa de

D. Alfonso nos ha de triunfar a la luz del incendio ni entre los horrores de las discordias civiles. Ella es la única que no ha ensangrentado su bandera: ella es la única que tiene, por lo mismo títulos incontestables para presentarse a los españoles todos, sin distinción de matices políticos, como el iris de paz en la deshecha borrasca que corren los intereses sociales.

Cumplimos con el mayor gusto el deber que nos impone un acuerdo de la junta directiva de este círculo al hacer a Vd. las anteriores indicaciones, rogándole las ponga en conocimiento de los individuos del comité que tan dignamente preside, para que, si se hallan conformes con el espíritu que las dicta, puedan tomarlas en consideración y proceder en su consecuencia.

Esperamos de todos modos la contestación de Vd., y nos repetimos con este motivo suyos afectísimos amigos, seguimos servidores Q. B. S. M.—El presidente, Juan Martín Carramolino.—Los secretarios, José María Bremon.—Federico Fernández San Roman.»

## ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.

(Conclusion.)

Ocupaciones varias y no todas gratas me han impedido acabar estos artículos cumpliendo así el compromiso, contraído al empezarlos. Mas libre ya mi espíritu, puede dedicar alguna atención a un asunto que mucho há debiera haber terminado y que reanudo hoy, confiado en que mis lectores, antes de condenar mi pereza, recordarán que es entre nosotros tan leve materia el tiempo que así tomamos días semanas y años como si fueran, adorno más que pesadumbre de nuestros proyectos.

En los artículos primero y segundo, hemos demostrado la división, a juicio nuestro, necesaria, para dar en la proyectada escuela racional y por tanto provechosa enseñanza, hemos indicado siquiera ligeramente, lo fundamental de sus lecciones en los dos primeros grados *elemental y preparatorio* y al considerar en conjunto los programas propios de lo especial, reparamos una vez más, a cuanto obligaba la generalidad de propósitos que encerraba la frase infinitamente comprensiva de *artes y oficios*. De eliminación en eliminación llegamos a solo considerar como posibles alumnos de tal escuela, los dedicados a las *artes útiles* y a las *útiles-bellas*. Aun tan limitado concepto abarca tan grande extensión que en el mundo no habría compas suficiente para trazar el círculo dentro del que caen las enseñanzas peculiares de un instituto de artes y oficios. Penetrados de esta idea concluimos las cuartillas anteriores, prometiendo un rápido exámen de los criterios que sirvieran con justicia para aceptar unos y desechar otros, del infinito número de alumnos que con perfecto é igual derecho, aspirasen a una enseñanza que en cada arte y en cada oficio podría abrir nuevos y grandiosos horizontes.

Si todos los artistas, si los oficiales todos necesitarán igual instrucción técnica, si fueran idénticas siquiera en lo esencial, sus diversas manipulaciones; si con intensidad igual, cumplieran satisfacciones iguales; si varias solo en la forma, pudieran las necesidades cumplirse de modos idénticos, vana sería una distinción en la enseñanza, cuando a la fin y postre todos podrían servir para todo. Pero es ley de este mundo, que sin romper la unidad de sustancia, se diversifique de tal manera la vida, que cada grupo de manifestaciones demande particulares medios. Así en el cultivo intelectual, en las herramientas propias, en las operaciones que ejercen, hay un vacío, al parecer, sin límites entre las funciones propias de cada arte, ¿que relación une al dorador y al gañán? ¿El fin, la utilidad, los medios? El presentimiento anuncia, épocas más comprensivas, mayor número de funciones, con menor variedad, conceptos más altos y por ello más generales, pero mientras la humanidad hace tan gran conquista, mientras religión, ciencia y política, continúan en el período de fermento y el gran trabajo

de las democracias modernas, no resuelva en funciones orgánicas fundamentales, en nociones sencillas, en procedimientos sistemáticos, el *totum revolutum* que en descomposición han dejado los tiempos medios, hasta entonces, la enseñanza ha de ser forzosamente varia, con fines propios y medios peculiares a las múltiples manifestaciones aun no comprendidas en sencilla pero profunda unidad.

Hoy por hoy, quizás por mañana también, la variedad exija formas que, no cambiando dentro de una sola ley, precisen conocimientos varios, aun a pesar de acercarnos indefinidamente a la unidad, cuyos moldes eternos é invariables están en Dios.

Hechas estas observaciones, procedamos a considerar algunos de los motivos de preferencia que puedan alegrar los obreros para que sea justicia y no privilegio su entrada en la escuela.

¿El grado de importancia que entre los hombres alcanzan las necesidades, pudiera bastar para determinar las admisiones?

Entre las molestias que más imperiosamente piden remedio figuran ordenadamente el comer, el vestir y el guarecerse. Por este criterio más amplia entrada debieran tener el sastre y el marmiton que el ebanista y el decorador; pero nadie concede que, en bien social sea más conveniente la educación esmerada de un *maitre hotel*, ó de un sastre que, el perfeccionamiento de los que arrancan al yeso todos los secretos de la escultura ó graban en la madera todo un mundo de bellos ideales. Aun sin ese desvío, fundado en el conocimiento de los servicios que cada arte rinde a la sociedad en general, tampoco ese criterio establecería nada serio ni preciso.

La urgencia de las necesidades varia de pueblo a pueblo, de una a otra edad; el guarecerse es para el salvaje cuestión de hallar el cóncavo de una roca ó el hueco de un árbol, obras fabricadas por la casualidad más que por el arte; en tanto que, esa misma necesidad para el hombre culto, toma formas tan diversas que entre muchos artes, difícil sería decir, cuál la satisficiera mejor.

Observando, cuantas emancipaciones se deben a la máquina, cuán regular es su trabajo, y cuán económicos sus productos, tomáremos como criterio la conveniencia de su generalización?

Primer inconveniente: la semejanza de organismos y de fines, aunada a que en su estudio se encuentran, el uno subiendo y el otro descendiendo, obreros é ingenieros, sin línea precisa que los separe. Además, no es fácil, que la escuela cuente con grandes campos, grandes talleres donde unir en sabroso fruto las explicaciones de la teoría con las comprobaciones de la práctica. Cierro que la locomotora y la segadora, cada cual en su oficio y en su grado realizan altos fines humanos, pero también es cierto que la imprenta, que la prensa litográfica por ejemplo, los realizan también y ved aquí de nuevo y aún dentro de un mismo género surgir la rivalidad. La máquina es un hombre nuevo, que aparece sobre la tierra para justificar la antigua fábula de los gigantes, pues solo sus fuerzas gigantescas pueden desaguar las minas, mover cabrias enormes, pero al rivalizar con el obrero, exige para estas condiciones sociales que dificultan más la resolución del problema, planteado por la anterior pregunta.

Aprovechamos este momento para consignar con dolor que nuestro pueblo necesita, como aire los pulmones, enseñanzas que le den los rudimientos siquiera; de mecánica, para que la más insignificante rotura de una máquina no precise como ahora paralización en la industria y pedir al extranjero materiales é inteligencias, para reparar las averías.

Podíamos escoger como criterio la semejanza ó identidad de materias primeras que determinadas artes emplean? Esto, simplificaría mucho, al parecer la elección de los educandos, pero también aquí aparecen dificultades que hacen inadmisibles tal criterio.

Entre los diversos grupos que al tenor de esto podrían formarse, ¿cual escoger? ¿que materia entre las primeras preferir para ordenatriz de tan varios términos?

Supongamos que se adoptan como

discípulos, los que realizan la mayor parte de su tarea, mediante el hierro, la madera y la piedra. En muchos casos la *tecnología* es muy parecida, pero en otras, cada cual considera propiedades y circunstancias, que no tienen nada de común entre sí. El fundidor v. gr. saca de los moldes de arena la esbelta, hueca columna, mientras el herrero aguza la punta de un arado ó el picapedrero sienta el zócalo de un puente, cuyo tramo metálico, no sabría laminar ni el fundidor ni el herrero.

No solo hay procedimientos diversos entre los obreros del grupo, sino aun entre los de cada género así como en la escala natural, no solo varia el género dentro de la familia sino la especie dentro de aquel. ¿Es lo mismo sacar de un trozo de madera una horma, que un roseton tallado? ¿desvastar un carretal que dar al mármol la lúbrica suavidad de una Venus pompeyana? Y téngase en cuenta que los oficios agrupados para ejemplo tienen mucha semejanza en útiles, procedimientos y vocabulario, pues, al fin y al cabo, concurren juntos a muchas obras, necesitando á veces tanto galardón el albañil que cierra bien la clave, como el carpintero que acuñó bien la cimbra.

—Pero no basta esto: por parecidos, por limitrofes que vivan los oficios, cada uno tiene en sí y por sí, rasgos tan peculiares, como los individuos de una misma familia, á los que no basta el común signo de un mismo apellido para traer á la vida idénticas aptitudes, medios y aspiraciones, como no son iguales ni en cultivo ni en productos la avena y la caña de azúcar aunque ambas se apellidan gramíneas.

Concluimos aquí esta rápida reseña, seguros de que los criterios expuestos bastan para demostrar cuán difícil es fijar reglas que sirvan con toda precisión para admitir ó no á tales ó cuales obreros, á estas artes y á las otras no, en una escuela que á semejanza de los antiguos hospitales abre generosa sus puertas para todos *urbis et orbis*.

Vencidas estas dificultades para el ingreso, ¿qué enseñanza van á recibir los favorecidos?

Natural consecuencia de las condiciones de los discípulos, ha de ser la instrucción y nada casi puede decirse de esta, sin fallar antes sobre aquellas. Mas hay, sin embargo, una ley que no por sabida, cae fuera de este lugar y es á saber, dese la enseñanza de modo tal que abrazando la tecnología entera y manipulaciones propias de cada arte, no rebase nunca los conocimientos, la capacidad y útil empleo de las imaginaciones congregadas en las clases. La práctica ha de ser continua ya comprobando propiedades de las primeras materias, ya creando los propios pensamientos en cada arte. La representación geométrica, en conjunto y en detalles, el vaciado y modelado en sus diversas formas y medios, son condiciones primeras, si ha de sacarse de la enseñanza aprovechamiento serio. Han de estudiarse además, museos, modelos, colecciones, donde la edad, el gusto, la escuela ó otra superior razón, clasifique los objetos llevando la atención en gradación siempre creciente y en función individual, para que los alumnos tomen de esa enseñanza viva, amor á su arte, respeto á sus superiores y cariño á todos los que en la misma labor cooperen para mayor grandeza del mundo. Pues no hay arte, por insignificante que sea, según el sentir de D. Julian Sanz del Rio, que pueda prosperar dentro y fuera, en sí y por sus relaciones, sin contemplar lo opuesto y semejante á el en toda ocasión de tiempo y lugar.

Los llamados á emprender con buena intención el profesorado de tales escuelas deben por decoro propio y noble fin de la enseñanza, dejar ciertos hábitos, por demás usados en los centros oficiales y que mas parecen perpetuar los intereses del profesorado que dilatar el círculo de la ciencia.

Mientras medio mejor no exista, la oposición debe ser la única entrada posible; pero oposición sin mas cortapisas que las racionalmente propias para demostrar idoneidad, porque escuelas al amparo de las democracias levantadas, no deben tolerar habilidades mejor ó peor enderezadas á sostener privilegios.

No es la oposición total y entera ga-



rantia, es nada mas pequeño valladar a las influencias opuesto. Escuela hay, como la de caminos, notable por su ilustre profesorado y nunca se ha entrado en ella por oposicion, otras hay en cambio donde las oposiciones solo sirvieron para dar una renta vitalicia, mas a la ocasion que al talento.

No tan solo basta *saber*, es preciso ademas *saber enseñar*. El profesor debe recorrer dos caminos muy apartados: por la tranquila region de la ciencia más sublime, o por las asperezas de la vida, ocupado en quitar obstáculos a los que le siguen. Esto que importa poco a la administracion, debe importar mucho al nuevo instituto, atento a aficionar con leccion provechosa, recta intencion y cariñosa solicitud a los estudiosos, dejando para otros centros, inseguridad en los métodos, confusion en los programas, y profesores mas que al sacerdocio inclinados a la grangeria.

Pudíeramos hacer algunas indicaciones mas; cómo podria aumentarse el poco pedulo que hasta ahora cuenta la escuela cómo estender hasta la obrera sus beneficios, cómo estimular a los alumnos, mas son puntos que con otros muchos darán a la comision, llamada a informar motivos para demostrar una vez mas que hay en ella reputadissimos maestros en el pensar y reputadissimos maestros en el decir.

Madrid 1.º Octubre.

JORGE PEREZ TEXERO.

## LOS LIBROS NUEVOS.

POESÍAS DE JOSÉ LUIS LEON Y MARIN.

¡Cuán inflexible y desconsoladora es la mano del tiempo, que con la durísima segur de los años, que no descansan, lo mismo destruye la vigorosa y atrevida columna sobre la que duerme la bóveda, que la débil planta, regocijo de los céfiro y un día, gala de los bosques una tarde, y perezosa imagen del agua que la vió reflejar en sus linfas en una breve noche de luna!

Las poesías en este tomo coleccionadas por uno de esos hallazgos felices, por una de esas casualidades venturosas debidas a la munificencia de un gran corazón y al generoso desprendimiento de un alma verdaderamente artista, no simbolizan solo la vida del poeta a cuya mágica voz fueron evocadas todas. Los versos de este libro son a la par la historia de mi juventud; son el diario de memorias de los bonancibles días en que, con vínculos inquebrantables, viví enlazado con lealtad nunca desmentida al amigo de la niñez, al hermano por instinto, al eco de mi voz, como eco era la mía de la suya; al ala de mis sueños para tenderlas ambos en vuelo recíproco por las impalpables regiones de lo misterioso, de lo vago, de lo ideal y lo desconocido.

Mi jurada fraternidad hacia el autor de esta obra quizá me niegue para muchos las condiciones de rectitud, de severidad y desasosonamiento exigidas a la pluma glacial del inflexible Aristarco. Tal vez lamente, por el contrario, Luis Leon el entrañable cariño que yo le profesé. ¿Por qué había de exponerme yo a conquistarme con mis censuras la mala voluntad de quien nada me interesase? Seré inflexible para sus defectos, como lo soy para mantener viva en mi alma la llama de su amistad.

Nadie como yo ha deplorado tanto las caprichosas extravagancias del ingenio de nuestro poeta. Nadie como yo ha sostenido con él vivísimas y acaloradas discusiones acerca de la mision suprema de la poesia, y de la necesidad en que se halla de rendirle culto verdadero y solemne quien como él, y como él pocos, lleva en su frente las facultades extraordinarias, la exuberancia de vida, la plétora de luz, de movimiento y de colorido que tantas veces ha desperdiciado inútilmente en asuntos menos nobles y levantados que aquellos en los cuales su musa gallarda pudiera haberse enseñoreado triunfante y orgullosa, como el águila sobre las cumbres.

Su vista, que todo lo abarca, se ha detenido un día más allá de la superficie azogada del espejo; le han hecho reír sarcásticamente los detalles de su fiso-

nomía; ha encontrado alguno de los perfiles de su semblante más ó menos exagerados, y en una inimitable y deliciosa sátira de sí mismo, derrocha ingeniosísimos y admirables versos, que envuelven maravillosas hipérbolas, para hacer reír a su familia y a sus amigos, con el efecto desagradable que en un momento de buen humor le han producido sus *narices*.

El lector convendrá conmigo, sin duda, en que toda severidad es poca para con quien pudiendo volar más allá de las nubes, se entretiene en escuchar la destemplada y lasciva sinfonia de un coro de gorriones que eligen los aleros de un tejado para trono de sus conquistas.

He llegado a sospechar en más de una ocasion, y en varias de nuestras fantásticas escursiones a los lugares más solitarios y que más alto pudieran hablar a la imaginacion que batalla por dirigir su rumbo a todos los vientos que hasta el mismo dolor adquiere formas más originales y extrañas en el alma de mi amigo. ¡Cuántas veces la palidez de su rostro ha hecho traicion a lo que sus labios me decían! ¡Es que comprende acaso como Espronceda y como el malogrado Becquer, que la lágrima sorprendida es el sarcasmo de las muchedumbres, y que hay pocos corazones a la altura de interpretarla, de enjugarla y detenerla? Yo no puedo asegurarle; pero no sé por qué me figuró que Luis Leon tiene el rubor de sus lágrimas.

Estudiadle en su libro. Hay un momento, un momento solo en que el vertigo de su musa le lleva hasta la cumbre del Calvario en su brillante oda *La Redencion*.

Aquellas estrofas, que son una especie de gemido *rimado*, ya no puede borrarlas, y sin embargo, parece que en la página siguiente se propone demostrar que no ha sentido semejante cosa, inspirándose en el asunto más pueril, como si pretendiera borrar en el ánimo del lector la huella de las lágrimas caídas.

El pueblo, intérprete fiel de las sensaciones más recónditas y de los más misteriosos secretos; poeta como nadie, ha dicho ya en uno de sus más hermosos cantares:

«Cuando un hombre que es muy hombre  
Sus lágrimas deja ver,  
Allá en el fondo del alma  
¡Qué pena debe tener!»

Por eso las estrofas más sentidas de nuestro poeta son hijas de su alma y de su llanto. Un sentimiento superior a sus propósitos ha vencido su voluntad.

El lector tropezará en las páginas de este libro con la poesia *A Cádiz*. La ciudad de las olas, vecina del infinito, arrullada constantemente por la salvaje música del mar, ha sido durante mucho tiempo el pedestal de sus más curiosas aventuras. Allí han resbalado los mejores años de su vida. Allí, en aquella especie de barco de piedra, anclado en medio de las ondas, ha visto surgir el ideal de sus veinte años en la más hermosa de las ninfas de aquella Venecia andaluza.

«¡Cádiz!... celestial sirena  
Cuyos májicos cantares  
Resuenan de aquellos mares  
Sobre el límpido cristal;  
Mientras columpia en los rizos  
De sus ondas peregrinas,  
Las arcadas bizantinas  
De su régia catedral.

Tú fuiste, ciudad querida,  
Quien, de los mares señora,  
Al ser que mi pecho adora  
Diste la primera luz;  
Al ángel que pudoroso  
Me presta sombra y amparo  
Como a las naves tu faro  
Y a tus altares la cruz.»

Allí la vió el poeta y así la canta en bellísimos versos. Hoy, aquella hija de la ciudad hercúlea, es el legítimo fundamento del hogar de nuestro Luis, el regocijo de sus cantos y el ala de paz que defiende su corazón de los borrascosos embates de la vida. Tan buena como hermosa, hará de su compañero, en la peregrinacion de la existencia, lo que él está llamado a ser en el mundo de los que sueñan y de los que cantan.

Si fuera a reproducir en este artículo los versos que me gustan del cantor de *La Patria*, equivaldría a estampar una segunda edicion del libro que saboreará

gustoso quien lo leyera. Tengo verdadero rubor de revelarlos todo el encanto y la fascinacion que me producen, porque conociendo mejor que nadie el carácter desidioso que para las cosas propias domina al vate andaluz, lo que más me maravilla en estas instantes es verlos escritos, reunidos y combinados.

Tan superior ha sido el esfuerzo de sus amigos, que ha triunfado de la pereza, casi criminal, del que nunca se acordaba de que habia hecho versos.

Yo, que le quiero tanto, haré de su libro el *album* de mis mejores días.

Los lectores, sin volver la vista atrás, y solo con fijar los ojos en muchas de sus páginas, le animarán con su benevolencia a que no tarde en producir los frutos que todos esperamos de su fantasia meridional y de su espontaneidad inimitable.

Entretanto... salud a la mano generosa que me proporciona el placer de asociar mi nombre al nombre de mi hermano del alma, en este precioso monumento de su inteligencia.

ANTONIO F. GRILLO.

## CARLOS I Y LA REVOLUCION DE INGLATERRA.

### ESTUDIO HISTÓRICO.

#### III.

Habia producido la desmembracion de una gran parte de las Cámaras grande irritacion entre los miembros del Parlamento, que habian quedado en Westminster, y no era por lo tanto ocasion oportuna para entrar con ellos en vías de conciliacion; así fué que su contestacion a la carta del rey, redactada en forma poco cortés, se reducía a decirles que la base de toda negociacion debía consistir, no en que ellos mandaran de nuevo comisionados para tratar, sino en que el rey, si creía conveniente el entrar en tratos, principiase por ir a Londres, y que entonces podrían éstos entablarse. Protestaba además el Parlamento de una manera enérgica en contra de la convocacion hecha por el rey, y sobre todo, de la conducta seguida por sus compañeros; atribuíanla a la influencia que sobre ellos habian ejercido los papistas y los jesuitas. Indignó la acusacion a los de Oxford, y replicaron de una manera descompuesta, echándoles en cara fuertes acusaciones, que acabaron por producir naturalmente un efecto completamente contrario del que al principio se habian propuesto, haciéndose inevitable el rompimiento de las hostilidades en grande escala, pues que nunca habia existido una verdadera tregua.

Recibieron las Cámaras inglesas con ese motivo repetidos plácemes por la energía de su conducta y la actitud que habian adoptado, aumentándose con esto su decision, y llenas de confianza volvieron a reanudar sus tareas con la misma asiduidad de antes.

Tuvieron por entonces las Cámaras el disgusto de perder uno de sus campeones más decididos. Pym acababa de morir, y su pérdida no era para el Parlamento la de uno cualquiera de sus miembros; era el más antiguo de los jefes de partido popular inglés, acérrimo defensor de las ideas liberales, reunia condiciones que hacian que fuera un verdadero tribuno; frío y oportuno en aprovechar las ocasiones, dirigía en la lucha la discusion con sagacidad, conduciéndola con habilidad al terreno que le convenia; verdadero arte que hace al orador parlamentario luchar con ventaja, y que es la distintiva cualidad de aquellos que han nacido para las luchas políticas, y que en ellas tienen su elemento de vida. Tributáronsele a Pym por las Cámaras las últimas exequias con las mayores muestras de profundo dolor, siendo los que más se afanaron en demostrarlo aquellos hombres que, aprovechándose de los trabajos de Pym, iban a realizar la revolucion de Inglaterra; eran estos Cromwell, Vane y Haslerig. Acompañaron las Cámaras el féretro hasta su última morada, y habiendo nombrado éstas una comision que examinase el estado de la fortuna de Pym, y resultando que tenia una deuda de consideracion, ordenaron las Cámaras que se pagase y que se le erigiese un

monumento en la abadía de Westminster que le sirviese de enterramiento.

Lo últimamente ocurrido entre el Parlamento y sus miembros, que se habian reunido en Oxford, habia facilitado algun tanto a las Cámaras el poder continuar la guerra, sin que los partidarios de la paz pudieran impedirlo, como venian desde hacia tiempo verificándolo; pero vencida esta dificultad, restaba todavía por vencer otra no pequeña, que era la falta de recursos que afligia al Parlamento y al rey; pero venciendo grandes dificultades, subvinieron ambas partes a esta necesidad, y si bien siempre con grande escasez, se encontraron ya en disposicion de continuar la lucha interrumpida; lucha que al reanudarse despues de tantas contiendas y de tan repetidas peripecias, tenia que ser dura; sobre todo, habiéndose coaligado a los ejércitos, refuerzos de escoceses é irlandeses, cuyo temple, unido al deseo de hacer prevalecer su causa, hacian que vinieran a la lucha con doble aliento, auxiliando no poco al del rey los irlandeses en las luchas que ya desde luego se trabaron.

No hubo ya desde entonces día en que no ocurriese algun encuentro, insignificantes en su mayor parte, si bien hubo algunos de consideracion.

A pesar de que por todo el reino se repetian todos los días, todas las miradas se volvian hacia Oxford y hacia Londres, en cuyos puntos se hallaban reconcentradas las fuerzas del rey y las del Parlamento, que eran considerables, pues reunidas las tropas de Essex y las de Waller en aquellas inmediaciones, componian el número de 20.000 hombres, y eran por lo tanto muy superiores a las del rey, que se componian de un pequeño número, con lo que la estancia de Carlos en Oxford se convirtió en un verdadero sitio, pues que la plaza se vió circundada por las tropas del Parlamento. Así lo comprendió Carlos, y decidido a no caer sino muerto en manos de sus enemigos, (1) determinó salir de la plaza aprovechando algun descuido. Logró, en efecto, conseguirlo, y Essex supo con sorpresa que habian perdido lo que ya creian tener completamente seguro; salieron las tropas de éste en seguimiento de las del rey; pero éste, batiéndose en retirada, consiguió verse libre de ellas, gracias a la habilidad con que dirigió sus movimientos y a habersele unido algunos cuerpos sueltos.

Hallábase el príncipe Roberto desde la primavera maniobrando con ventaja en Shrewsbury, habiendo ganado varias plazas y batido en repetidos encuentros a las tropas del Parlamento, cuando recibió el orden del rey para que fuese a Yorkshire en auxilio del marqués de Newcastle, cuyas fuerzas se hallaban muy debilitadas; con lo que la causa del rey, en aquella parte, iba perdiendo mucha fuerza, y era muy de temer que la plaza de York se perdiese, si las cosas seguian por ese camino.

Habíale hecho saber el marqués de Newcastle a Carlos cuál era su triste situacion, y el rey creyó prudentemente que nadie podria con tanta ventaja contribuir a que se restablecieran las cosas en el estado que era de desear como el príncipe Roberto, que tan buenas muestras venia dando de su génio militar, y sus tropas, que con las continuadas batallas que habian sostenido estaban bien aguerridas. Íbale en esta ocasion a ser adversa la suerte, más bien por la confianza que en sí tenia, que por otra causa alguna.

Llegó el príncipe con gran oportunidad a York, obligando con la noticia de su llegada, a los parlamentarios que sitiaban la ciudad, y que estaban a punto de apoderarse de ella, a levantar el sitio; conserváronse, sin embargo, en las inmediaciones, y Roberto que habia entrado en York, salió a los pocos días en busca del enemigo; tropezáronse muy luego ambos ejércitos a las cinco de la tarde, quedando uno enfrente de otro hasta las siete de aquel mismo día, que era el 2 de Julio, a cuya hora comenzó la célebre batalla de Marston-Moor.

Componíanse ambos ejércitos de unos 23.000 hombres cada uno, siendo por lo tanto casi iguales en número, y dispuestos en orden de batalla, comenzó ésta a la hora indicada, obteniendo desde

(1) Clarendon. *Hist. of The rehell*, tomo 8.º, pag. 131.



luego ventajas de consideracion las fuerzas reales. El ejército parlamentario fué roto por distintos puntos, y una buena parte de él se puso en precipitada fuga, cargó sobre aquella parte el príncipe Roberto con la caballería, y aumentándose el desorden en las filas enemigas, puso en completa confusion toda la línea. Hubiérase terminado entonces felizmente para la causa de Carlos la batalla, si el príncipe se hubiera detenido á hostilizar á aquella parte del ejército parlamentario, que se conservaba firme, y no se hubiera dejado llevar de un ardor inconveniente en aquellos momentos, que le condujo á perseguir á los fugitivos, creído de que la suerte de la batalla estaba decidida. Libres las fuerzas parlamentarias que se conservaban firmes, del ardoroso empuje de los ginetes reales, cobraron nuevo aliento, y puesto á su cabeza Cromwell, que ambicionaba distinguirse y rebajar el mérito de los demás generales, y muy particularmente de Crawford, general en jefe, atacaron á las tropas reales, obligándolas muy luego á ceder, á pesar de su valor y entereza; reduciéndolas á defender el campo y á irlo perdiendo á palmas, á pesar de los esfuerzos de Newcastle, que rodeado de veteranos se defendió hasta perder el último. Sostuvo con entereza el ataque Cromwell, rodeado de la gente de su confianza «his ironsides» y ayudado de los caballos escoceses, arrolló la escasa caballería que habia quedado al lado del marqués de Newcastle, consiguiendo que cuando el príncipe volvió sobre sí y llegó al campo, aunque procuró auxiliar al marqués y ganar el terreno perdido, decaído su ánimo con la vista de tanto desastre, apenas sostuvo una ligera escaramuza, abandonando el campo, que quizás todavía podia haber ganado, si su ánimo hubiera conservado el ardimiento y la entereza que le era característica. Así lo habia comprendido Cromwell, y por eso se habia apresurado á deshacer las fuerzas de Newcastle antes de la llegada de Roberto, pero no habiéndolo conseguido, debilitadas y cansadas sus tropas, quedó en estado de ser vencido si lo hubiera intentado el príncipe.

Habia Cromwell visto con gusto retirarse las tropas reales en direccion de York, dejando el campo sembrado de muertos y heridos, y conservando en su poder gran número de prisioneros; pero con todo no creia posible, conociendo el triste estado en que se encontraba, que el príncipe hubiera abandonado el campo tan fácilmente, temió por lo tanto que su retirada no fuese más que una estratagemas, para caer luego de improviso y conseguir derrotarlo más fácilmente; pasó la noche por esta causa con gran temor, y poseído de verdadera angustia, pues dudaba poder resistir cualquier embate, pero con el día recibió la nueva de que Roberto, que por el pronto se habia refugiado en York, se disponia á abandonar la plaza.

Quedó, pues, el ejército parlamentario, dueño del Yorkshire, habiéndose apoderado á los pocos dias de York que habia sido abandonado por el príncipe al retirarse á los condados del Oeste y por Newcastle, que despedido por el resultado de la batalla, y por las diferencias que entre él y el príncipe existian, en union de otros lores se embarcó para Francia.

El resultado de la batalla de Marston-Moor fué funesto á la causa del rey; con ella perdió esta la fuerza que tenia en el norte de Inglaterra, al paso que 15.000 hombres, que quedaron en poder de Cromwell con todo el tren de artillería, pérdida de consideracion en quien andaba escaso de recursos de toda especie.

Noticiosa de este suceso la reina, que acababa de dar á luz una hija, á pesar del estado delicado de su salud, determinó pasar á Francia, para donde se embarcó, haciendo felizmente su viaje. El descalabro ocurrido en Yorkshire estaba algun tanto compensado por el triste estado en que Essex tenia su ejército.

Venia el general parlamentario maniobrando con escasa fortuna y poco tino, seguido siempre de cerca por las tropas reales, apretábanle éstas cada dia más, y llevado Essex por su mala suerte, y los equivocados consejos de algunos, se internó en el territorio de Cornouailles; vióse muy luego en sumo apuro en los

desfiladeros de aquella comarca, perseguido de cerca el rey con su ejército, ayudábase su sobrino el príncipe Mauricio, y sir Ricardo Grenville, y llegaron á obligar á su caballería á huir en desbandada despues de varios encuentros y de muchas pérdidas. Esta ventaja y la habilidad con que el rey maniobró, colocó á todo el ejército de Essex en una triste situacion; apretado contra el mar, con todas las salidas cerradas, comprendió el conde lo apurado de su posicion, y resolvió huir embarcándose en una lancha, en la que se fué á Plymouth. Recayó entonces el mando del ejército en Skippon, jefe de Estado mayor; opinaba éste que debian romperse las hostilidades, y obtener á viva fuerza una posicion mas ventajosa; pero sometido su parecer á un consejo de guerra, no prevaleció, resolviéndose en él que se capitulase. Hizose así, concediéndose al ejército parlamentario que quedase en libertad despues de entregar las armas.

Apenas desembarcó Essex, cuando se dirigió al Parlamento manifestando lo que habia hecho y pidiendo que se le juzgase, y que despues de apreciada su conducta, se procediese con él como conviniese segun justicia. Habia producido su proceder muy mal efecto en el Parlamento y entre sus parciales, pero haciéndose cargo de los antecedentes del general, de sus condiciones y de la escasez que habia de hombres de altos conocimientos militares, se resolvió no solo no poner en tela de juicio la conducta del conde, sino que pasase una comision á darle las gracias por sus constantes pruebas de adhesion á la causa de la libertad, y por los muchos servicios que le habia prestado.

Este resultado produjo al rey verdadero placer y aumentó sus ánimos hasta el punto de aprestarse para llevar su ejército victorioso á Londres, é imponerse al Parlamento; para esta compañía invitaba á sus amigos, y creia que habia de ser cosa fácil. Pero no se durmió el Parlamento; por todas partes promovia los alistamientos y disponia cuerpos de ejército; así fué que derrotado el de Essex, se encontró el rey con otro, al ir á Londres, que le detuvo y aun hizo retroceder. No sacaron sin embargo, á juicio de las Cámaras, los jefes de estas fuerzas todo el partido que debieron del encuentro que con las del rey tuvieron, pues que las dejaron retirarse sin picarles la retaguardia; exigióse luego cuenta al conde de Manchester, antes lord Kimbolton, de su conducta como jefe, á instancias, entre otros, de Cromwell, segund suyo en aquella expedicion y ya descontento con este puesto; cuando creia merecer el mando en jefe é instigado por las condiciones de su carácter nada á propósito para obedecer, y si mucho para mandar.

Deseoso de brillar Oliver Cromwell, se puso al frente del nuevo partido que nacia en contraposicion de las ideas de los presbiterianos, y rudo en las luchas políticas como en las militares, principiá ya á hacerse lugar y á adquirir los primeros laureles de su azarosa carrera política. Al frente, pues, de los independientes, luchó en las Cámaras y se esforzó en probar la impericia y falta de ánimo de Manchester en el último encuentro con el rey; procuraron por su parte los presbiterianos desacreditarle, pero fué en balde, tropezando con el partido que en el pueblo y entre la gente de accion se iba creando Cromwell. Consiguio este por fin dar á sus contrincantes el golpe de gracia, proponiendo que fuesen incompatibles los cargos públicos con el de miembro del Parlamento, porque aceptada su proposicion por las Cámaras los debilitó, quitándoles el poder usar de la influencia que tenian en el ejército, que por entonces era mayor que la suya; encargóse entonces sir Tomás Fairfax del mando del ejército de Manchester reemplazándole á él Skippon.

Ocupábanse tambien por entonces las Cámaras del arreglo de muchos asuntos religiosos, dando esto lugar á durísimas contiendas entre los presbiterianos y los independientes; pero sobre todo, nacieron de estas discusiones durísimas persecuciones contra los católicos, con las que suponian avivar la fé de los reformistas, á quienes con alto objeto solia darse de vez en cuando el espectáculo de la ejecucion de algun católico.

A estos trastornos, y á pesar de haber

nacido algun tanto la tolerancia, siguió la decapitacion de Laud. Continuaba el arzobispo encerrado sin que nadie se acordase de él, cuando los Lores, con motivo de la provision de algunos beneficios, le ordenaron que aprobase los nombramientos hechos por ellos; negóse rotundamente por orden que el rey le habia dado, y de ahí que se renovase á instancia de los lores su causa que dormia en el olvido; encargóse de ella en calidad de Ponente á Prynne, que se ocupó con grande asiduidad del asunto, dando por resultado el que se le imputasen infinidad de cargos, que condensados, daban por resultado el que habia subvertido los derechos del Parlamento, las leyes y la religion de la nacion.

Se defendió Laud ante los Lores con talento, dando por resultado que estos apreciases que la acusacion era muy vaga, y que en manera alguna podia estimarse que hubiera habido alta traicion. Pasó entonces la causa á la Cámara de los Comunes, la que despues de deliberar y de resolver que la votacion definitiva del asunto fuese en union de los Lores, resolvió sin grave meditacion que fuese llevado al patíbulo, á donde fué conducido con gran resignacion por su parte, despues de tres años de reclusion.

«Hasta los mismos enemigos del desgraciado arzobispo, dice Lingard (1), confesaron que era instruido y piadoso, exacto en el cumplimiento de sus deberes, y altamente moral; por otra parte, sus amigos no podian negar que era pronto y vengativo, tenaz en sus opiniones é inexorable con sus enemigos.» Su muerte causó al rey honda impresion, si bien en esta ocasion se consoló más fácilmente que cuando la ejecucion de Strafford, porque en manera alguna la podia él haber evitado, y porque suponía que no habia tenido culpa ninguna en la ejecucion, no habiendo tenido que aprobar la sentencia.

Producia en el campo del rey hondas divisiones y daban lugar á serias diferencias los distintos pareceres que existian sobre la conducta que debia seguirse. Aumentábanse de dia en dia los partidarios de la paz y su insistencia sobre la conveniencia de que se entablaran nuevas negociaciones, dificultaba no poco y apagaba mucho las fuerzas del rey. Estaba éste cansado de sostener tan larga y empeñada lucha, con lo que á las veces, aunque no muy de corazon, parecia inclinarse hácia la paz, pero le apartaban de este camino, por un lado la reina, que desde París le excitaba para que no cediese; y por otra, todos aquellos que, altamente comprometidos, no podian esperar indulgencia por parte del Parlamento, y ya no querian más que vencer con las armas en la mano, por ser el único medio que les quedaba para librarse de la tirania del Parlamento. Reunió el rey, para decidir esta cuestion, las Cámaras que ya antes habian sido convocadas en Oxford, pero tuvo luego que disolverlas sin haber podido conseguirlo.

Insistia, sin embargo, Carlos, conociendo la popularidad que envolvia, en la conveniencia de un acomodo entre él y el Parlamento, y por esa causa, aprovechando todas las ocasiones, proponia á las Cámaras entrar en negociaciones; negábanse éstas generalmente á acceder á sus deseos, pero por fin cedieron y entraron en ellas, despues de oír el parecer de sus aliados los Escoceses.

Nombráronse al efecto por el Parlamento las personas que se habian de encargar de la negociacion, y se fijó como punto de reunion para tratar, Uxbridge, reuniéndose allí al poco tiempo los comisionados de ambas partes. Los parlamentarios desde luego manifestaron cuáles eran sus instrucciones, y hasta dónde podian llegar en sus negociaciones con las condiciones que por las Cámaras se habian fijado. Descollaban entre los puntos que habian de tocarse, la reforma religiosa, la disminucion de las atribuciones del rey, de las que se eliminaba el mando de los ejércitos, que habia de pasar á serlo del Parlamento, y por fin, que la guerra contra los Irlandeses habia de continuar, persiguiéndose con toda dureza á los rebeldes.

Inaceptables para el rey eran estas pro-

(1) Lingard.—H. of. England. tomo 6.º, pag. 349.

posiciones; pero aunque convencido de ello, encargó á Ormond que continuase las negociaciones á todo trance. Fué á éste imposible. Creia el rey que la division que existia entre los presbiterianos, partidarios de la paz y de la monarquía con modificaciones esenciales, y los independientes que deseaban su desaparicion, podia llegar á serle favorable si se venia á un tratado, porque quizás conseguiria debilitar las fuerzas de la revolucion, atrayéndose á los presbiterianos; pero se equivocaba Carlos; las cosas habian llegado á un extremo en que la revolucion prepotente ganaba mucho terreno todos los dias, y ya unos desembozadamente, y otros casi sin conocerlo, trabajaban todos porque desapareciese la monarquía. Inútiles fueron sus esfuerzos; exigianse del rey grandes sacrificios; y si bien estuvo á punto de ceder, negóse luego terminantemente, por las noticias que de Escocia recibió, y por salvar los muchos intereses y personas que á su causa se habian ligado y á quienes, perdía, si no obtenia mejores condiciones que las propuestas.

En Escocia, Montrose, que venia hacia algun tiempo maniobrando con ventaja en favor del rey, acababa por entonces de recojer nuevos laureles, estrechando considerablemente las fuerzas de los parciales del Parlamento, y persiguiendo hasta en sus cuarteles de invierno á algunos de sus principales jefes. Recompensó el rey sus esfuerzos dándole el título de marqués, pero no bastaron estos á contener la ruina de la monarquía, que cada dia era más inminente.

Las ventajas de los parciales del rey en Escocia, si bien pueden tenerse por tales, nunca podian ser bastantes á resolver la contienda; habiase de ventilar esta en Inglaterra, y no tenia el rey un ejército en estado de poder contraestimar al del Parlamento, por más que conservase fiel á su causa una gran parte del país.

Habia Cromwell, con la habilidad que venia ya distinguiéndole, obtenido con su propuesta en el Parlamento, sobre incompatibilidades, apartar del ejército á todos aquellos que le eran contrarios y por su parte habia conseguido que con él se hiciese una escepcion de aquella regla; y venia de próroga en próroga alargando su estancia en el ejército, y haciendo cada vez más difícil su separacion de él, contribuyendo á esto no poco el resultado de la batalla de Naseby y la grande influencia que habia adquirido en el ejército.

El rey habia puesto en movimiento sus tropas, saliendo de Oxford con 10.000 hombres, de los que la mitad tan solo eran infantes, componiéndose el resto de caballería. La noticia de su salida bastó para que los parlamentarios levantaran el sitio que tenian puesto á Chester, y á los pocos dias, continuando el rey su marcha, tomó por asalto á Leicester, importante plaza parlamentaria. Sabido esto por Fairfax, que con su ejército se dirigia á Oxford, creyendo que Carlos se encontraba en aquella plaza, y con la esperanza de dar quizás un golpe decisivo, tuvo que variar su plan, y volver la vista hacia donde las tropas reales maniobraban con ventaja, cumpliendo, al hacerlo, las órdenes que recibió del Parlamento. Al sétimo dia, su vanguardia alcanzó la retaguardia de las tropas reales, entre Daventry y Harborough, alegrándose mucho Fairfax y los suyos del encuentro, deseosos ya de medir sus fuerzas con las del rey, y hacer comprender al Parlamento, con el resultado que esperaban fuese feliz, cómo no solo los presbiterianos eran capaces de vencer.

No deseaba Carlos librar la batalla; disminuido su ejército con las fuerzas que habia tenido que dejar en Chester, y en Leicester queria aguardar la llegada de refuerzos que esperaba, pero no le fué posible. En la mañana del 14 de Junio se vió obligado á colocarse en batalla, y librar la conocida, y para él desastrosa, de Naseby. Extendianse sus tropas, en frente de Harborough, ocupando su línea cerca de una milla, y en esa posicion esperó hasta las ocho el ataque del enemigo; pero viendo que éste no se adelantaba, queriendo conservar, sin duda, la fuerte posicion que tenia en las inmediaciones de Naseby, cediendo el rey al ardor de sus oficiales, dió la voz de ataque. Mandaba el príncipe Roberto



el ala derecha de la línea, y con su acostumbrado valor dió el primer empuje, cediendo ante él el enemigo, y cayendo en poder suyo seis piezas de artillería, y prisionero el general Ireton, que había sido herido; mas habían de aprovechar poco estas ventajas, porque el príncipe, obrando sin más cordura de la que acostumbraba, y nada aleccionado por la experiencia, se dejó llevar de su ardor, y perdió el tiempo persiguiendo á los fugitivos, contribuyendo en aquel día con su conducta, como en Marston-Moor, á que la victoria fuese de Cromwell. Este general, al ver el ataque del príncipe y que seguía la misma conducta que en la última batalla, maniobró con gran habilidad, y consiguió deshacer por completo las fuerzas reales. Viendo Carlos perdida la batalla, hizo los mayores esfuerzos para contener su gente, que ya huía, y volverla al combate, pero todo fué inútil, y él mismo tuvo que retirarse para no caer en poder del enemigo. Persiguieronlos la tropa de Fairfax, haciendo en ellos gran carnicería, hasta Leicester, en cuya población se enseñaron los parlamentarios hasta el punto de asesinar mujeres, so pretexto de que eran católicas. Perdió el rey en esta batalla 3.000 hombres, todo el tren de artillería y su equipaje, que encerraba papeles de suma importancia.

En poder del Parlamento todos los papeles del rey, y examinados por él, trató de si debía dárselos publicidad. Eran muchos los que no creían que debía seguirse ese proceder teniendo poco conveniente; pero Cromwell e Ireton sostuvieron energicamente el parecer contrario, y se decidió que se publicaran para que quedase probada la falsedad del rey y la justicia con que se sostenía la guerra contra él.

Deduciase naturalmente de los documentos, la aversión que el rey tenía á las Cámaras y su decidida intención de combaerlas, por lo que causó gran placer el que se publicasen á aquellos, que enemigos decididos del rey y de la monarquía, la combatían resueltamente. Como resultado de esto, se vieron obligados á enmudecer los partidarios de la paz, y la causa del rey perdió no poco, disminuyéndose considerablemente sus partidarios al conocerse el contenido de sus papeles.

Las consecuencias de la batalla de Naseby fueron fatales á la causa de Carlos, bajo su aspecto moral y material, y desde aquel momento pudieron contarse los días por los descabros que las fuerzas reales sufrieron, apoderándose el Parlamento, una tras otra, de todas las plazas de importancia que sostenían al rey.

La noticia de la pérdida de las tres fortalezas del Norte, Carlisle, Pontefract y Scarborough, que siempre habían resistido todos los embates, acabaron de desanimar á los afectos al rey hasta el punto que el mismo príncipe Roberto, tan contrario siempre á la paz, declaró que ya no había otra cosa que hacer, y todos acudieron á Carlos para decidirle á seguir ese camino. Fuéles imposible conseguirlo, á pesar del estado en que todo se encontraba, y de las malas noticias que por entonces llegaron de Escocia, y de haber afectado mucho al rey la pérdida de Bristol.

El 23 de Setiembre de aquel año, fué de nuevo derrotado el rey en Chester, y se vió obligado á huir, refugiándose con 500 hombres en el castillo de Bellvoir.

Tiempo es ya de indicar cuáles fueron las razones que tuvo Carlos para proseguir la guerra con tanta insistencia, mientras no le fuese dable obtener en algun tratado, de los muchos que á cada paso se estaban iniciando con el Parlamento, alguna condicion ventajosa en favor de los Irlandeses. Había el rey sostenido con estos por largo tiempo trató secretos, y en su política, nada franca y sólo de circunstancias y del momento, venía siguiéndolos con esperanza de que á cambio de algunas condiciones por las que para en su día se asegurase cierta tolerancia á los católicos de aquella isla, estos se comprometieran á enviarle auxilios pecuniarios y aun algunas fuerzas con que poder seguir sosteniendo su causa en el campo de batalla; estos trató habían llegado á tomar tales proporciones

que le impedían concluir ningun tratado en que no quedaran consignadas las bases que les tenía ofrecidas.

Seguíanse estas negociaciones por medio de un ministro que por entonces tenía Carlos, llamado Herbert, á quien había hecho conde de Glamorgan, y que siendo católico, llevaba en el buen éxito de la empresa un interés natural. Pasó éste á Irlanda á ponerse de acuerdo con los diputados de aquel país, y encontrándose ya en la isla, y muy adelantadas las negociaciones, y convenido que en cambio de ofrecimientos y seguridades en favor de los católicos habían éstos de auxiliar al rey con gente y dinero, fueron descubiertos sus trabajos por el Parlamento inglés, que se apresuró á darles toda la publicidad posible, comprendiendo lo favorable que había de ser á su causa el conocimiento de este asunto, y lo que influiría en los ánimos del pueblo, intolerante hasta el extremo en materias religiosas.

Perjudicó mucho al rey esta determinación del Parlamento; pues poco confiado, aun con los mismos que á su causa venían unidos, y que con verdadera lealtad le habían servido, les ocultó esta negociacion, hasta el punto de que ninguno la sabía ni aun sospechaba; con lo que quedaron muy resentidos no pocos, y muy particularmente Digby, su favorito y especialísimo Consejero, encontrándose el rey en un verdadero compromiso, no pudiendo ya dar explicaciones satisfactorias á sus allegados por haber pasado la oportunidad.

Por su parte Glamorgan, que ya había obtenido algunos auxilios, cuando se dió publicidad á los documentos que obraban en poder del Parlamento, por los que se exponían al público las secretas alianzas del rey, de cuya ejecución estaba encargado, trató de fugarse, lo que consiguió, si bien después de haber sido detenido en los primeros momentos, habiendo negado terminantemente que estuviese autorizado por el rey para negociar, y ocultando cuidadosamente los documentos que hubieran probado evidentemente lo contrario por llevar la firma del rey. Coincidió por fortuna de Carlos esta leal conducta de Glamorgan con sus declaraciones terminantes de no haber tenido participación alguna en cuanto en Irlanda se había tratado; conducta por su parte poco digna, y que no salvándole de la responsabilidad, y no llegando á convencer á nadie, le rebajaba naturalmente á los ojos de aquellos que comprendían ser su declaración una evasiva propia de su carácter indeciso y de su afán de salvar su causa á toda costa, sin comprender que por ese camino sólo podía conseguir comprometerla más.

La averiguacion de estos hechos ofreció tambien una nueva y desgraciada coincidencia. El rey, á la par que negociaba en Irlanda, lo hacía tambien en Escocia y hasta con el mismo Parlamento; quería con esto sostener relaciones, con las que, aprovechándose quizás de alguna oportunidad, pudiera conseguir alguna ventaja. Los Escoceses indudablemente parecían ser los que más fácilmente pudieran producir algun resultado más inmediato; pero persuadido Carlos de que por mucho que de ellos pudiera conseguir, nunca podría ser todo lo que deseaba, y que eso tan solo podría obtenerlo del Parlamento inglés, sostenía con más empeño las escasas relaciones que con éste podía tener, decidiéndose por fin á dirigirse por medio de una petición á las Cámaras pidiendo una negociacion, sin comprender que por más que la pretension del momento de los Independientes se limitaba á exigir cierta tolerancia religiosa, las tendencias que demostraban y sus ideas les hacían completamente incompatibles con su reposición en el trono. Pronto se hubiera desengañado de la idea que sobre ellos tenía formada, si la llegada de su petición á las Cámaras no hubiera coincidido con la publicacion en ellas de las negociaciones descubiertas en Irlanda, con cuyo motivo se hizo completamente caso omiso de su pretension.

Hizo esto que ya las negociaciones con el Parlamento se hicieran casi imposibles; pero no sucedió lo mismo con las entabladas en Escocia. Allí Montrettil, Embajador francés, siguiendo en esto más bien las inspiraciones de su corazón que las órdenes que tenía de

Mazarín (1), había trabajado sin cesar para proporcionar al Rey alguna ayuda, ó por lo ménos un asilo seguro, si las circunstancias, que de día en día iban empeorando, le colocaban en situacion de necesitarlo. En efecto, la posición de Carlos era cada día más triste; por todas partes sus partidarios habían sufrido continuos reveses, y él mismo, acompañado de escasas fuerzas: se veía reducido á sostener en la ciudad de Oxford un sitio que no podía dar otro resultado que el de tener que caer en manos de sus enemigos; que con gran número de tropas y todo género de elementos se iban aproximando. Trató, sin embargo, de atraerse á Rainsborough, que fué el primero que se acercó á iniciar el sitio, pero éste se negó resueltamente, y ya no le quedaba al Rey, si persistía en defenderse en Oxford, mas perspectiva que la de ser hecho prisionero de guerra en un plazo más ó ménos largo (2). Resolvióse entonces á salirse de Oxford y entregarse por completo á la buena fé de los escoceses, acerca de la que se le habían hecho repetidos ofrecimientos.

El 27 de Abril á las doce de la noche salió Carlos de la ciudad disfrazado de criado, acompañando á Ashburnham, que hacía el papel de amo, y llevando consigo á un clérigo llamado Hudson, muy conocedor del país, y que había de servirle de guía. A la salida dudó Carlos si debía aprovecharse de la hospitalidad que en Escocia se le ofrecía ó ir á Londres y presentarse de pronto en el Parlamento; trató de conseguir lo que en el actual estado de cosas fuera posible, resignándose á ceder cuanto fuere necesario; pero temeroso é indeciso como siempre, y siendo completamente incompatible con su carácter todo lo que envolviese alguna humillacion, por pequeña que ésta fuese, se decidió por fin á dirigirse á Escocia, llegando después de muchas peripecias á presentarse á Leslie, en cuyas manos se entregó, confiándose en un todo á su caballerosidad y á la generosidad de los escoceses. Recibió este general al Rey con todas las consideraciones que á su persona se debían, pero no por eso dejó muy pronto de conocer Carlos que estaba preso en poder de los Escoceses.

## IV.

La noticia de la fuga del rey de Oxford no molestó mas al Parlamento y á las tropas que sobre la ciudad se dirigían, que el saber que éste se encontraba entre los escoceses; supúsose al principio que estos habían faltado á la palabra empeñada de ayudarles en su empresa; pero bien pronto supieron la manera en que Carlos había ido al campo de Leslie. Al poco tiempo se recibió en el Parlamento una nueva petición de Carlos, insistiendo en que se hiciese un tratado de paz: manifestaba además que, como prueba del deseo que tenía de que esto se consiguiese, había dado las órdenes oportunas para que las plazas fuertes, que todavía se conservaban leales á su causa, se entregasen desde luego al Parlamento, y que la guerra por este medio quedase realmente terminada.

Mientras en las Cámaras se discutían estos asuntos, los escoceses, movidos por aquel espíritu desecta, que tanto influyó por entonces en todas las resoluciones de Inglaterra, hacían cuanto les era posible por conseguir que el rey se decidiese á abrazar la que ellos llamaban verdadera doctrina de Cristo, que era la misma que profesaban los presbiterianos; encargóse á Henderson, predicador de los mas afamados, para que fuese á Newcastle, donde el rey se encontraba con el ejército, y se dedicase de una manera oficial á conseguir este objeto. Carlos sostuvo con cierta habilidad y hasta con condescendencia la controversia con Henderson; pero por fin se negó resueltamente á apartarse de los principios de la iglesia anglicana.

En Julio llegaron por fin á su poder por medio de los condes de Pembroke y de Suffolk, acompañados de cuatro miembros de los Comunes, las bases del tratado que enviaba el Parlamento.

Componíanse éstas de lo mismo que había constituido en otras ocasiones pro-

(1) Guizot, *R. d'Angleterre*, t. II, p. 145.  
(2) Clarendon, *H. of the Rebell.*, t. VIII, p. 257.

yectos análogos; solo que cada vez las restricciones iban siendo mayores y mas larga la lista de las personas que no habían de ser indultadas. Oyó Carlos la lectura de ellas, hecha por uno de los comisionados, y preguntó si estaban competentemente autorizados para tratar: viendo que no, exigió algunos días para meditar sobre lo que se le proponía. Al cabo de diez que pasó el rey ocupándose con verdadero detenimiento de las bases propuestas, contestó que se le hacía absolutamente necesaria una conferencia con personas que estuvieran autorizadas para tratar, y que al efecto no tenía inconveniente, siempre que se le diesen las seguridades necesarias, en ir á Westminster, en donde esto podría hacerse mas fácilmente.

Comprendieron desde luego los comisionados y los amigos del rey que su contestacion no era mas que una evasiva de las muchas que por desgracia suya había empleado en distintas ocasiones para aplazar las cuestiones, dándole siempre mal resultado; insistieron todos ellos para que, deponiendo los escrúpulos que tuviera, aceptase como único recurso que le quedaba las bases que se le proponían. Todo fué inútil: los escrúpulos religiosos del rey y la inflexibilidad de su carácter hicieron imposible que cediese, perdiendo uno de los últimos recursos que le quedaban para salvarse. La noticia de la resolucion del rey llenó de sentimiento á los presbiterianos y á sus amigos, al par que de verdadero gozo á los independientes, que ya no ocultaban su deseo de destruir á Carlos y de reemplazarle por su hijo el duque de York, si no les era posible conseguir el establecimiento de la república, que era lo que realmente deseaban.

Esta resolucion del rey hizo nacer naturalmente la cuestion de quién había de disponer de su persona; sostenían los ingleses que á ellos les correspondía de derecho, mientras que los escoceses decían que si bien esto podía ser cierto, no lo era menos que Carlos estaba en su poder, y que les pertenecía de hecho: sostuvo por largo tiempo la contienda entre las dos parcialidades, hasta que los deseos de los escoceses, á quienes Carlos inspiraba más simpatías que á los ingleses, fueron contrabalanceados por una determinación del Parlamento inglés, en la que se disponía que el rey se le entregase, y la mismo tiempo daba resuelta á los escoceses la cuestion de indemnizacion de los gastos de guerra hechos por ellos, de una manera satisfactoria para aquel país.

Ante esta resolucion, acompañada del aliciente indicado, cedió el Parlamento escocés, no sin sentimiento por lo tocante al rey; y éste comprendió desde luego, cuál era ya su situacion y el triste porvenir que le esperaba al ver que, aunque con las mayores muestras de respeto, se le condujo preso á Holmby, á donde llegó el 16 de Febrero del año 1647.

Encerrado Carlos en este castillo, si bien se veía tratado con todo género de consideraciones, no dejaba de hallarse muy vejado, siendo constantemente custodiado de cerca; así fué que se animó á dirigirse al Parlamento, y fundando su petición en las bases del último tratado, cedía considerablemente en una porcion de puntos, en los que hasta entonces había sido imposible conseguir nada de él; eran éstos los que se referían á asuntos religiosos, en los que ofrecía cierta tolerancia, y en lo relativo al mando del ejército, cuya direccion cedía por espacio de diez años al Parlamento, haciendo en todo lo demas concesiones inusitadas en él; así fué que cuando esta comunicacion del rey llegó á la Cámara de los Lores, fué bien acogida y se propuso que se entrase en negociacion.

No sucedió lo mismo en la Cámara de los Comunes: hallábase ésta ocupada en discusiones que tenían por base principal la rivalidad entre los partidos Presbiteriano e Independiente, y por esta causa se hizo caso omiso de lo que el rey proponía, por ser para ambos partidos de mayor interés, el asunto en que, si bien por incidencia, se trataba de ganar por uno de los dos la preponderancia en el país.

El partido Presbiteriano, como mas antiguo en Inglaterra, gozaba de mayor influencia y de mas allegados, si bien



acababa de sufrir una gran pérdida con la reciente muerte del conde de Essex, con la que se disminuía y casi anulaba su influencia en el ejército, y pasaba éste á engrosar las filas del partido Independiente, por estar casi todos sus hombres de acción afiliados en este partido, y los que no, como le sucedía á Fairfax, eran arrastrados por ellos. Comprendiendo así los Presbiterianos, y deseando contrarrestar la influencia creciente de los Independientes, propusieron con gran fundamento de razón, que supuesto que la guerra se había ya terminado, convenía enviar á Irlanda las fuerzas que allí se necesitaban para combatir las influencias católicas y proteger á los protestantes de aquella isla, y que el resto del ejército, exceptuando algunos regimientos que fuesen necesarios para la guarnición de las plazas, fuese licenciado.

Conocieron los Independientes que esta proposición de los Presbiterianos, si llegaba á aprobarse, como era de creer, atendido lo razonable de la medida, su influencia iba á ser escasa, y aún quizás llegaría á anularse por completo, resolvieron oponerse á ella por todos los medios que tuvieran á su alcance; y comprendiendo que en las Cámaras estaban en minoría, movieron el espíritu de la tropa, para que el ejército manifestase su resolución decidida á desobedecer cualquiera determinación que tendiese á la disminución del ejército; y que anticipándose las manifestaciones de éste, á las resoluciones que las cámaras pudieran tomar, se evitase que estas llegaran á resolver nada en este sentido. Con este objeto comenzaron á agitarse en los regimientos, consiguiendo que alguno de ellos se dirigiese por medio de Fairfax al Parlamento, manifestando que, si como se decía, se llegaba á mandar la disolución de algunos regimientos y el envío de otros á Irlanda, se encontraban dispuestos á no obedecer; y que, en uso de su derecho, como ciudadanos y como soldados, solicitaban que se les abonasen las pagas que se les debían, y se les reconocieran los beneficios ofrecidos en campaña, como eran, pensiones á los inutilizados en ellas, y á las viudas y huérfanas de los que habían muerto.

Dió el Parlamento, al principio, escasa importancia á estas manifestaciones, y no sirvieron más que para que los Presbiterianos activasen la discusión y resolución de lo que habían propuesto, conociendo el origen de estas manifestaciones y sus tendencias.

No se descuidaron, por su parte, los independientes, y comprendiendo que si daban tiempo á sus contrarios, habían perdido la partida, se ocuparon en mover más y más el espíritu del ejército, procurando que se aumentasen sus manifestaciones, con lo que, naturalmente, de día en día tomaron un carácter más grave, emanando de ellas peticiones cada vez de mayor trascendencia, y más incompatibles con el verdadero carácter del soldado. No se contentaban ya estos con exigir de una manera imperiosa que se les abonasen las pagas atrasadas y que se cumpliesen los ofrecimientos que en campaña se habían hecho, sino que, mezclándose en cuestiones políticas, y dando sobre ellas su opinión, llegaron hasta el punto de pedir que se señalase un límite para la terminación del largo Parlamento.

Comprendiendo el mucho terreno que con esta actitud habían ganado, resolvió el ejército arrebatarse de manos del Parlamento la persona del Rey, y colocarse, teniendo en su poder, en una posición muy ventajosa; con este objeto, partieron para Holmby, un trompeta de la escolta del General Fairfax con algunos caballos, y presentándose de pronto en el castillo, exigieron que les fuese entregado el Rey; resistióse al principio el Gobernador, pero viendo que sus soldados abrían las puertas á los comisionados del ejército, los condujo en presencia del Rey, que por su parte se opuso resueltamente á seguirlos, manifestando que no reconocía en ellos autoridad alguna; que por otra parte no veía que trajesen una orden de su General, y que no se hallaba dispuesto á obedecer las indicaciones de unos cuantos soldados, sustrayéndose de ese modo de aquel castillo, en donde se encontraba con conocimiento del Parlamento. Cedió, por fin, cuando el trompeta Joyce

le dijo que si no le seguía de buen grado tendría que hacerlo á la fuerza, pero que no debía abrigar ningún temor, pues que no sólo estaban dispuestos á servirle y á guardarle todas las consideraciones debidas, sino que se le llevaría al punto que señalará, siendo muy probable que por ese medio le fuese más fácil conseguir su restauración en el Trono. Salíó Carlos del castillo acompañado de aquella gente, y fué conducido á Newmarket; punto que eligió.

Envalentonado el ejército con el éxito de esta empresa, y con el temor que naturalmente produjo en el Parlamento lo ocurrido con el rey, se puso en marcha sobre Londres, sosteniendo las peticiones que había formulado, y pidiendo además que algunos miembros del Parlamento, entre ellos Holles, Stapleton y algunos otros, fueran excluidos de la Cámara hasta que se les juzgase. Vista por las Cámaras la gravedad de su situación, y la ninguna fuerza que tenían para resistir, nombraron unos comisionados para que fueran al ejército y tratasen con él una avenencia, mandando al mismo tiempo que se disolvieran las milicias que para la defensa de Londres se habían armado, probando con esta medida, y con mandar que se diese una paga al ejército, la buena fé con que se proponían negociar.

Estos sucesos hicieron concebir, no sin razón, á los realistas, esperanzas de conseguir una restauración, y con ese motivo comenzaron con buen éxito á mover la opinión, que respondió más eficazmente de lo que era de esperar, llegando, sin duda, á dar su resultado, á no haber tropezado en esta ocasión como en otras, con el carácter indeciso, al par que inflexible de Carlos. En el mismo ejército comenzaron á dispartarse simpatías hacia el rey, á las que no era extraño el mismo Fairfax, y en Londres fueron muchas las manifestaciones por escrito, y después tumultuosas que se hicieron, pidiendo que fuera conducido Carlos á Westminster, y que allí, después de ratificar las ofertas que anteriormente había hecho desde Holmby, se viniese á un arreglo definitivo. Negáronse al principio las Cámaras, y las manifestaciones y el tumulto creció hasta el punto de verse estas obligadas á quedar en sesión permanente por espacio de tres días, opinando, por fin, para no ceder á la violencia, ser conveniente ir á buscar un asilo en el ejército. Cuando llegaron á unirse los miembros del partido independiente á Fairfax, conociendo éste el estado en que Londres se encontraba, determinó seguir su marcha sobre esta ciudad, á fin de aquietar los ánimos, lo que consiguió fácilmente, pues que bastó que sus tropas entraran en la población, para que el pueblo fraternizara con ellos.

Mientras que todo esto ocurría, los comisionados nombrados por el Parlamento, en unión con otros elegidos por el ejército, seguían las negociaciones que les habían llevado á Newmarket, en las que intervenía el mismo rey de una manera directa; convino en casi todos los extremos del tratado, y era ya una cosa casi segura que volvería Carlos á ocupar el trono, viniendo tan larga contienda á tener una solución satisfactoria; mas en esta ocasión como en otras, por desgracia suya, cuando estaban convenidas todas las bases, y el proyecto iba á aprobarse en definitiva, negóse el rey á prestar su asentimiento; llenó este cambio de asombro á cuantos en las negociaciones habían intervenido, no habiendo á qué achacar la mudanza que en el rey observaban; atribuyéndose á influencias ó intrigas de Lord Lauderdale que hacia poco había llegado y se le mandó marchar, sin permitirle siquiera despedirse del rey, y se volvieron de nuevo á emplear algunos medios de conciliación, con objeto de restablecer las cosas en el estado en que se encontraban antes del rompimiento, sin comprender que la determinación del rey no se debía á otra cosa sino á las mismas causas que en repetidas ocasiones habían hecho fracasar otras negociaciones que habían estado á punto de conciliar todos los intereses. Todo fué en vano; cuantos medios se emplearon, otros tantos se estrellaron contra el inflexible carácter del rey.

El fácil resultado del movimiento que hizo el ejército sobre Londres, fué también de funestas consecuencias para el

rey; existía en este la idea de desplegar de una manera clara su bandera en favor del rey Carlos, si hubiera encontrado resistencia y el Parlamento no hubiese cedido tan fácilmente como lo hizo á sus pretensiones, en cuyo caso era bien seguro que hubiera éste vuelto á ocupar el trono de sus mayores; pero la falta de resistencia y el fácil logro de sus deseos, hizo que el ejército no se decidiese á apoyar resueltamente la causa del rey, con lo que ya no había de adelantarse para producir nuevos trastornos, contentándose con trasladar á Carlos al palacio de Hampton-court, en donde se le concedió cierta libertad, permitiéndole no solo ver á sus hijos y comunicarse libremente con su mujer, que estaba en París, sino pasearse y cazar con completa libertad y sin más resguardo que su palabra de honor.

Volvieron de nuevo á emprender negociaciones entre el rey y el Parlamento; quería éste tratar directamente con Carlos, pero éste se empeñó en que el ejército interviniese en ellas, fundándose para pedirlo en la mucha parte que en todos estos asuntos había tenido aquel. La noticia de esta petición del rey agradó sobremanera al ejército, y no solo nombró una comisión muy favorable á su causa, sino que en él se despertaron grandes simpatías á favor de su persona, llegando algunos de sus jefes, por desgracia del mismo Carlos, á tales extremos, que se hicieron sospechosos.

La participación que la tropa había tenido en los asuntos públicos, había hecho que en ella creciera la insubordinación, y que fuese ya una masa dispuesta para aceptar todo género de impresiones; así fué que principiaron á circular y á arraigarse profundamente en ella las ideas de un nuevo partido, llamado de los Niveladores, que profesaban las doctrinas más radicales, fundándolas en la soberanía del pueblo y en la igualdad. Estas ideas, unidas á la actitud que el ejército iba tomando, obligaron á Cromwell, á Ireton y á algunos otros jefes que se habían colocado en buenas relaciones con el rey, á irse retrayendo de los tratos que con él seguían, deseosos de no perder las simpatías y el prestigio que en el ejército tenían.

La actitud del ejército y la conducta que sus jefes habían seguido por esta causa, hicieron comprender al rey el peligro que corría estando en su poder; determinó, pues, á pesar de las negociaciones entabladas, huir de entre ellos; consiguiendo fugarse el día 11 de Noviembre, á pesar de que hacia algún tiempo que era custodiado de mas cerca. Acompañaronle en su huida Berkeley y Ashburnham, consiguiendo tomar la dirección de la isla de Wight sin ser sentido, siendo la primera noticia que tuvieron los que le guardaban, el encontrar su cuarto desocupado cuando le entraron la cena; y sobre la mesa una comunicación al Parlamento, suscrita por él, en que manifestaba que su objeto al marchar de Hampton-court, no había sido otro, que el buscar un asilo más seguro para su persona, desde donde poder seguir las negociaciones que estaban entabladas. Si bien el rey se dirigió desde luego hacia la isla de Wight, lo había hecho sin tener gran seguridad de la disposición en que encontraba su gobernador, y por lo tanto, determinó quedarse en Tichfield-house, residencia de la condesa de Southampton, y esperar allí á que sus dos acompañantes pasaran á la isla y sondearan la disposición de Hammond, que era por entonces el gobernador, y volvieran con el resultado de su comisión.

Verificaron estos su encargo con estremada ligereza: así fué, que sin haber obtenido grandes seguridades de Hammond, lo condujeron á donde el rey se encontraba. Incomodóse mucho Carlos de lo ligeramente que habían desempeñado su cometido, con lo que le habían colocado en una situación bastante difícil, pero por fin hizo entrar al Gobernador de la isla, procurando asegurarse más de su actitud. Estuvo éste con el rey más explícito que con sus emisarios, y si bien no le satisfizo del todo, en algún tanto le alivió el disgusto que le produjo lo mal que su encargo se había desempeñado, acompañado, pues, de Hammond, pasó á la isla alojándose en el castillo de Carisbrook.

Una vez en la isla de Wight, siguió

Carlos las negociaciones que con el Parlamento tenía entabladas; pero por debajo de cuerda, siguiendo su costumbre de siempre, trató de entenderse, por un lado con los escoceses y por otro con Cromwell, á quien mandó con este objeto á Berkeley; pero este general comprometido por la actitud del ejército, apenas hizo caso del enviado del rey, mientras que los escoceses, si bien siguieron tratando, lo hacían con cierta frialdad, quejándose continuamente de las muchas infidelidades que con ellos había cometido, y haciéndole comprender, que estaba en el caso de obrar con mas cordura, supuesto que se trataba por algunos de asesinarle, si no conseguían que fuese juzgado y sentenciado á muerte, como era su deseo.

Cansadas las Cámaras de lo interminables é inútiles que se hacían siempre las negociaciones con el rey, le enviaron un *ultimatum*, en el que se le proponía, que por veinte años la Dirección del ejército quedara á cargo del Parlamento, y que pasado este tiempo, la antigua prerrogativa Real, sobre este punto, quedase sujeta hasta cierto límite. Extendiase además, en la fijación de otros puntos que resolvía de una manera no del todo inaceptable para Carlos, en atención á la situación en que las cosas se encontraban, y lo mucho que por su parte parecía que estaba dispuesto á ceder. Hubiérase quizás conseguido que Carlos aceptase las bases del *ultimatum*, pero no siendo estas del todo aceptables para los escoceses, que no veían en ellas garantidas de la manera que deseaban algunos asuntos religiosos, hicieron cuanto pudieron para conseguir que Carlos no las aprobase, ofreciéndole su ayuda y procurar, no solo arrebatarse de manos del Parlamento, sino levantar un cuerpo de ejército que sostuviese su causa.

Difícilmente hubieran conseguido los escoceses lo que se proponían, pues Carlos estaba ya fatigado de tantas alternativas, á no haber coincidido sus ofrecimientos con la noticia de que un buque fletado por la reina, se encontraba en las inmediaciones dispuesto á salvarle. Negóse, pues, á aceptar las bases del *ultimatum*, esperando tan solo la marcha de los comisionados del Parlamento para verificar su fuga, pero Hammond, temiendo que su negativa obedeciese á algún plan de huida, cuidó mucho de cerrar las puertas del castillo en cuanto salieron los comisionados, doblando las guardias y despidiendo á los sirvientes que el rey tenía á su lado.

Esta determinación, por la que se frustraban todos los planes preconcebidos, hizo que los partidarios del rey provocasen una manifestación armada en el país, que mandada por Burley, precedente de las filas realistas, pidiese que el rey fuese puesto en libertad. Sofocó fácilmente Hammond estos movimientos, pagando Burley con su cabeza el haberlos capitaneado.

La noticia del rompimiento de las negociaciones, provocado por la terminante negativa con que el rey había contestado á las bases del *ultimatum*, hicieron que el Parlamento aprobase una proposición, por la que se resolvió que no se volverían á entablar nuevos tratos con él, y que cualquiera que los intentase, aun de una manera oficiosa, sería tenido por culpable.

A pesar de estas declaraciones, y de la volubilidad que observaba el rey en su conducta, la opinión pública, cansada de los disturbios y de las ambiciones políticas de los jefes de los partidos, iba de día en día pronunciándose más en favor de la causa del rey, y una de las pruebas más evidentes de esto, y de la decisión con que los partidarios de su causa le servían, era que á pesar de las medidas tomadas por Hammond y del esmero cuidado con que se vigilaba al rey, conseguía éste conservar comunicaciones secretas con muchos de sus parciales.

Comenzaron á levantarse partidas realistas en todo el reino, y principalmente en el país de Gales tomaron éstas grande incremento, llegando á conseguir algunas ventajas y á apoderarse de algunas ciudades. Resolvieron por su parte los escoceses secundar este movimiento, y á pesar de que el convenio celebrado con el rey, no satisfizo al país, el Parlamento votó la formación de un fuerte ejército para que pasase á



Inglaterra á sostener su causa, apoyando enérgicamente á las partidas de realistas que se encontraban ya en campaña. La noticia de esta actitud del Parlamento escocés, agregada á la molestia que al inglés causaban las partidas realistas, cuya bandera sostenida con decisión en el campo era secundada con manifestaciones las mas veces pacíficas, pero no pocas tumultuosas, que en las ciudades y principalmente en Londres venian repitiéndose con estremada frecuencia, llegaron á inquietar seriamente á las Cámaras, que comprendiendo la fuerza irresistible, por una parte de la opinion, y por otra la necesidad de combatir las insurrecciones de los condados, comisionó á Cromwell para que se pudiese al frente del ejército y resistiese aquellos movimientos, dirigiendo especialmente su atención hácia las fuerzas escocesas, que se disponian á entrar en Inglaterra.

Aun vencida que fuese en el campo la causa del rey, por la indisputable habilidad y pujanza de Cromwell, necesitaba el Parlamento hacer algo más, para conseguir vencer la opinion pública, que tan á las claras se manifestaba partidaria decidida del rey. La voz *God and the king* (Dios y el rey) se habia hecho popular en fuerza de ser repetida en las manifestaciones que á favor del monarca se hacian y que encontraba eso en todas partes, hasta en el seno de la familia. Vióse el Parlamento obligado á ceder, y para conseguir calmar la agitacion pública, aprobó el 28 de abril una proposicion en la que se consignaba, primero, que las Cámaras no alterarían el gobierno fundamental del reino, y que éste se regiría por un rey, los Lores y los Comunes; segundo, que las bases presentadas al rey en Hampton-court, serian el punto de partida de las medidas que era urgente adoptar, para restablecer la paz pública; tercero, que á pesar del voto solemne del 3 de Enero último, por el que se prohibia toda negociacion con el rey, cualquier miembro del Parlamento tenia derecho á proponer cuanto creyera conveniente en provecho del país (1); por el momento esta medida tranquilizó los ánimos, por más que abrigaran el convencimiento de que la oferta no era sincera.

Continuaban entre tanto pululando las partidas realistas á pesar de los reveses que habian sufrido, desde que Cromwell se habia encargado del mando del ejército, pero seguian molestando por todas partes á las tropas del Parlamento, y especialmente en el condado de Kent, llegaron á tomar algunas proporciones. La llegada á Inglaterra del ejército escocés, compuesto de treinta mil hombres, al mando de Hamilton vino á dar más impulso á la guerra; pero Cromwell, que conocia lo necesario que era venir pronto á las manos, y resolver la cuestion en el término más breve, determinó, á pesar de no contar más que con nueve mil hombres, ir en busca del ejército de Hamilton, y con su prestigio y con su esfuerzo equilibrar la desigualdad de las fuerzas materiales, para conseguir, como sucedió, derrotar al ejército escocés. En las inmediaciones de Preston se avistaron ámbos ejércitos, y al poco tiempo se libró la batalla en que desde el principio el ejército parlamentario llevó la ventaja, y suspendida esta por haber sobrevenido la noche, se retiraron á favor de ella los escoceses tomando la direccion Sur con objeto de invadir Inglaterra.

Apenas apuntaba el dia, cuando Cromwell movió sus fuerzas en persecucion del enemigo, consiguiendo darle alcance y derrotar á las cinco leguas en Wigan su retaguardia; continuando en seguimiento de Hamilton, hasta que al dia siguiente, aprovechándose éste de una posicion estratégica, se detuvo é hizo frente á los parlamentarios; pero al poco tiempo se habian apoderado estos de la posicion, habian hecho prisionera de guerra toda la infanteria, y Hamilton con una parte de su caballeria, marchó á Escocia en precipitada fuga.

C. DE TORENO.

(Se concluirá.)

(1) Guizot, *R. D'Angleterre*, tomo segundo, pag. 273.

LEYENDA

DE CATALINA OSSEMA,

por

D. José Güell y Renté.

Conclusion.

La desgracia, y sobre todo, la muerte empañan el brillo falso de la vanidad, y envuelven el lujo de la soberbia en una atmósfera de silencio y frio inexplicable, sellan la frente de los hombres, y las obras más grandes del arte, con una marca lúgubre que á gritos desconsuela: sentaos entre ruinas más famosas, al lado del hombre más grande, acabado de morir: vereis qué lamento silencioso tan terrible y severo es el de la destrucción.

El espectáculo de los magníficos palacios, en cuyos salones la adulacion, la perfidia, el interés y la falsa amistad, han ido á hacer su negocio vestidos con las más deslumbrantes galas, para desaparecer luego, como bandadas de cuervos, una vez que han devorado la presa, reducida á los huesos pelados del esqueleto: es igual, al del hombre soberbio, que habeis temido vivo, y que muerto sin tener odio ni mala voluntad os mueve á la risa y al desprecio.

La casa de Abston, habia sido durante muchos años, el nido cómodo y útil de estas naturalezas. Despues de su muerte, nadie volvió á acercarse á su puerta, ni á hacer una oracion, ni á depositar en su sepulcro una corona; y eso que casi todos sus amigos, le eran deudores de dineros ó de grandes servicios; porque sus obras de caridad, no tenían límites.

¡Pero qué mucho que olviden á los muertos, sus interesados aduladores; si los padres, los hijos, los hermanos, los amigos y los amantes, todos pierden la memoria de igual manera?—preguntad en los cementerios ¿quiénes son los que van diariamente á rogar sobre la tumba de sus padres; qué padre sobre la de su hijo? ¿cuál es la amada que constantemente llora sobre el sarcófago de su bien querido? Mientras dura la vida, hay flores que dar y recoger; una vez acabada, el soplo del olvido se lleva sus hojas, convertidas en polvo: nadie piensa más que los primeros meses de la muerte, en el que fué: hay alguna excepcion, aunque rara, pero la generalidad olvida pronto. En los dias de la juventud ardientes juramentos de fidelidad eterna: en los de la enfermedad, protestas de desesperacion: en la hora de morir, muchas lágrimas: una semana despues algunos suspiros, más tarde débiles recuerdos, y por fin, la indiferencia y el olvido...

Si quereis saber lo que es el amor de la humanidad, id á visitar las tumbas: en ellas encontrareis mármoles, inscripciones doradas con pensamientos delicados y flores primorosas: pero por todas partes el silencio y la soledad. Vereis alguna madre, que vá á colocar coronas de inmortales sobre la tierra removida que acaba de encerrar los restos del hijo: amantes en igual situacion; algun enemigo del que murió, ese es el constante visitador de las tumbas. El que vá frecuentemente á dar gracias á Dios, por tener allí devorado por los gusanos el corazón del enemigo aborrecido.

Encontrareis á algun sepulturero, revolviendo la tierra y rompiendo indiferente el cráneo de la que fué virgen hermosa y del filósofo profundo.

Eso es lo que únicamente vereis en los cementerios: y sin embargo, ¿quién no encuentra consuelo en su recinto? lenitivo á las penas: leccion á las pasiones y remedio para las vanidades!...

En la muerte, todos iguales, durmiendo eternamente el sueño de la esperanza, en la profunda soledad de la madre tierra. ¡Ay! Ella rodeaba la magnífica tumba de Abston, que cercada de tristeza recibia los rayos del sol á la entrada de la suntuosa capilla del castillo.

CAPÍTULO XXIX.

Hacia cuatro meses que el capitán del *Aguila*, recorría los caseríos de las Provincias Vascongadas y los pueblos de la frontera de Francia: nadie le daba razon de lady Abston. A los dos dias de

su ausencia habia recibido la noticia de la catástrofe de sir Raimundo Abston: al oirla, sus ojos se llenaron de lágrimas; «á cumplir su última voluntad», dijo con el corazón traspasado: y desde aquel momento, no descansó ni un dia, ni una hora, escribiendo á todas partes, poniendo en movimiento la policia de Francia y las justicias de la frontera de España; nadie habia visto á lady María, ni conocia á Catalina Ossema!...

Visitó los pueblecillos que rodean las aguas calientes y el valle de Larrum; se dirigió á San Juan-pied-du-port, y por el estrecho puente de Arnegui, que une las fronteras de España con las de Francia, entró en Navarra, dirigiéndose por el barrio de Pecochecha á la orilla de Valcárlos, que es la atalaya de los últimos límites de España.

El capitán iba á caballo, acompañado de un guía, seguido de uno de los marineros del *Aguila*, que llevaba las dos maletas en las cuales guardaba el pliego con la cajita de sir Abston, y más de diez mil duros en oro.

El capitán llegó de noche á Valcárlos y se hospedó en la casa del cura, hombre de ochenta años, que hacia cincuenta era el párroco del pueblo.

Casi todos los vecinos de Arnegui y del barrio de Pecochecha, de Brugete y de Aoiz, habian sido bautizados por él.

El buen cura le dió hospitalidad con el amor que lo hacen los navarros; y sobre todo, los vecinos de Valcárlos, que son los hombres más valientes y nobles de la nacion española. En sus formas atléticas, en sus frentes anchas, en sus ojos brillantes está pintada la fiereza y generosidad de sus almas: la villa de Valcárlos será siempre gloriosa por el heroísmo y la lealtad de sus hijos.

El capitán miraba pensativo la cena que con un placer inefable le ofrecia el buen párroco en la casa de la iglesia.

—¿Qué os trae por estas montañas? le preguntó con curiosidad.

—El deseo de encontrar una señora, que hace cuatro meses dejó la casa de su marido; que ha nacido en las montañas de Navarra; y que, segun todos los indicios, debe haber vuelto á ellas.

—¿Cómo se llama?

—María Abston.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y dos años.

—Treinta y dos años, replicó el cura pensativo: ¿No tiene otro nombre?

—Sí, respondió el capitán: ese era el de su matrimonio; cuando joven se llamaba Catalina Ossema.

—¡Pobre criatura! exclamó el cura.

—¿La conoceis? preguntó con viveza el capitán.

—Sí, respondió el cura con acento solemne.

—¿La habeis visto?

—Sí.

—¿Vive en Valcárlos?

—No.

—¿A dónde está?

—No sé.

—¿Me lo ocultais, señor cura? Dadme noticias de su paradero; he prometido buscarla á su marido que ha dejado de existir, é iré al fin del mundo por cumplir mi palabra; decidme, por lo que más ameis en el mundo, si habeis visto á Catalina; y en dónde está?

—Hace tres meses que á la caída de la tarde, vinieron á buscarme de aquella borda, que está en lo alto de la cumbre, dijo el cura, señalando una de las eminencias, que apenas se divisaban en el horizonte. Allí vivia una anciana en compañía de dos hijas y un hijo, que habia servido al reino y que estaba cumplido.

Medijeron era necesaria mi presencia, porque habia en la borda una pobre que pedía el auxilio de la iglesia: me puse en camino, y á las ocho de la noche llegué á la cumbre. Sobre unos jergones estaba tendida una mujer como de treinta años, flaca, pálida, extenuada de fatiga, consumida por la fiebre: al acercarme, comprendí que la mataba el hambre.

—¡Desgraciada! ¿no has comido hace muchas horas? le dije con lástima: al oirme, entreabrió los ojos: le hice traer leche caliente: toda la noche estuve á su lado; aunque habia recobrado el conocimiento, no tenia fuerzas ni para moverse.

La viejecita Ossema, á quien la edad habia privado de la vista, no quiso acostarse: estaba sentada al lado de la des-

graciada, con el oido atento, y en inquietud extraordinaria.

El hijo y las dos hermanas rodeaban la pobre que habia abierto los ojos, y los paseaba asombrada por la borda.

Yo queria reconocer sus facciones: su traje de lana negra no era de las montañas de Navarra.

—¿Quién es? ¿de dónde viene? ¿cómo ha llegado aquí? decía entre mí, cuando la desventurada, levantándose del jergon y arrastrándose hasta la silla de la viejecita, cayó sin fuerzas, anegada en lágrimas, y besándole las manos, le decía «madre, perdona á tu pobre Catalina.»

Los hijos y yo nos quedamos asombrados. La madre se levantó y la estrechó en sus brazos.—¡Ah, el corazón me decía que entrabas por mi puerta! Sin oír tu voz, ni puesto sobre tí mis manos; pero Dios me anunciaba en el alma que eras mi hija, y por eso no he dormido en toda la noche. ¿De dónde vienes? Tus hermanos han cuidado tu ganado, que llegó á ser muy grande; pero la peste los ha diezmado, y hoy apenas es suficiente para mantenernos. En ese cuartito está tu cama, tus muebles y todo, como lo dejaste... hija mia, ¿has sido buena siempre?

—Sí, respondió Catalina con voz solemne. Entonces los hermanos la abrazaron: en aquel momento la borda fué á mis ojos mas hermosa que el mejor palacio de Navarra.

A los dos dias, Catalina se habia re- puesto.—No me preguntéis jamás la historia de mi vida, le dijo á su madre, y volviéndose á mí, con voz suplicante, añadió: Señor cura, ¿me habeis bautizado? Como si estuviera delante de Dios, os juro, que he sido siempre buena; que no hay una sola accion de mi vida de que pueda avergonzarme, todo el mal que he hecho, es haber abandonado la casa paterna, pero siempre he sido honrada: la suerte me ha sido contraria, y debiendo ser la mujer más feliz de la tierra, soy la más desgraciada: en mi corazón no hay mancha: os lo juro delante de mi madre, como si estuviera en la presencia de Dios.

Consolé á Catalina, y desde aquel momento cambió de aspecto la borda: la miseria que habia principiado, desapareció. Ella dió ánimo á todos: levantándose al amanecer, llevaba el ganado á sus antiguos pastos: los domingos bajaba á Arnegui y á San Juan-pied-du-port á vender el queso, la leche y las frutas; como en los primeros dias de su juventud: su hermano labraba la tierra; y la madre, acompañada de sus hijas, se conceptuaba la mujer más feliz. Todas las noches, sentada en el umbral de la puerta, aguardaba á Catalina, que volvía del trabajo silenciosa y la frente nublada: pero sin exhalar jamás un suspiro, ni prorumpir en una queja: se retiraba á su cuarto á remendar la ropa de la familia.

Vino un dia mucho más tarde que lo de costumbre: cuando llegó, la amorosa madre no estaba en el umbral de la puerta: sus hermanos lloraban al lado de la viejecita, que parecia dormida en la silla en que la aguardaba siempre: tal vez el temor de perder la hija nuevamente angustió su corazón, privándola de la existencia... Catalina se arrodilló á sus pies; yo presencié aquel cuadro de ternura filial. Las tres hijas amortajaron la madre: y por la mañana la trajeron al cementerio.

Todas las mañanas venia Catalina á rogar en el sepulcro de su madre: y cada noche, cuando volvía con el ganado, depositaba en él una corona de flores ó de hojas de laurel.

Un domingo entró en la iglesia, pálida como la muerte: «mi hermano, me dijo, quiere que esta tarde nos alejemos para siempre de las montañas de Valcárlos: me ha pedido que á nadie diga dónde vamos: dice que su vida está en peligro y que no puede revelarme la causa de su determinacion: antes de partir vengo á deciros adios. La despedí con mucha lástima: ya en la puerta de la iglesia, volvió atrás y me dijo: desde mi primera comunión no me he arrodillado ante el confesonario; porque si creo en Dios, dudo de todo lo demás: me habeis bautizado; sois el bienhechor de todos los pueblos de la montaña: oid mi confesion: jamás se arrodilló en mi iglesia una mujer, ni más afligida, ni más llena de arrepentimiento, de virtud y de paciencia: la absolvi en el nombre de Dios,



llo de misericordia y de admiración; después de comulgar, se fué al cementerio á rogar sobre la tumba de sus padres; y aquel mismo día, á las diez de la mañana, seguida de su ganado y acompañada de sus hermanos, atravesó el pueblo en dirección al valle del Bastan.

No trató de saber su camino: á nadie dijo de dónde venía, ni quién era. Se habló en los primeros días de la desaparición de los pastores de la cumbre: como la estación era tan seca, creyó el pueblo habrían ido en busca de mejores pastos.

Catalina no me ha escrito: ninguno de su familia me ha dado noticia de su dirección: no he vuelto á saber de ellos: cada noche ruego porque Dios haga feliz esa mártir, tan magnífica en el valor, y tan grande en la humildad y la resignación.

—No podrá V. señor cura dijo el capitán conmovido, darme alguna luz, ó permitirme averigüe en el pueblo á dónde ha podido ir á parar?...

—En Valcárcos, respondió el cura, os ruego no hagáis ninguna pregunta: Catalina me confió su secreto, vos no queréis abusar del que os dá hospitalidad, y que por hacer bien, os ha dicho lo que habeis oído...

—Obedece vuestro deseo, dijo el capitán; preguntaré cuando haya salido del territorio de la villa de Valcárcos y pienso hallarla, si está en Navarra.

—Me alegraré si es para su bien, replicó el cura levantándose de la mesa.

El capitán montó en su caballo, y seguido del guía y de su criado, tomó el camino del valle del Bastan en medio de la noche fría, alumbrado por la claridad melancólica de la luna.

En vano fueron todas las pesquisas; al valle se dirigían en aquellos meses mas de mil pastores; unos se quedaban en él, otros se corrían á los alrededores de Pamplona: seguían á Tafalla y Olite, y muchos á las orillas del Ebro, buscando las márgenes del río, que baña los escombros de la antigua Tudela. De aquella población morisca, que aun tiene calles, algún edificio y canales de riego, que recuerdan su pasada grandeza. Su huerta, es todavía jardín de flores; y las márgenes del río, tan pintorescas, que parecen escogidas para señalar con su frescura los límites de Navarra. En otra nación, Tudela sería una ciudad magnífica: sus campos, mineros de olivos y árboles frutales: allí hallarían domicilio y fácil acrecentamiento toda clase de ganados y sería la llave del comercio de Navarra; pero Tudela está enclavada en España, y su gobierno parece ahoga la libertad y el bienestar de sus pueblos; y si pudiera, le quitaría calor al sol, agua á sus ríos y fecundidad á su tierra: á pesar de esto, perdidos los continentes americanos, sus fronteras antiguas, sus minas, sus bienes nacionales y los de sus hospitales, sus usos y costumbres, España existe aun.

En ella todos los hombres son políticos para ser empleados, y no tiene ni empleados ni políticos; no pueden mandar sino los soldados; y no ha tenido hace treinta años, mas que guerras intestinas, con cuya sangre ha abonado sus campos.

Sus contribuciones son para alimentar parásitos que no tienen más oficio que vivir del presupuesto: así es que la conquistadora del Nuevo Mundo, la de los bravos capitanes, la de los judíos, negociadores de Toledo y de Granada, la de los grandes poetas, es hoy el padron de la política más estúpida, de los intrigantes más insignes, de los empleados más ignorantes y de los escribientes más comunes.

Dichosos los honrados patricios que murieron en los días de sus guerras gloriosas! Ellos no verán los años de luto, á que está condenada la desgraciada nación de San Fernando: ellos no presenciaron sus tiempos de humillación y de vergüenza.

Después de muchos días de buscar en vano por los pueblos de la montaña, se dirigió el capitán desde la ciudad de Tafalla á las márgenes del Ebro, acompañado del guía y de su criado. La noche era fría y sembrada de estrellas. Atravesaba silencioso la Bardena, especie de carrascal inmenso, por donde no pasaba un alma durante la noche; y bajaba la cuesta, embebido en su meditación, cuando la voz de «alerta» lanzada desde

ambos lados del camino vino á sorprenderlo. El capitán levantó la cabeza y vió salir de detrás de las matas una docena de hombres, tiznados de negro ó cubiertos de lienzos, para no ser conocidos; armados los unos de retacos, de pistolas los otros, y los demás de puñales y chuzos: venían harapientos, embozados en sus mantas; mugrientos, desgredadas las cabezas, desnudas las membrudas piernas, arremangadas las mangas sucias de las camisas, mostrando los brazos y las manos duras de labrar la tierra.

Al verlos, el capitán, con la celeridad del rayo, preparó sus pistolas: los dos, que se habían apoderado de las riendas de su caballo, cayeron á tierra, bañados en sangre. Antes de hacer fuego su criado, rodaba también, tras pasado el pecho por la bala de uno de los ladrones. El guía se unió á ellos. En vano era toda defensa. Diez hombres robustos apuntaban al pecho del capitán y le gritaban furiosos: «baja del caballo y danos el dinero, ó te vamos á matar como á un perro.» El capitán tenía empuñado su sable: no eran sus bríos para rendirse; pero muriendo allí no podía cumplir su misión; y con su sangre fría acostumbrada, dirigiéndose al que parecía jefe de la partida, le dijo en tono tranquilo: «tú tienes cara de hombre valiente y generoso: busca dinero, porque la miseria te empuja: en ese baul hay más de ocho mil duros; llévate los, y déjame seguir mi camino: porque debo cumplir una misión sagrada.» «A matarlo, gritaron los ladrones.» No, dijo el jefe: que siga su camino: nosotros buscamos dinero, por que somos pobres, atacamos y nos defendemos; pero no matamos á nadie por placer...

En el interin, dos de aquellos hombres y el guía, se apoderaron de los caballos, desapareciendo á la carrera por entre los carrascales de la Bardena.

—Llévate mi dinero y el equipaje, pero déjame una cajita y una carta, que hay dentro de mi baul. No encierra valores; ni á tí va á servirte: he jurado entregársela á una pobre mujer... por lo que más quieras en el mundo, devuélveme esos objetos, dijo el capitán al jefe de los ladrones, arrojando el sable y adelantándose á él con serenidad pasmosa. El ladrón lo miró atentamente. «Ahora es imposible, le respondió con acento de pena: esos caballos no se detendrán hasta muy lejos: dime á dónde te diriges y allí te haré llevar la caja y esa carta, mañana en todo el día.»

—¿Lo cumplirás? le preguntó el capitán fijándole los ojos con ansiedad.

—Sí, respondió secamente el ladrón.

—¿Dónde vés?

Al parador de Tudela.

—¿Cómo te llamas?

—Wüel, capitán del *Aguila*. Mañana tendrás lo que me pides: el ladrón dió un silbido, y con los demás desapareció como por encanto, llevándose en hombros á sus compañeros heridos.

El capitán quedó en el camino, al lado de su criado muerto. Estaba sin saber qué dirección tomar: desesperado con la pérdida de su equipaje y la muerte de aquel hombre fiel, á quien habían respetado las tempestades y las balas de los combates. Atraídos por el ruido de los tiros, que debieron oírse á muy larga distancia, llegaron dos guardas de caminos. Al ver al capitán al lado de un muerto, le creyeron su asesino, y se echaron sobre él, apuntándole al pecho con las carabinas. El capitán les relató el suceso: vieron el terreno cubierto de sangre y de despojos, y por las huellas de los caballos comprendieron la dirección que debían seguir los ladrones.

Uno de los guardas lo condujo á la ciudad de Tudela; el otro fué á prevenir á los alcaldes de los pueblos vecinos: mientras que los ladrones en salvo dividían alegremente el dinero y el equipaje del capitán, dirigiéndose ufanos y tranquilos cada uno al hogar de su familia.

Los hambrientos, á quienes la desgracia aprieta, el robo á mano armada lo creen tan justo como la mejor guerra. Los salteadores de camino, que arriesgan la vida, están á la altura de los que atacan los pequeños Estados y con armas perfeccionadas y desconocidas los destrozan, rinden y agregan como esclavos á su señorío.

No sé qué diferencia puede haber entre los que dan una batalla en el ca-

mino á los viajeros, y los gobiernos que sin razón los dan en los que llaman campos abiertos á la sombra de sus banderas. Si al menos los combatientes fueran iguales en número, iguales en armas, iguales en posición y por un motivo justo, la guerra, á pesar de su crueldad, podría tolerarse; pero atacando el fuerte al débil; venciendo y aherrojándolo cruelmente no es digno: porque así lo hacen los ladrones de camino.

Los de la Bardena habían dado su ataque que les costó dos hombres. En su conciencia, lo habían hecho como bravos, y lo robado, era para ellos adquirido en buena ley: así se aprecian todas las cosas del mundo.

### CAPITULO XXX.

Una legua ántes de llegar á Tudela, atravesando el río, camino de Aragón, hay una eminencia: sus faldas están cubiertas de trébol y de grama: al pié se extiende un valle inculto; y de trecho en trecho, se levantan algunos caseríos y chozas. Los pastores llevaban los ganados durante el invierno á este delicioso territorio, y después de pastar al calor del día en la cumbre, vienen á recogerse al valle: cada grey está separada por un cuadrilátero, formado de cuerdas, amarradas en estacas de olivo.

Durante la noche los alanos, daban vuelta sin descanso al rededor de los redeles, é inútilmente el lobo con sus ojos de fuego asediaba hambriento las mansas ovejas.

Eran las nueve de la noche, las gentes dormían fatigadas. De cuando en cuando, el ladrido seco de los mastines ó el aullar de los alanos, turbaba el silencio. La luna brillaba en medio del cielo, como custodiando la quietud de la tierra y el sueño plácido de los mortales. Al extremo del valle, casi al pié de la cumbre, había dos ranchos, los mas pobres de aquella deliciosa llanura.

En el primero dormía una jóven como de diez y ocho años: á la puerta del otro, estaba de pié y apoyada en su cayado, una pastora varonil, como de treinta y tres años; tenía la cabeza desnuda; los cabellos cortados y rizados; los ojos grandes y negros; la cara pálida; la boca como si la cerrara el sufrimiento; un corpiño de piel de oveja y una saya de paño burdo color de chocolate, eran todo su arreo; llevaba colgado á la cintura una cuchilla de monte y un pito de plata.

Los ojos los tenía fijos en el camino: á pesar de su impasibilidad, en sus continuos y ahogados suspiros, se conocía la inquietud de que estaba poseída.

Eran las doce de la noche, y aun estaba de pié á la entrada de su cabaña.

—¿Aun no ha venido? preguntó la jóven que descansaba en la choza del lado.

—No, hermana; respondió Catalina, queriendo disimular su inquietud. Hace veinte y cuatro horas ha debido llegar! ¿qué le habrá sucedido? No quiero que abandone mas el ganado: de aquí en adelante, yo llevaré las pieles á Cascan-te, y así no pasaré inquietudes.

Hermana, no te angusties y duerme tranquila: le respondió Catalina: habrá ido á hacer algún negocio á los pueblos de alrededor: pronto llegará... La una exclamó entre dientes, fijando los ojos en el cielo.

La vida de Catalina, desde que abandonó el castillo de Guetaria, había sido una cadena continua de sufrimientos: después de dejar su caballo, en San Juan de Luz, al llegar á Bayona, compró un pobre vestido de lana, dejando en la fonda los trajes; y ablandando con sus lágrimas el pan que de limosna le daban los que pasaban por el camino, llegó á pié y enferma, á San Juan-pied-du-port; y de allí á las montañas de Valcárcos: moribunda subió hasta la borda de su madre, y al abrigo del techo materno, encerrando en en corazón todos los recuerdos, aquella gran naturaleza se dedicó al servicio y sostén de su pobre familia.

El pasado no existía para ella: cuando alguna vez la majestad de la noche serena, la belleza de los campos cubiertos de flores, ó el tierno canto de la alondra al romper el alba conmovían su alma y la disponían á los recuerdos, ahogaba en el corazón el pensamiento, como el cenobita en su cueva aprieta y mata

la idea lúbrica, que viene á manchar la paz de su pureza.

«*Nessum maior dolore, che ricordasi dell tempo felice nella miseria.*»

Para Catalina no escribió Dante estos versos melancólicos.

Aquella humildad, aquella vida pobre, aquel trabajo rudo, aquella salvaje existencia; el cuidado bruto de cabras y de ovejas; el silencio continuo, el frío del invierno, el calor sofocante de la montaña en el verano, las noches eternas, dedicadas más que al descanso, al sueño del olvido; y el alejamiento de todo el mundo, habían transformado el carácter de Catalina. Dios y la naturaleza, sus dos únicos pensamientos; su pequeña familia, todo su mundo: durante el día, su ocupación, el rebaño; el tiempo que le dejaba libre este cuidado, lo dedicaba á la esposa de su hermano, jóven huérfana, muy delicada, de diez y ocho años, nacida en Valcárcos, y á quien quería entrañablemente.

En aquel momento, la desgracia apuraba mucho á la pobre familia: Las ovejas las diezaba la peste: los cabritos morían al nacer; el rebaño enfermo apenas daba la suficiente leche para el sustento.

El hermano de Catalina á tal punto había llegado de exasperación con las desgracias que lo rodeaban, que silencioso siempre, miraba con ira: tenía el sueño inquieto, pasaba las horas con la cabeza apoyada entre las manos, y con los ojos enrojecidos contemplaba desesperado sin saber qué partido tomar á Catalina y á su pobre y afligida esposa.

En la semana habían muerto diez y ocho ovejas: el pastor maldiciendo, las había desollado, llevando á vender las pieles al mercado, para traer pan y vino á la familia. Catalina observó que al decirle adios tenía la voz trémula y no fijó en ella las miradas.

—Adios, hermano, le dijo con el alma inquieta: la Virgen te guie y te dé buena suerte.

Tan grande era la miseria de la familia, que por la primera vez pensó Catalina en el tiempo pasado; y tuvo dolor, remordimiento y sintió el infierno de la duda en el alma.

Su cuñada, al verla cerrar los puños y maldecir, la miró con asombro, y le preguntó si estaba enferma:

—No, respondió Catalina, con aparente serenidad; la peste del ganado me hace temblar: pero Dios nos ayudará. Salió á llevar al monte las cabras y ovejas: volvió á la tarde abstraída: no comió, y taciturna se levantó de la mesa. El hermano no había llegado aún: la cuñada estaba inquieta: los mastines ladraban: las ovejas se movían como si las ahogara la sed. Se hizo de noche, y aunque atormentada; la cuñada entró en su barraca. Catalina se sentó á la puerta de la borda á aguardar á su hermano. La inquietud la tenía desvelada: hacía cuatro horas que no quitaba los ojos del camino.

—Maldita sea la hora en que nací, dijo, al ocultarse tras la montaña la estrella de Venus: son las dos, y no viene: ¿qué gran desgracia va á sucedernos?

¡Ay! esperar es lo que más cuesta en la vida; esperar la felicidad excita: esperar la desgracia, desfallece: esperar con miedo la muerte envilece: esperar la venganza es lo único que dá bríos: ¡ni la caza de tigres entretiene tanto á un hombre de corazón!

Catalina esperaba con la paciencia que le había enseñado la fatalidad en tantos años de lucha.

Yo condenaría á todos mis enemigos, á esperar siempre...

Á las tres de la mañana, los mastines ladraron alegres: nada se veía en la oscuridad; pero ellos olfateaban lejos, ó conocían los pasos de su amo: el perro oye por intuición: ¡gracias á Dios, dijo Catalina, bajando precipitadamente al camino.

El hermano llegó como si temiera subir al hogar de la familia: al oír la voz de Catalina, exclamó ¡pobre hermana! ¿porqué no estás acostada? ¿á que aguardas tan tarde?

Catalina, echándole los brazos al cuello le dijo: he tenido una inquietud atroz: el corazón me anunciaba una desgracia; no he podido dormir: aun tengo dos horas para descansar... ¿has vendido las pieles?

—Sí, respondió el hermano; ya tenemos dinero para no mendigar, ó morir-



nos de hambre... Cuando pienso puede llegar ese momento, me vuelvo loco, y se me divide el corazón de pena!

Los mastines lamieron las manos de su amo; husmeaban su ropa, y un envoltorio que tenía debajo del brazo.

—¿Qué traes ahí, le preguntó la hermana.

—El alimento para la familia, le dijo tuabado, dándole un beso, y yéndose precipitadamente á la choza donde dormía su joven esposa, rendida del sueño. Contemplándola con tristeza, á la luz de la pobre lámpara que alumbraba la choza, exclamó con inquietud: ¡qué hermosa es, y qué desgraciados nos ha hecho el cielo!

La esposa despertó, y se echó en brazos de su marido: ¡qué miedo he tenido, le dijo; aun estoy inquieta: no quiero volver á la ciudad á vender las pieles; yo iré temprano y volveré con las pastoras. Antes que el sol se ponga: he pasado una noche horrible: he soñado que te habían cogido en el camino, y te habían robado el dinero de las pieles, y que habías matado á uno... prométeme no volver por la noche á Tudela, porque me muero de miedo: los lobos, cuando atacan al ganado, no me hacen temblar y tu venida á media noche me espanta; pón tu mano sobre mi corazón y verás como late aun...

—«¡Pobre amor mio!... le dijo el marido: no temas, que Dios nos protegerá: duerme mientras voy á dar una vuelta al rebaño.»

Salió de la choza, entrando en el redil de las ovejas. En ninguna cabaña de alrededor había luz: los ganaderos dormían. Sólo el hermano de Catalina estaba en vela.

Con una azada hizo un agujero en un ángulo del redil y enterró el pequeño envoltorio que traía oculto debajo de la manta. Miró con atención por todos lados á ver si alguno lo observaba, y luego se fué á acostar al lado de su esposa.

CAPITULO XXXI.

Hacia dos días que el capitán del *Aguila* estaba en el parador de Tudela, esperando siempre: en vano miraba inquieto, á cada momento, el viejo reloj que sobre la chimenea marcaba lentamente las horas. «Mañana en todo el día tendrás lo que me pides», repetía entre dientes: ha pasado el de ayer; el de hoy se acaba, y yo vivo, habiendo perdido la carta y la caja que me confió sir Raimundo Abston.

Como un loco se levantaba asomando la cabeza cien veces por la ventana: mirando á la calle, llamando á los criados, y preguntándoles si alguno había venido á buscarlo.

La mirada y la voz del ladrón las tenía grabadas en el pensamiento. En aquellas cuarenta y ocho horas había dado parte á la justicia, haciendo los más grandes ofrecimientos al que los encontrara.

Eran las ocho de la noche y el capitán sin tomar alimento, estaba sentado al lado de la chimenea, perdida la esperanza y sin saber qué hacer. A la puerta de su cuarto, llamaron con miedo: el capitán se levantó y abrió rápidamente: una joven campesina vestida de paño burdo lo saludó con cordedad.

—¿Es para V. esta carta? le preguntó tímida, entregándole un pliego que traía en la mano.

—Sí, respondió el capitán mirando con ansia el sobre.

La joven entró, sentándose en un rincón mientras el capitán leía rápidamente la carta.

—«No hagas ninguna pregunta á la persona que te entregará este papel: es mi mujer; ignora lo que he hecho y lo que lleva: no pagues el bien que te hago, con un mal: te prometí la carta y la caja que me pedías; ahí las tienes: perdona, á quien la miseria le obliga á hacer lo que aborrecé su corazón...»

—¿Traes otra cosa para mí? le preguntó el capitán despues de leida la carta.

—Sí, respondió la joven, retirando del saquillo de lana que tenía en la mano un paquete envuelto en una piel de oveja blanca, y atado con un cordel de cáñamo.

—¿Sabes lo que contiene?

—No señor, respondió la joven.

El capitán le dijo que se esperara en la sala; entró en su alcoba y abrió el paquete: dentro encontró la caja y la carta:

¡gracias á Dios! exclamó lleno de júbilo, encerrándolos en la cómoda que había en el cuarto, y volviendo á la sala:

—¿Sois pobres? preguntó á la joven, fijando en ella sus ojos escrutadores.

—Muy pobres, señor; le respondió con vergüenza.

—¿Quieres mucho á tu marido?

—Sí, señor; porque me hace feliz.

—¿Teneis hijos?

—No, señor.

El capitán se sentó en la mesa y escribió:

«No le he dicho nada á tu mujer: has cumplido tu palabra: y yo debo pagar tu acción: aquí no tengo dinero: pero te mando esa letra sobre mi banquero de Paris. Abandona la Navarra y vete á trabajar donde nadie te conozca.»

Wuel.»

En esta carta, metió otra que decía:

«Señor Barón de Rost.

Sírvase V. pagar á la vista por esta letra, á la orden de... la cantidad de *cuarenta mil francos*, valor que sentará usted en mi cuenta. Tudela 26 de marzo de 1846.

Wuel.»

La cerró y selló, y dándosela á la joven le dijo: para tu marido, y que siga mis consejos.

La joven metió el pliego en su saco de lana, bajó la escalera á toda prisa y salió del pueblo con la velocidad de una corza. El camino estaba solitario: había caído la noche: cualquier ruido la espantaba: las sombras de los árboles le daban miedo: llevaba el corazón apretado... ¿qué será lo que entregué á ese capitán? ¿qué dirá su carta?... y para distraer su miedo mientras pensaba en esto se puso á cantar á gritos, á la claridad de la luna:

Por agua vas á la fuente,  
no más á la fuente vayas;  
que para llenar tu cántaro  
te sobrárá con mis lágrimas.

Lágrimas que tus enojos  
á todas horas derraman:  
desde que te vi una tarde  
ir á la fuente por agua.

Agua para mí maldita:  
tarde para mí menguada:  
mal haya cántaro y fuente,  
y mis lágrimas mal hayan (1).

La joven cantaba, comía y lloraba. —¿Por qué lloro? se preguntaba enjugándose las lágrimas; y el corazón no le respondía, ahogándose de pena.

De Tudela á la cumbre había una lengua; ya oía los mastines que ladrando se adelantaban á recibirla; pero ni Catalina ni su marido: ¿qué sucede? dijo subiendo como un relámpago; ¿qué pasa? preguntó á Catalina, que lloraba como una Magdalena á la entrada de la choza.

Catalina la estrechó entre sus brazos guardando silencio.

—¿Dónde está mi marido?

Catalina la condujo á su borda:

—Esta noche la justicia ha venido á prenderlo: cuando dormía se echaron sobre él, lo registraron todo, y se lo han llevado á la cárcel de Tudela!

—¿Por qué?

—No sé: mi hermano al ver la justicia palideció; me dijo adios, sin levantar los ojos; por la primera vez lo he visto medroso; ¡algo extraordinario pasa! ¡Tiemblo de saberlo! Cuida á mi pobre mujer, y que Dios os proteja! fueron sus últimas palabras; se le llevaban con las manos atadas á la espalda, como á un asesino; me miró con un dolor que me llegó hasta el alma. ¡No sé que pensar! ¿de dónde vienes ahora? preguntó á la cuñada que la miraba como una loca.

- Del parador de Tudela.
- ¿A qué fuiste allí?
- A llevar un paquete.
- ¿Qué contenía?
- No sé.
- ¿Quién te lo dió?
- Mi marido.
- ¿Cuándo?
- Al caer la tarde.

(1) De Iñanos y Alcaráz.

—¿Para quién?

—Para un extranjero que está en el parador.

—¿Cómo se llama?

—No me acuerdo.

—¿Lo has visto? ¿le has hablado?

—Sí, parece un buen caballero; me ha dado una carta; entrégasela á tu marido, me dijo, y que siga mi consejo.

—¿Dónde está esa carta?

—Aquí.

Catalina la cojió. No tiene sobre exclamó con dolor, ¿qué es esto?

—¡Abrela! dijo la cuñada.

—No; exclamó Catalina, es necesario respetar su secreto; guárdala hasta que vuelva, y que Dios nos asista.

Catalina entró en su cabaña fuera de sí. Los trabajos y desgracias, los días de miseria, de calor y de frío, no la habían abatido; pero la prision de su hermano, la había hecho temblar; su última mirada le había llegado al alma.

—¡Pobre de mí! exclamó al tenderse vestida sobre el jergon que le servía de lecho. ¿Eres tú la que fué condesa de Curlandia, lady Abston? ¿Tú, la pobre pastora, sin abrigo y rodeada de la miseria?

CAPITULO XXXII.

Cuando el hermano de Catalina llegó á la cárcel de Tudela, estaban en su sala baja, con sus correspondientes grillos, nueve de los ladrones que habían asaltado en la Bardena, al capitán del *Aguila*. Dos habían muerto, y faltaba el jefe.

Los alcaldes habían trabajado bien, hasta encontrar aquella gente, que era lo peor de cada pueblo: sentados estaban, en rueda y en compañía de otros treinta criminales, maldiciendo su destino, cuando llegó el hermano de Catalina. Los presos se levantaron curiosos, y le hicieron rueda, costumbre del lugar, cuando entraba nuevo huésped.

—«Cómo está el compañero» le preguntó el que cobraba el barato, adelantándose, y poniéndole con descaro la mano sobre el hombro.

—«Vamos, pollo, paciencia y mala intención; y venga pronto el dinero»

El hermano de Catalina, que llegaba desesperado, ni siquiera fijó en el que le hablaba con tanto atrevimiento, los ojos avergonzados.

—A pagar, dijo el bravo, cogiéndolo por una oreja.

Apenas sintió aquella mano audaz el hermano de Catalina, que echándose para atrás, y cerrando los puños, como si fueran de hierro, le lanzó un golpe tan fiero sobre la cabeza, que lo hizo caer en tierra como muerto.

Los demás que habían hecho corro para asistir á la prueba, retrocedieron espantados, saludándolo respetuosamente.

El hermano de Catalina se sentó, como si nada hubiera pasado, en un rincón de la cárcel; y oyó una voz que en el otro extremo, cantaba como quien quiere prevenir algo.

«Nunca mató á los hombres  
la pena negra;  
desventuras y males  
y penas vengan:  
¡ay! las mujeres,  
á los hombres mejores  
le dan la muerte.»

El hermano de Catalina, buscó con los ojos al que cantaba.

«Si mojase alguno, cuida  
de endiñarle al corazón:  
no se olvida una intención,  
y un beneficio, se olvida...»

—Capitán, le dijo entre dientes, acercándosele y quitándose la gorra con respeto el cantor: Mi mujer nos ha perdido si hubiéramos matado al amo, como al criado, no habría miedo; ahora, quién sabe por dónde tirará el diablo de la manta!...

—Chiton y á dormir, dijo el hermano de Catalina: ni conozco á nadie; ni aquí nadie me conoce: lo demás lo dispondrá Dios: fijó los ojos como quien manda en los hombres que lo miraban respetuosamente, y se acostó impasible, sobre la tarima, sin acordarse del baratero, que aun no había vuelto en sí, tendido por tierra, y arrojando sangre por la boca y las narices.

El valor en las cárceles tiene mas

importancia que en los campos de batalla. Al león en las selvas, ni dormido se le atreven las demas fieras. El hermano de Catalina, como león cerró sus ojos descuidado. Es verdad que sus nueve compañeros le velaban el sueño, y hubieran abogado al baratero, si al volver en sí hubiera pensado en vengarse.

—¿Habrá encontrado mi mujer al capitán, se preguntaba á sí mismo, cerrando los ojos como si durmiera, para poder pensar con tranquilidad.

Aquel hombre estaba entregado al recuerdo del dolor en que estaría Catalina y su esposa, que lo creían el hombre más honrado de la tierra.

La idea de que iban á saber el crimen que había cometido, para buscarles pan, lo desesperaba; pero ni un lamento, ni un suspiro salía de su boca.

Lo distrajo de su meditación la voz de otro compañero, que cantaba como para entretener la pena queriendo darle un consejo.

A males trances más brios:  
como la mar, es en suma  
el mundo; pero en su espuma  
se sustentan los navios.

El hombre aquí ha de enredar  
sin que lo enrede el enredo;  
tú no te chupes el dedo,  
y no hay que pestañear.

Mala siembra y mala siega;  
nada me vá, nada sé;  
quien más mira, menos ve,  
y dí la verdad, Juan Niega.

La gente, no hay un amigo...  
al que cae, la caridad...

—Calla, dijo el hermano de Catalina, todo eso lo sé hace tiempo. El cantor cerró la boca; y se hizo profundo silencio en la sala de la cárcel, silencio que duró toda la noche.

A las cinco de la mañana, á su reja llegó una mujer infeliz, con los ojos encendidos de llorar, la cara pálida y avergonzada de que la viera la gente que pasaba.

—A mi marido lo han traído aquí esta noche ¿puedo hablarle, señor? preguntaba temerosa y humildemente al alcaide de la cárcel.

—No, respondió con sequedad el alcaide.

—Por lo que más quiera V. en el mundo, dígame V. que aquí está su mujer, y déjeme V. que lo vea.

El carcelero tuvo piedad, y llamó al hermano de Catalina.

—¿Por qué te han prendido? le preguntó la infeliz esposa, tendiéndole los brazos, por entre los hierros de la reja.

—No sé, respondió el marido bajando la cabeza: tal vez por sospechas de algún contrabando.

La esposa le besaba las manos mojan-doselas de lágrimas.

—No llores, vida mia, que pronto saldré, le decía el desgraciado besándole á su vez las manos. ¿Entregaste mi encargo?

—Sí; y me dió esta respuesta.

El hermano de Catalina la leyó rápidamente.

—¡Buen hombre!! dijo: ¡quién lo hubiera conocido antes...! Guarda ese papel donde nadie pueda encontrarlo, y véte inmediatamente con Catalina á Francia; lleva esa carta á quien va dirigida. En el interin, no la enseñes ni á mi misma hermana; no me preguntes nada: encomienda el ganado á cualquier vecino, y aléjate pronto de Tudela: á Catalina que me perdona, que se vaya sin verme: yo iré á encontraros cuando salga de aquí: adios, esposa de mi corazón, tén valor y cumple mi voluntad.

Antes que viniera el juez á hacer la visita, la esposa se retiró aflijida.

El hermano de Catalina volvió á tenderse en su tarima, en la cual halló sentado al baratero, que al verlo, se levantó respetuosamente, cediéndole el puesto: pocos momentos despues, gritó el alcaide: de pié; el juez había llegado, los presos se levantaron humildes como corderos. No hay nada parecido á la cárcel para ablandar los hombres; en ella se doma todo el mundo. En la de Tudela había toda especie de zorras, lobos y tigres; malvados mucho peores que estas fieras.



—En rueda viejos y nuevos, gritó el carcelero, y todos se pusieron en rueda. El juez venía acompañado del escribano y del capitán del *Aguila*. La mujer de uno de los ladrones, queriendo vengarse de la mala vida que le daba, había delatado á la justicia el robo de la Bardena. El capitán se había quejado también, y buscados por todas partes, fueron prendidos y llevados á Tudela. Era necesario para seguir la causa, que el capitán, principal interesado, reconociera á los ladrones.

Como salteadores de caminos, el jefe, probado el delito, tenía pena de muerte; á menos de que alguna circunstancia atenuante de gran consideración, le hiciera minorar la condena.

El hermano de Catalina estaba en la rueda; el capitán dió en ella una vuelta y fijó en él sus ojos penetrantes, diciéndole al juez: «no reconozco á ninguno.»

—Fijese V. bien en ellos.

El capitán los miró de nuevo uno á uno; y al llegar al hermano de Catalina, volvió á decir:

—Los que me han robado no están aquí: estos, no los he visto nunca.

—¿No los reconoce V.? Pues ese, es Ossema, el jefe de la cuadrilla que robó á V. en la Bardena, le dijo el juez, señalándole al hermano de Catalina.

—Ossema, exclamó el capitán, mirándolo sorprendido: ¿ese es tu nombre? ¿vives en las montañas de Navarra? ¿tienes una hermana llamada Catalina?

—Sí, respondió el ladrón más sorprendido aun que el capitán, que continuó diciéndole: hace meses la busco en vano: por ella he venido á Navarra; y por encontrarla hubiera ido al fin del mundo: para ella es la carta y la caja que pedí al jefe de los que me robaron en la Bardena. ¿A dónde está tu hermana?... ¿dónde vive?... ¿qué hace?...

—Está á una legua de aquí, cuidando el ganado, respondió Ossema inclinando la cabeza.

—Cuida el ganado!... repitió melancólicamente el capitán: y su hermano está preso y acusado de ladrón! ¡Eso es imposible! dijo, volviéndose al juez: yo respondo de este hombre!

El juez y los presos estaban atónitos. —Vos, respondeis por mí, dijo Ossema sin poder comprender el interés que por él tenía el capitán.

—Sí, respondió resueltamente el capitán: siendo su hermano, es imposible sea un mal hombre; además, te conozco por tus acciones... ¿á dónde vive tu hermana?

—Cerca de la orilla del río, á una legua de Tudela, en la pequeña borda que está en la cumbre.

—Yo me encargo de ella y de tu familia mientras sales de la cárcel.

—¿Quién es Catalina? preguntó el juez, que hasta entonces había guardado el silencio, admirado de aquella escena. ¿No será de la partida? ¿No os llama la atención que viva con ellos?

—La vida pongo, respondió el capitán, á que ignoran cuanto puedan hacer estos hombres. Es la mujer mas honrada y caritativa de la tierra: despues de estas palabras, salió de la cárcel en su busca.

#### CAPITULO XXXIII.

En la cumbre, sentada sobre el tronco de un árbol, estaba Catalina, pensando en la prision de su hermano: aguardaba impaciente á su cuñada, mirando con tristeza las pocas ovejas que á fuerza de cuidado aun vivían milagrosamente. Mi pensamiento había llegado hasta el cielo: he sido hermosa, rica, adorada; ahora ennegrecida por el sol, vivo en esta soledad, sin que nadie me conozca: ¿y quién sabe si dentro de poco, ni aquí mismo hallaré paz, y tendré que avergonzarme hasta de mi humilde nombre: ¡me lo presagia el corazón! ¡qué tremendo, Dios mío, es tu castigo! exclamó bajando la cabeza.

Los mastines daban vuelta alrededor del ganado: los corderillos triscaban facos; las ovejas pastaban macilentas; las cabras se empinaban sobre las patas, para alcanzar los retoños del almendro: todo era sosiego apacible en el monte, mientras en el alma de Catalina hervía la inquietud y la pena. Las laderas principiaban á esmaltarse de flores; y de variados verdes las cimas; para todas las

cosas del mundo llegaba la primavera, menos para Catalina.

El sol iba ya á esconderse en el horizonte, cuando recogió el ganado para llevarlo al redil: los cabritos iban delante; en el centro los corderillos; las cabras á los lados, los perros, sin cesar, dando vueltas y mordiendo de vez en cuando á la cria atrasada, al macho batallador ó á la cabra mal inclinada que acechaba la confusión para escaparse á pacer libremente. El ruido del cencerro se confundía con el balido triste de las recién paridas, el quejido ténue de las crias novatas, y todo, con el son del esquilon de la aldea que tocaba el *angelus*.

Catalina taciturna, envuelta en nubes de polvo, llevando en hombros dos corderillos cansados, iba poco á poco, atrás de su ganado, bajando la cumbre y meditando en Dios!

A la caída de la tarde, cuando el sol como con escudo de fuego se esconde magnífico en el horizonte entre nubes de oro, de zafir y rosa, qué melancólica es la vuelta del rebaño! Catalina conducía el suyo sin esperanza. Las ovejas enfermas se echaban por tierra rendidas del mal: los mastines, se detenían sin acosarlas; á veces los animales tienen más instinto y piedad que las criaturas. Yo conozco hombres que tienen menos corazón que los perros.

Después de llegar al redil, y de encerrar las ovejas, Catalina entró en la borda: su cuñada estaba sentada en un rincón, á su lado había un caballero cuyas facciones no pudo distinguir en la oscuridad, y que al verla entrar, se dirigió á ella con el sombrero en la mano, lleno de respeto. Apenas se hubo acercado, Catalina reconoció al capitán del *Aguila* y se quedó como de hielo.

—¿A qué venís á mi pobre choza? le dijo como avergonzada.

—Vengo, respondió el capitán tomándola la mano humildemente, á cumplir con una palabra sagrada: hace meses os estoy buscando: la Providencia ha querido que de un modo increíble os encuentre: sir Raimundo Abston ha muerto.

—¿Ha muerto! exclamó Catalina.

—Peor aun, continuó el capitán; se ha suicidado, ocho dias despues de vuestra partida: antes de tomar esa fatal determinacion, me llamó á su cuarto: juradme, me dijo, que no descansareis hasta hallar á lady Abston: llevadle esta carta y esa caja.»

Aquí estan, señora... El estado en que os veo me divide el corazón de pena: la esposa de sir Abston cuidando ovejas y viviendo en esta barraca, eso no puede ser!!

Catalina tenía los ojos clavados en tierra: su semblante había perdido la contracción que lo oscurecía al principio, y recobrando su serenidad habitual, le respondió:

—Fui lady Abston; Dios quiso que dejara de serlo: ahora soy una pobre pastora; y así moriré:

—Milady, le dijo el capitán, no sé lo que os separó de vuestro marido: ni por qué abandonásteis el castillo en la tremenda noche en que yo volví trayendo á mi bordo mas de veinte naufragos, que ansiaban besar la mano bienhechora que me había mandado á salvarlos... cuando llegué, mayor que la tempestad que había corrido, fué la que hallé: faltábais vos: sir Abston, luchaba con la idea del suicidio, que al fin venció á aquella alma valerosa. ¡Ay! Vuestra idea nos dejó huérfanos; y ha convertido el castillo en un cementerio!!

El capitán no pudo contener sus lágrimas; la cuñada de Catalina oía atónita, y miraba al capitán á la luz de la lámpara de barro que con ténue claridad alumbraba la borda... Catalina tenía fijos en los dos sus ojos impasibles: pero en sus facciones, se veía el profundo dolor que la ahogaba: tenía arrugada la frente, contraída la boca, los ojos torvos; como encerrada en un peligro sin salida. Así permaneció unos segundos; al fin acercándose á la lámpara, rompió el sobre de la carta que le había entregado el capitán: dentro estaba el pliego, firmado por los siete testigos: Catalina lo contempló sin comprender lo que significaba, y sin atreverse á abrirlo.

«María, decía la carta cuando recibas estas líneas, no existirá: abandonado por tí, la vida me pesa: si tomé por mi mano una gran justicia, Dios que ve lo íntimo

de mi corazón, me habrá perdonado: tu eras mi único consuelo; por tí, luchando con el hastío, soportaba la vida: creí que me amabas... cuando he leído tu historia, he visto el sufrimiento á que te habías condenado: no he podido más; y he decidido romper la cadena que une tu existencia á la mía. Te dejo libre: si me hubieras dicho, amabas á otro hombre, nunca hubieras sido mi esposa; muriendo, te amo aun con todo mi corazón: fuiste buena y fiel para mí en medio de tu tormento; yo debo pagarte ese sacrificio: al morir te dejo heredera de toda mi fortuna: conserva, al frente de ella, á mi secretario sir Willsem... No sé dónde podrá encontrarte mi amigo el capitán del *Aguila*. Te entregará esta carta y el manuscrito, causa de mi muerte. Adios, María, me separo de tí con una tristeza horrible; perdóname y no olvides al hombre que te ha venerado durante la vida, y que te bendice al morir.

Abston.»

Las últimas líneas estaban borradas por las lágrimas de aquel hombre desgraciado: las de Catalina copiosas y ardientes, cayeron sobre la tierna despedida.

—¡Pobre Abston! exclamó, echándose en los brazos del capitán. ¿Por qué lo abandonásteis en tan cruel situación?

—Señora, respondió el capitán; vos conociais á sir Abston, me llamó para darme una orden, esa caja y ese pliego; no para oír mis observaciones: estaba seguro, de que tenía decretada su muerte: mis argumentos y mis ruegos hubieran sido inútiles: lo hubieran atormentado en sus últimas horas dejándole de mí una triste idea: oí respetuosamente sus órdenes: le di la mano, sabiendo que me despedía hasta la eternidad: no me dijo lo que encerraba esa caja, ni lo que decía ese papel: he cumplido fielmente su voluntad; ahora decidme vos lo que debo hacer.

—¿Qué debéis hacer? exclamó Catalina, ahogando sus sollozos. Llevar ese testamento á sus parientes: no quiero recibir su herencia. Si huyendo de él, abandoné cuanto me dió, habiéndole causado la muerte, no acepto nada; absolutamente nada. Iré á llorar sobre su sepulcro, pero no comeré su pan, ni me abrigaré en su hogar: nací pobre; soy una desgraciada á quien le falta todo: me ahoga la miseria; pero así moriré: llevad el testamento á sus parientes, que sean felices con esa riqueza, y que hagan bien á los desgraciados para que Dios los bendiga.

—Antes, le dijo el capitán, abrid y leed el testamento.

—Hacedlo vos, respondió Catalina; no necesito saber lo que dice: mi decision está tomada!... si un sentimiento de conciencia me separó de su lado, la dignidad y el honor sostendrán mi espíritu para no aceptar ningun beneficio.

Mientras hablaba Catalina el capitán abrió el testamento; en pocas líneas estaba expresada la voluntad de sir Abston:

«Nombre heredera universal de todos mis bienes, derechos y acciones, á mi esposa lady María Abston: quedan aprobadas hasta el día, las cuentas y libros de mi casa, llevados por mi secretario sir Willsem:

Dejo cinco millones de francos, para fundar un hospital en New-York, donde he hecho mi fortuna: tres millones de francos para establecer un colegio de niños huérfanos en Bizninghan, donde he nacido: quinientos mil francos para los pobres de Guetaria; que se reparta un millón de francos entre los oficiales y tripulación del *Aguila*; y quinientos mil francos entre los criados que me han servido hace quince años:

Estas donaciones no tendrán valor, sino cuando las apruebe lady Abston, mi esposa, á la que dejo heredera de todos mis bienes. A. R. Abston. Guetaria 14 de Enero de 1845.»

Catalina oyó impasible la lectura del testamento: dos hilos de lágrimas corrian sin cesar de sus ojos.

—No acepto esa herencia. Esas donaciones que dependen de mi aprobacion, las apruebo todas: lo demás los renuncio en la familia de sir Abston.

—Milady, medítadlo bien, le dijo el capitán afligido, la noche os permitirá pensar en esto más seriamente. El asunto es grave: se trata de una fortuna de

más de veinte millones de duros, pensad que vais á ser la señora más poderosa del mundo.

—Esa riqueza, respondió Catalina con entereza y frialdad, no me quitará la pesadumbre que tengo; quien fué causa de la muerte de sir Abston, no debe heredarlo. Son inútiles todas vuestras reflexiones: dadme el testamento; y si habeis cumplido con tanta exactitud la voluntad de sir Abston, cumplid ahora la mia.

Se sentó en la pobre mesa, donde estaba colocado el candil que daba luz á la miserable choza, y escribió debajo del testamento:

«Cúmplase la voluntad de sir Abston en cuanto á las mandas que contiene, las cuales apruebo: el resto de la herencia lo renuncio en su familia; y que se reparta como sea justo entre sus legítimos parientes.

Lady Abston.»

—Llevadlo ahora, dijo al capitán, al escribano de Tudela, que legalice mi firma; y á vos os pido se lo entreguéis á sir Willsem, para que se cumpla la voluntad del testador y la mia.

—Señora: esa es una locura, exclamó el capitán asombrado; no puede ser: estais en la miseria, vuestra familia no tiene para sostenerse; os rodea la pobreza, vais á ser víctima de ella... sir Abston no tiene sino parientes muy lejanos, á los que no amaba; ellos tampoco esperan nada de él.

—No importa, respondió Catalina: es lo que debo hacer, y vos cumplireis mi voluntad como un hombre de honor... Dios me favorezca: si está decretado que deba morir en el martirio, que se cumpla su voluntad. Tomad el testamento, que legalice mi firma el escribano de Tudela, y luego llevádselo á sir Willsem.

—Señora, tened compasion de vuestra familia, volvió á decirle el capitán: mirad cómo llora vuestra desgraciada hermana...

—Ellos tendrán compasion de mí, respondió Catalina, conduciéndolo á la puerta de la choza, pálida como la muerte y con el ardor de la fiebre.

—Adios, capitán, le dijo, necesito estar sola, porque siento que el corazón no me cabe en el pecho; me duele y va á ahogarme.

—Milady, ¿estais enferma? le preguntó inquieto el capitán.

—Capitán, lady Abston no existe, respondió Catalina despues de haber firmado el testamento. Ya no soy sino Catalina Ossema; la pastora infeliz de la cumbre de Tudela.

—¿Catalina Ossema! exclamó el capitán; ¿que el Señor Misericordioso os favorezca y os bendiga!!

Así que salió el capitán, su cuñada se echó á los piés de Catalina; ¡pobre hermana, le dijo llorando, cuánto padeces! ¡cuánto habrás sufrido en el mundo!... Lo has abandonado todo y has venido á cuidar las ovejas para sostenernos, y no quieres aceptar esa gran fortuna; hazlo por compasion á nosotros.

—¡Oh! respondió Catalina; sería una accion indigna; robaria esa fortuna á sus legítimos herederos, y no lo haré nunca: lo abandoné: fui causa de su muerte, y antes de aceptar su herencia, moriría cien veces.

—Hermana, piensa en nuestra miseria! ¿no sabes cuál es nuestra desgracia?

—Sea la que quiera la suerte que Dios nos envíe, la soportaré con fortaleza, pero no mancharé mi vida con una mala accion: lucharé con paciencia, hasta el último momento y que se cumpla la voluntad de Dios. ¿Y mi hermano? preguntó con inquietud... ¿está en la cárcel? ¿y por qué? preguntó con viveza Catalina, frunciendo las cejas, y cerrando los puños que apretaba nerviosa.

—No puedo decírtelo, respondió la cuñada cada vez mas turbada...

—¿Por qué? preguntó con inquietud Catalina?

—No quieras saberlo, añadió la cuñada, mañana te lo dire.

—Mañana podría ser tarde. Ahora, dijo Catalina con los ojos desencajados, ahora mismo...

—No, hermana, sentirás el dolor que yo siento, le respondió su cuñada.

Catalina se puso lívida como una muerta.

—¿Qué pasa? dijo á su cuñada, responde; la verdad, ántes que me vuelva loca!!



—Mi marido, dijo la pobre esposa temblando, y embargada la voz por los gemidos, está acusado como capitán de ladrones, por haber hecho un robo en la Bardena hace tres noches.

—¡Acusado de ladrón! repitió Catalina poniéndose de pie como una loca: no puede ser; no es verdad... mi hermano, cometer un crimen para tener dinero ¡oh! eso es imposible: mataría al que me lo dijera, dijo abriendo su cuchillo de monte y vibrándolo enfurecida. Mañana iré a Tudela, y diré al juez y a todos, que mi hermano es inocente, que mienten y lo socaré de la cárcel, y si no... Dios mío! pierdo la cabeza!... me ahogo... hermana, sosténme que me siento morir!

Catalina cayó en los brazos de su hermana, que la arrastró a su jergon de paja, como si estuviera muerta.

¡Qué horrible noche para aquellas desgraciadas!

## CAPITULO XXXIV.

Ossema se consumía de inquietud en la cárcel. Cuando no se tiene en el alma el fuego del crimen, el aire que se respira en las prisiones, ahoga y mata; pero cuando hay disposiciones para el mal, la cárcel es una gran escuela. No hay aprendiz de malvado, que no bendiga entrar en ella; ni ladrón viejo, que no tenga la cárcel, como lugar de asilo. En ella, se está salvo de deudores, y de la persecución de la justicia; se vive de balde: se duerme tranquilo, y no se tiene que pensar en médicos ni boticarios, porque todo lo paga el Estado. La cárcel y la iglesia, son dos grandes lugares democráticos de España; son sus dos verdaderas repúblicas. Nobles y plebeyos, ricos y pobres; allí son iguales. Para el ladrón nuevo, la cárcel es la universidad; en ella se entra con la afición del crimen, y se sale maestro. En la cárcel hay moralistas contrarios a toda creencia, a todo vínculo social y a todo derecho de propiedad.

Hay catedráticos de toxicología, que saben por antigua práctica, como se hacen los venenos; y enseñan cómo se administra el arsénico, el sublimado corrosivo, el cianuro de mercurio, la estrigina y el ácido prúsico.

Hay profesores acreditados en falsificación, que enseñan dónde deben buscarse los troqueles para la moneda; los timbres para el papel sellado; las letras de cambio, los billetes, los títulos del Tesoro de todas las naciones y de todas las sociedades anónimas.

Hay artistas condenados varias veces por inventores de escrituras antiguas y modernas; notarios que enseñan a hacer testamentos y toda especie de documentos falsos; curas malos que inventan partidas de bautismo, de casamientos y de defunciones; y que enseñan al imberbe los caminos de la depravación. Viejos maestros, no griegos, sino heriofantas, en toda clase de juegos y trampas; que saben echar el peyo al monte y al carrat; ó hacer una presión con la uña en los extremos exteriores de los ojos y nuevas, cosa que los señala al tacto de los dedos, para luego desfilan la carta de abajo al contrario, echándose ellos los ojos y los nuevos, según convenga que juegan al ecarté haciendo párolis á los reyes en el centro, para luego cortar de modo que el contrario mismo se los dé: ó que barnizan las barajas por fuera, ántes del juego, con un baño de blanco más ó menos mate, casi imperceptible, que indique los palos negros diferenciándolos en el exterior de los de color, modo seguro de saber los colores que tiene el contrario, para ganarle á cartas vistas, sin que tenga defensa, por perito que sea, no contando con la marca en la pestaña y en la pinta; al monte ni con el salto, la desaparición de las cartas, los amarres, y el convenio con varios compañeros en todos los juegos, modos muy conocidos en el arte. Estos secretos que son una mina de oro en la buena y mala sociedad, los enseñan los heriofantas, á los hijos de casas nobles, ó á los acreditados, que llegan á las cárceles en olor de santidad por sus crímenes. Hay maestros en robar con astucia, en los lugares concurridos, y sobre todo, en las iglesias; metiendo mano con finura y precisión en los bolsillos ajenos,

ó solos, ó combinados con pequeños niños que echan el anzuelo á la cadena de reloj, ó la bolsa, para que salte al tiron y arrebatarla entonces, con rapidez increíble. Hay profesores en tomar la medida de las cerraduras con cera virgen y al ojo: en manejar la ganzúa y la pluma de ganso, en trabajar con la lima sorda en toda clase de cofres, fuertes candados y cerrojos, para los que no hay secreto de palabras ni de números.

Maestros de escena, mímicos profundos, que saben hacerse los ancianos, ciegos, sordos, mancos y mudos á la perfección.

Jefes de cuadrillas, acostumbrados á campar en despojado que aguardan al viajero y los asaltan sin que pueda defenderse; maestros en robar á la fuerza, así en los montes como en la ciudad; valiéndose de la navaja ó la pistola, cosa que espanta, sin necesidad de hacer uso; ó aplicando el parche de breva á la nariz y los ojos, ó la pelota de goma á la boca, para que el paciente no pierda el tiempo en lamentarse y hacer ruido peligroso.

En fin, hay matones por mal corazón y asesinos acreditados, que dan el golpe como valientes ó á traición por dinero; pero que concretan sus servicios, solo á cuestiones de cirugía; dando á los demás casos del crimen poca importancia: estos trabajadores son la aristocracia del oficio, y los más respetados, porque hablan siempre con el hierto, con que abre la puerta del otro mundo ántes de tiempo y no permite las discusiones largas é inútiles.

Todo esto se encuentra en la cárcel; así, el ladrón nuevo, por poca maña y disposición que tenga, cuando entra en ella, si tiene la fortuna de estar un año bien acompañado, sale sabiendo todo lo que necesita, y con una porción de relaciones sólidas; y muchas veces ajustado para trabajar en las diversas compañías establecidas y acreditadas, que por tener á sus jefes encerrados en la cárcel, no dejan de funcionar con éxito.

A Ossema, que no tenía el alma de ladrón, la cárcel lo consumía: los días que estaba en ella le parecían siglos; y si no hubiera sido por su entrada tan briosa, su silencio y taciturnidad, le hubieran costado la rechifa de sus compañeros; algunos mojicones y puntapiés de los maestros; y el emplumamiento de neófito: pero Ossema llevaba en su cara pintada el valor de su corazón, y la suerte del baratero no la querían probar los maestros viejos, que lo contemplaban con respeto.

El juez había acabado la sumaria por el robo y asesinato de la Bardena: había tomado las declaraciones y hecho la confrontación y careo de los ladrones. Todas sus sutilezas, no pudieron hacerles confesar el robo, la muerte del criado y su dependencia de Ossema. En este estado, no habiendo reconocido el capitán del *Aguila* al jefe de la partida ni á sus compañeros, y ofreciendo caución pecuniaria para que se le pusiera en libertad, siendo su prisión motivada por la delación de una de las mujeres de los presos, que había desaparecido, no habiendo contra él otras declaraciones ni pruebas, y no acusándolo el capitán, á quien interesaba el hecho, el juzgado sobreseyó la parte que correspondía á Ossema; mandándolo poner en libertad, bajo fianza: y á la mañana siguiente, Ossema se dispuso de sus compañeros que lo vieron salir con alegría.

Entre los ladrones en cuadrilla, que se lanzan á buscar dineros en los caminos, con las armas en la mano, atacando á viva fuerza los viajeros, sin temer á los que los persiguen pocos ó muchos, hay una fraternidad, disciplina y rasgos de valor y lealtad sorprendentes: la Historia de España está llena de hazañas de esta clase de hombres. Todos los salteadores recuerdan á Viriato, que de capitán de bandoleros se convirtió en héroe de la independencia y de la patria. A José María y á otros andaluces famosos, que por su valor y generosidad, despues de muchos años de estar condenados á muerte y pregonadas sus cabezas, han sido indultados, mereciendo las mayores confianzas de la justicia y hasta distinciones de príncipes soberanos. Ossema salía de la cárcel temido de los criminales que allí había; y amado de los de su cuadrilla que lo acompañaron hasta la reja de la puerta, teniendo en él una confianza sin límites.

## CAPITULO XXXV.

Cuando se vió en la calle le pareció imposible: ¿quién es ese hombre, se decía, que despues de robado no me acusa; me desconoce, y que por devolverle una carta, me envía una orden de ocho mil duros; que busca á mi hermana, y que me sirve de fiador para que salga de la cárcel?

Meditando en esto corría al lado de su mujer y de su hermana. Al llegar á la cumbre, observó que en los árboles de enfrente de su choza había atados tres caballos: los miró inquieto y entró temeroso en la barraca de su hermana.

Su mujer, con la cabeza desgreñada, se echó en sus brazos, ahogando los sollozos y haciéndole señal para que guardara silencio.

Catalina, estaba tendida sobre un jergon, los ojos cerrados como si estuviera profundamente dormida: á su lado estaba de pie el capitán del *Aguila*, el escribano y el médico, que miraba atentamente la sangre contenida en una vasija; mientras que contaba con inquietud las pulsaciones del brazo de Catalina.

Al entrar el capitán le clavó los ojos, llevándose el dedo á los labios, en señal de que guardara silencio. Ossema lo saludó humildemente, y se colocó detrás de la cubecera de su hermana.

—¿Volverá en sí? preguntaba con voz baja el capitán al médico.

—Puede recobrar las fuerzas y el conocimiento, pero no aseguro su vida; tiene congestionado el corazón; las sangrías han evitado la asfixia, pero la menor emoción puede serle fatal; y si se agolpa de nuevo la sangre á la vena horta, no hay remedio, su muerte será instantánea.

—¿Qué tiene Catalina? ¿Qué sucede? preguntó Ossema á su mujer.

—Anoche, le respondió, (llevándose á parte) vino ese caballero, le trajo una carta y la cajita que ves debajo de su almohada: en ella había un testamento en que su marido le dejaba toda su fortuna. Catalina le dijo que no aceptaba la herencia. El capitán se opuso á que lo hiciera; yo me eché á sus piés y se lo rogué también: todo fué inútil. Despues que se fué el capitán, en medio de su dolor, me preguntó si te había visto; le dije que sí y que te acusaban de un robo; en su exaltación me amenazó de que asesinaria al que se atreviera á decir que eras ladrón: cogió la cajita de hierro y sacó de ella un libro que principió á leer derramando lágrimas. ¡Dios mío, ni un día de sosiego has permitido á mi triste vida, exclamó fuera de sí. ¿Ha vuelto mi hermano? me preguntó con los ojos inyectados de sangre... me dijo que tenía sed: que se ahogaba; que le diera agua: fui corriendo al arroyo y se la traje; bebió con ansia: tengo una presión muy fuerte, añadió, poniéndose la mano sobre el corazón; corre á buscar al médico: me siento morir... la dejé acostada en su cama y volví con el médico; cuando llegué, la hallé sin sentido; el médico le dió dos sangrías, y en el estado que la ves, la ha encontrado el capitán, que llegó con el escribano.

—«Es preciso volver á sangrarla, dijo el médico, abriéndole de nuevo la vena del brazo izquierdo.» La sangre salió negra y espesa: el capitán tenía los ojos fijos en Catalina: en su cara se veía el dolor de que estaba poseído. El escribano permanecía impassible con su cartera debajo del brazo: el médico, como el que está acostumbrado á ver morir. Médicos y escribanos, testigos casi necesarios en las últimas horas, son como los cuervos, eternos convidados al festín de la muerte.

Ossema contemplaba á su hermana devorado por el remordimiento; su mujer, arrodillada al lado de Catalina sostenía el barreño, donde caía la sangre, que brotaba de sus venas, como el último remedio.

Catalina abrió los ojos, y miró á todos lados, el médico dijo con voz apagada: el capitán del *Aguila*. ¿Y ese? El escribano, respondió la cuñada... bien: murmuró entre dientes: ha vuelto mi hermano? Aquí estoy, le respondió Ossema, besándole la frente.

—¡Gracias á Dios! exclamó Catalina, abriendo los ojos, y mirando con una ternura infinita: volviéndolos á cerrar fatigada.

El médico la pulsaba á cada momento.—Vivirá muy poco: dijo al oído del capitán. Minutos despues, un dolor muy agudo la sacó de su letargo, y volvió á abrir los ojos:

—Capitán, le dijo con acento moribundo: qué leal y que generoso sois! Cuánto os amo!... si pudiera vivir!... pero siento la muerte... No hay remedio... al fin, se acabará mi martirio... dadme vuestra mano... os recomiendo á mi hermano y mi cuñada... ¡es todo lo que tengo en el mundo!... no los abandoneis nunca...

Señor escribano, añadió con la voz clara, como si le volviera la vida: apruebo todas las donaciones de sir Raimundo Abston, mi desgraciado esposo: ratifico la renuncia que he hecho al pié de su testamento, escribid esto que quiero firmarlo antes de morir...

El escribano cumplió la última voluntad de Catalina, que se incorporó en el jergon y lo firmó con mano temblorosa.

—Ya puedo morir tranquila, dijo con la voz muy apagada... tomad añadió señalando al capitán la cajita de acero que tenía debajo de su almohada: quemad el libro que hay dentro, despues de mi muerte...

—¡Cumpliré vuestra voluntad!! respondió el capitán, besándole la mano, donde ya se sentía el frío de la muerte y bañándose con sus lágrimas...

—¡Pobre de mí! exclamó Catalina, como si el alma resignada se entregara sin fuerzas ya á la dura ley del destino. Desde aquel momento, su razón comenzó á oscurecerse: la boca no pudo articular mas palabras: sus ojos moribundos, estaban fijos en el capitán: mas tarde quedaron inmóviles, con el brillo lúgubre y extraordinario de la última hora; poco á poco se le fué extinguiendo el aliento; luego el pulso, y como concluye una luz: debilitándose de un modo fantástico, dando un doloroso suspiro así terminó de padecer la pobre Catalina...

El capitán la cerró los ojos, derramando sobre su frente las lágrimas del alma. En presencia de Ossema y del escribano quemó el libro fatal, causa de su muerte y de la de sir Raimundo Abston. La hizo conducir con gran solemnidad y enterrar en el cementerio de Valcárcos; en su sepulcro hizo grabar con letras de oro: «aquí yace Catalina Ossema: nació en una borda de la montaña: murió en Tudela: esposa del caballero sir Raimundo Abston: fué buena y hermosa, como un ángel; tuvo el espíritu independiente y justo, siendo la mas noble de las criaturas; y poderosísima, quiso por gran virtud morir en la pobreza; rogad á Dios por su alma.»

Cumpliendo la recomendación de Catalina, el capitán se llevó sus hermanos á Francia y cerca de Burdeos les compró una hacienda que Ossema cultivó con esmero siendo unos de los mas honrados y queridos vecinos del departamento.

El capitán del *Aguila* se volvió luego á su país.

Algunos años mas tarde un feroz incendio destruyó completamente el magnífico castillo de sir Raimundo Abston, del que apenas se ven hoy en Guetaria ni las desmoronadas ruinas de la capilla, quedando envuelta esta historia en la oscuridad de los tiempos.

JUAN GUELL Y RENTÉ.

París 20 de Julio de 1870.

## NECROLOGÍA.

El Sr. D. Salustiano de Olózaga ha dejado de existir en Francia á los 68 años de edad.

El que escribe estas líneas favorecido desde la infancia con la amistad de tan distinguido hombre de Estado, al rendir un tributo de dolor y respeto á su memoria, no puede menos de recordar que el Sr. Olózaga recomendaba á los catedráticos de la Universidad de Alcalá de Henares, al estudiante de filosofía, y luego de derecho, y al volver á Madrid en las vacaciones, le examinaba sobre las materias que había estudiado durante el curso con bondad y cariño casi paternal. Recuerda también cuando el Sr. Olózaga fué nombrado jefe político de Madrid, despues de su primera emigración al



extranjero, habiéndose salvado milagrosamente por su sereno arrojo de la cárcel en que le amenazaba la muerte en la causa del desgraciado Miyar.

La figura del Sr. Olózaga en aquella época era en extremo arrogante, realzada por su hermosa cabeza y sus negros y rasgados ojos.

Al presentarse por primera vez en la tribuna, muy joven aun, fué rival admirable de los Toreno y Galiano; la Constitución de 1837 se debió en gran parte á su ilustrada iniciativa; fué nombrado fiscal del Supremo Tribunal de Guerra y Marina; embajador en Londres, presidente de las Cortes, y después de su famoso discurso terminado con *Dios salve á la Reina y al país*, sucedió en la Presidencia del Consejo de Ministros al elocuente tribuno D. Joaquín María López. Una intriga palaciega le derribó del poder, cuando había conseguido de la Reina que firmase el decreto disolviendo aquellas Cortes.

Amenazada su vida, volvió á emigrar al extranjero, habiendo antes pronunciado quizá los más notables discursos de su vida parlamentaria y demostrado en aquellas críticas y terribles circunstancias un valor cívico á toda prueba. A su vuelta de la segunda emigración, el antiguo estudiante y recomendado por Olózaga, tenía el honor de sentarse á su lado en los comités electorales constituidos por el partido del progreso, y en el Congreso de los Diputados. ¡Cuántos sucesos políticos y particulares podía recordar! ¡Cuántas peripecias y vicisitudes nacidas de los diversos acontecimientos de que ha sido teatro nuestra desventurada patria, víctima de reacciones y revoluciones que han engendrado catástrofes sin cuento! Los hechos más culminantes de la vida política del Sr. Olózaga viven en la memoria de todos, además solo la diestra pluma de nuestro querido amigo D. José de Olózaga, que idolatraba á su hermano, puede trazar algún día los rasgos más delicados y menos conocidos de la tempestuosa vida de nuestro difunto y sentido amigo. Dos rasgos harán resaltar el carácter del hombre público y privado. En la íntima confianza con que el gran orador honraba al autor de estas cortas frases, sobre todo, especialmente en los últimos treinta años, jamás le ha oído rebajar el talento de ninguno de sus adversarios, su talento superior no descendió á deprimir, por el contrario, en sus conversaciones privadas se inclinaba á ensalzar el mérito que creía reconocer, hasta en sus enemigos más encarnizados. Y como hombre privado, el señor Olózaga, amante de su familia y padre tiernísimo, le ha manifestado algunas veces que sus desgracias domésticas, la muerte temprana de una hija adorada, y la irreparable catástrofe de su sobrino el apreciable, inolvidable é inteligente hijo de D. José, le habían abrumado y debilitado sus fuerzas físicas y morales, por el exceso del dolor, y del recuerdo desgarrador de tan sensibles pérdidas.

No más detalles. El primero de nuestros oradores parlamentarios y hombres de Estado deja un gran vacío en la tribuna y en la política difícil de llenar. La ciencia de gobierno no se aprende en un día: el conocimiento del corazón humano necesita largos años de observación y de infortunio. Los Palmerston, Thiers, Cavour y Olózaga no se improvisan.

Olózaga era amigo personal de estos tres ilustres oradores. Inglaterra y Francia han conocido y admirado al que fué embajador de España en aquellas naciones. Italia ha reconocido su mérito privilegiado. Y España, nuestra querida patria, no olvidará los talentos y servicios que le ha prestado, y que podía prestar aun su inteligencia preclara.

El amigo sincero le tributa un respetuoso homenaje de dolor intenso.

EUSEBIO ASQUERINO.

## JUNTO A MI MADRE.

### I

Como los tristes cantares  
Que guardan las densas brumas  
En las nítidas espumas  
Que se rizan en los mares;

Como trémulo se mece  
A los murmullos del viento  
El morado pensamiento  
Que entre las violetas crece:

Como va serpenteando  
El arroyo que lo esmalta,  
Y de peña en peña salta  
Su puro cáliz besando,

Senti que el alma al verter  
Llanto de melancolía,  
Tan solo en sueños veía  
La imagen de una mujer.

### II

El sol que la mar alfombra  
Declina en el horizonte;  
Tiende á lo lejos el monte  
Sus pabellones de sombra.

La tierra reposa en calma,  
Plegan sus alas los vientos  
Y hay vagos presentimientos  
En el fondo de mi alma.

El pecho con triste afán  
Hierva en ansiedad inquieta,  
Y una lágrima indiscreta  
Salta en chispas del volcan.

Y entre tan muda tristeza,  
Entre sintiendo y llorando,  
Se va formando, formando,  
El fantasma en mi cabeza.

Más luego aquella ilusión  
Queda al fin desvanecida,  
Como la nota perdida  
De una lejana canción.

Ella cruzó por mi ayer  
Cual nube que flota en calma,  
Y dejó impreso en mi alma  
El alma de una mujer.

### III

Mas ¡ay! que en mi afán profundo  
Cuando la tarde espiraba,  
Vi aquel sér que se agitaba  
Entre la tumba y el mundo.

Por eso siempre le veo  
Cuando la tarde declina  
Como una ilusión divina  
Soñada por el deseo.

Pasa... y en extraños giros,  
Calmando mi ardiente anhelo,  
Remonta su ráudo vuelo  
Llevándose mis suspiros.

¡Amarga, triste ilusión  
De una esperanza perdida!  
¡Fúnebre sombra querida  
Que duerme en mi corazón!

Tú vivirás al abrigo  
Del amor que nos unía  
De noche... en la tumba fría,  
A todas horas... conmigo.

Por eso en mi frenesí  
Te cuento, madre, mi anhelo,  
Y pienso en cosas del cielo  
Cuando pienso junto á tí.

Deja que el llanto al correr  
Vierta sus perlas mejores...  
¡Ellas cubrirán de flores  
La tumba de una mujer!

JOSÉ LUIS DE LEÓN.

## ¡ESA CANCIÓN!

Conozco esa canción. Ecos perdidos  
sus notas son de plácidas historias,  
que á sus dulces y lánguidos sonidos  
desde mi edad de fáciles victorias  
están acostumbrados mis oídos.

Una noche—¿te acuerdas?—recorrías  
las teclas de marfil; tierno, amoroso,  
mirándome en tus ojos me veías,

y tú con el interprete armonioso,  
los misterios del alma me decías.

Sentado junto á tí, mi pensamiento  
de la existencia misera y precaria  
las cuitas olvidó, y un vago acento,  
preludio de una mística plegaria,  
la fibra estremeció del sentimiento.

Después, dichosa, angélica, serena,  
alegraste mi hogar con tu sonrisa....  
y esa canción que de pesar me llena,  
que viene en alas de la errante brisa  
y en las bóvedas cóncavas resuena.

¿Qué cosas al espíritu agitado  
no dirán esas voces gemidoras?  
¿Qué no dirán al pobre encarcelado  
hablándole en las ansias de estas horas  
de alegres tiempos del amor pasado?

Le dicen ¡ay! que su infortunio es cierto,  
y que antes de que el misero sucumba,  
bien puede el corazón reposar yerto  
cual reposa el cadáver en la tumba,  
porque es verdad que su esperanza ha muerto

JUAN CLEMENTE ZENEA.

## CONTRASTES.

Una vez sola, por fortuna mía,  
vi tu faz hechicera tras el manto,  
y desde entonces su amoroso canto  
mi pobre guzla sin cesar te envía.

Si sales, es en coche y no de día;  
tu casa está cerrada por encanto,  
y no puedo admirar lo que amo tanto,  
aunque ya de tu casa soy vigía.

Loco de amor, en vano he pretendido,  
un retrato adquirir de la hermosura  
que á sus divinas plantas me ha rendido.

Extraña es por demás mi desventura,  
pues tengo el corazón de amor henchido,  
y no te puedo ver ni aun en pintura.

### A UN ANGEL CAIDO.

Ayer, de tu garganta nacarada  
verde corona suspendí, de flores;  
y ayer tu dulce, tu primer mirada,  
abrió en mi pecho manantial de amores.

Hoy, del vicio en los brazos tentadores,  
vagas errante, sola y despreciada;  
lanzando á la virtud y sus cantores  
lasciva y estridente carcajada.

Ayer, no tuvo precio tu hermosura;  
y hoy, de mercado vil, flor asquerosa,  
quieres vender postiza galanura.

Ayer era tu amor joya preciosa,  
y hoy es tan solo mercadería impura.  
¡Ayer eras mujer, hoy eres caga!

CONSTANTINO GIL.

La empresa del *Teatro Nacional de la Opera* ha publicado la lista de la compañía que actuará en la temporada que ha de comenzar á últimos del corriente mes de Octubre. Figuran en ella los siguientes artistas:

Sras. Sass, Mantilla, Fossa, Chini y Fossa-Gruitz, como primeras sopranos y contraltos; Sras. Castañon y Nicolau, comprimarias.

Sres. Stagno y Ugolini, tenores; Santes y Velazquez, comprimarios; Amedio Bocolini, barítonos; Huguet, segundo; David y Ordinas, bajos; otro primero, Becerra; Ugalde, segundo; Fiorini, bajo cómico.

Maestros directores, los Sres. Skoczdo-pole y Vazquez (D. Mariano).

La orquesta se compondrá de 90 profesores, y el cuerpo de baile de 90 coristas de ambos sexos.

El director artístico, D. Luis Cuzzani, se halla en Francia ultimando los contratos de nuevos artistas distinguidos, cuyos nombres se anunciarán á su tiempo.

En el teatro de *Jovellanos* ha obtenido un éxito en extremo satisfactorio la zarzuela en dos actos *La gallina ciega*, en la que tanto se distingue la simpática tiple señorita Uriondo, cuyo talento artístico le ha de proporcionar inimitables laureles á su corona de artista.

El resto de la compañía es excelente,

y el escogido público que asiste sale sumamente satisfecho.

Entre las diferentes zarzuelas que están ensayándose para ponerse en escena á la mayor brevedad, figura *La Hija de Mad. Angot*, que lleva en Francia más de 300 representaciones.

El *Circo* de la plaza del Rey abrió sus puertas, y el éxito obtenido por la zarzuela bufa *Un viaje de mil demonios* fué tan lisonjero como era de esperar. La riqueza de los trajes, las lindas decoraciones, todo mereció aplausos del numeroso público que llenaba las localidades del elegante coliseo.

Los autores de la obra, así como los actores y la empresa están de enhorabuena, y no seremos nosotros los últimos en enviársela, deseándoles sigan con igual éxito las representaciones de *Un viaje de mil demonios*.

En St. Ann's Heath, una de las alturas pintorescas del condado de Surrey, en Inglaterra, el profesor Tomas Holloway ha comenzado la construcción de una casa de locos de gran magnificencia, proponiéndose presentarla á la nación británica, como asilo de los afligidos de enagenación de la mente. El edificio se halla situado en Virginia Water, enfrente de la estación del ferro-carril que, saliendo de Londres, pasa por Staines y Wokingham; y la fachada de la estructura mira hácia el sudoeste. El terreno escogido por el profesor se compone de unos 21 acres, y de estos cubrirá cinco el edificio, que será distinguido por una arquitectura gótica primorosamente adornada, siendo el frontispicio de 640 piés de ancho, y el fondo de 250 piés. Para la edificación de dicha casa de locos se emplearán ladrillos colorados, y las decoraciones serán de piedra de Portland. En el pórtico principal habrá una hermosa columnata de dos grandes pilares, y por encima de la fábrica se levantar una torre central de 170 piés de alto, siendo distinguida cada una de sus alas por una torrecilla de sesenta piés. El edificio entero estará rodeado de un terrado de 45 piés de ancho. Esta obra costará cien mil libras esterlinas, y no se completará sino dentro de tres años. La casa de locos será capaz de recibir 400 pacientes de ambos sexos. Los arquitectos son los señores Crossland, Salomon y Jones, de Carlton Chambers, Regent Street, Londres.

**Pildoras Holloway.**—En los casos de debilidad general, abatimiento de ánimo é irritación de nervios, ninguna medicina hay cuya acción curativa sea al parecer tan mágica como la de estas famosas Pildoras, que purifican la sangre, refrigeran y fortalecen los nervios y el sistema, entonan el estómago, reaniman el espíritu y hacen que tenga lugar en toda la organización corpórea un cambio deleitoso. Dicho medicamento puede recomendarse sin recelo como el mejor de los remedios caseros, pues aunque es tan potente con respecto á eficacia, su operación es tan maravillosamente dulce que no puede causar mal ni á las mujeres ni los niños más delicados. Las Pildoras Holloway no contienen ni un grano de mercurio ni de otra sustancia alguna nociva. Las personas de toda clase, pero en particular las que llevan una vida sedentaria, hallarán en aquellas una verdadera fuente de salud.

**Agua circasiana.**—Toda la prensa extranjera y todos los médicos más eminentes recomiendan el uso del agua circasiana como la única infalible para devolver á los cabellos blancos su primitivo color y fuerza juvenil: copiamos la opinión de un célebre doctor á este respecto.

«Uno de los mayores inconvenientes que hay en el empleo de las tinturas, es la grande irritación que causan en los tubos capilares y que dan lugar á la caída del cabello: estos inconvenientes fueron los primeros que llamaron la atención de los inventores del agua circasiana, y su vieron la grande fortuna de hallar un preparado que, no solo es completamente inofensivo, sino que reúne la mayor eficacia y simplicidad en su uso.»—Firmado, *Dr. Duval*.

Imprenta de D. Juan Aguado, calle del Cid, 4. (Recolotos)  
MADRID 1873.



# SECCION DE ANUNCIOS.

A TODOS LOS QUE SE BAÑAN Ó HAYAN BAÑADO

GRANDIOSO DESCURRIMIENTO VEJETAL.



Las aguas todas, sin excepcion, atacan los cabellos en su base o superficie, los deslustran, enredan, asperecen, ponen queh cledizsa y pegajosos, y con frecuencia son el origen de prematuras canes, óñvicios y alopecias, totales ó parciales, si no se usa durante iril basua un mes despues.

El ACEITE DE BELLotas con SAVIA DE COCO, llamado en las Américas la «Biblia del tocador y de la clínica» por sus admirables propiedades higiénico-medicinales, contiene la caída, lustra y de senreda en el acto, reproduce el perdido, oculta y preavee las canas, limpia el cráneo de caspa, erupciones; y poniéndolas unas gotitas en los oídos antes de tomar el baño, se evitan sorderas, zumbidos, dolores de cabeza, cefalalgias.

Se vende en 2.500 farmacias, droguerías y perfumerías del globo, y en la fábrica, calle de la Salud, 9, pral. y Jardines 5, Madrid, á 6, 12 y 18 rs. frasco con prospecto y busto en la etiqueta, para no ser victimas de ruines falsificadores. Está recomendada por médicos y 800 periódicos. Inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor universal.

Hay café de bellotas con almendra de coco, para curar en una hora la diarrea, di sentería (pujos). Admirable para viaje, 12 rs. libra, 6 media, en cajas.

## BLANCO NIEVE DE CLEOPATRA

COLORIDO HUMANO O ROSA DE CLEOPATRA

Un rostro blanco sólo, exento de pecas, arrugas, manchas, espinillas ó ligeramente sonrosado, es como un rayo de sol que se presenta en un hermoso paisaje.

La blancura, la flexibilidad, la transparencia y la lozanía del cutis, son condiciones indispensables para la hermosura completa de la mujer.

Con estos dos higiénicos y mejorados descubrimientos, que estubo usando por espacio de cuarenta años esta célebre y bellísima reina de Epiro, consiguió acabar la carrera de la vida con los ojos, la dentadura y toda la superficie de su cuerpo como la misma Hebe, ó diosa de la juventud.

Precio: 24 rs. frasco de ocho onzas de cabida, del Blanco, y 24 del colorido humano.

Uso: se agita bien el frasco; se da con un pañito ó esponjita y con otro se extiende á voluntad.

Exíjase este busto en la etiqueta para evitar fraudes de este sin rival cosmético.

Salud, 9, principal, y Jardines, 5, Madrid, y en 2.500 farmacias, droguerías y perfumerías. El perfeccionador, L. de Brea y Moreno, inventor acreditado.

## AGUA DE COLONIA, SUPREMA, JOHANN MARIA FARIMA,

Rei dem Julisch Plaz in Coln.

REPRESENTACION EN MADRID, JARDINES, 5.

Perfume persistente y agradable.

Gotas en lumbre exahuma el aposento.

Fricciones en púvís da vida genitil.

En agua estrecha é impide la sifilis.

Gotas en thé para flatos y estómago.

Cucharadita en agua para vómitos.

En frotaciones quita el cansancio.

En baño tonifica y fortalece.

En agua lustra y suaviza el cutis.

Pura, quita dolor de muelas en el acto.

Un chochrito en agua aclara la vista.

5 rs. frasco, 20 botella y 12 cuartillo.

Han llegado 5.000 litros.—Calle de Jardines, núm. 5, Madrid.

## NO MAS REINA DE LAS TINTAS.

Nuevos inventos para escribir el comercio.

TINTA de lila, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.

TINTA azul, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.

TINTA roja, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.

TINTA verde, 6 rs. frasco, 11 cuartillo.

TINTA negra, 4 rs. frasco, 7 cuartillo.

TINTA conerina, 10 rs. frasco, 2 cuartillo.

TINTA diamantina, 10 rs. frasco, 3 cuartillo.

Soa aromáticas, no se alteran, secan en el acto, y dan duracion á las plumas.

Frasquitos de todos colores, para prueba, viaje y bolsillo, á real.

Jardines, 5, y Salud, 9, bajo.—25 por 100 de descuento.—L. Rrea, inventor.

PRIMER DSCURRIMIENTO DEL MUNDO,

## DE LOS CONOCIDOS DESDE SU ORIGEN.

LEED UN SABIO DOCUMENTO EXPEDIDO A FAVOR DEL INVENTOR DEL

ACEITE DE BELLotas con SAVIA DE COCO.

«D. Silverio Rodríguez Lopez, licenciado en medicina por la Universidad de Salamanca, y en cirugía por la de Madrid, fundador é individuo de varias sociedades científicas, médico del ejército y de la Armada, etc., etc.

Certifico: Que he observado los efectos del Aceite de bellotas con sávia de coco ecuatorial, invencion del Sr. L. de Brea y Moreno, y hallado que es efectivamente un agente higiénico y medicinal para la cabeza, utilísimo para prevenir, aliviar y aun curar varias enfermedades de la pie del cráneo é irritacion del sistema capilar, la calvicie, tña, herpes, usagre, dolores nerviosos de cabeza, gota, reumatismo, llagas, males de oídos, vicio vermíneo, y segua experiencia de varios profesores, distinguiéndose entre otros el Dr. Lopez de la Vega, es una especialidad est. Aceite para las heridas de cualquier género que sean; es un verdadero bálsamo, cuyos maravillosos efectos son conocidos; puede reemplazar tambien con ventaja al Aceite de hígado de bacalao, en las escrófulas, tisis, raquitismo, en las leucorreas y otras muchas afecciones; recomiendo su uso en las enfermedades sífilíticas, como muy superior al «Bálsamo de Copaiba», y en general en toda enfermedad, q.ue esté relacionada con el tejido capilar que refresca y fortifica. Pueden asegurarse, sin faltar en lo más mínimo á la verdad, que el Aceite de bellotas es un excelente cosmético medicinal indispensable á las familias. Y á petición del interesado doy la presente en Madrid á ocho de Setiembre de mil ochocientos setenta.—Silverio Rodríguez Lopez.»

Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, en 2.500 droguerías, perfumerías y farmacias de todo el globo, con mi nombre en el frasco, capsula, prospecto y etiqueta, por haber ruines indigno falsificadores. Dirigirse á la fábrica para los pedidos calle de la Salud, número 9, cto. pral. y bajo, y Jardines 5, Madrid, á L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el Atlas.

## COMPANIA GENERAL TRASATLANTICA.

VAPORES-CORREOS FRANCESES.

1.º El 7 de cada mes, servicio directo de Saint Nazaire á Fort de France, La Guayra, Saranilla y Colon.

—Servicios en combinacion desde Fort de France á Saint-Pierre, Basse-Terre, Pointe á Pitre, Santa Lucia, San Vicente, Granada, Trinidad, Démerari, Surinam y Cayena.

—Servicio desde Panamá hasta Valparaiso con escala en Guayaquil, Payta, San José, Callao, Islay, Arica, Iquique, Cobija, Caldera y Coquimbo.

2.º El 20 de cada mes, servicio directo de Saint-Nazaire á SANTANDER, San Tomas, LA HABANA y Veraacruz.

—Servicios en combinacion desde San Tomas hasta Guadalupe, Martinica, PUERTO-RICO, Caphalitién, SANTIAGO DE CUBA, Jamaica y Colon.

3.º Servicio en combinacion desde Panamá para Ecuador, Perú, Chile, América Central, California, etc.

4.º Salidas del Havre ó de Brest para Nueva-York:

Del Havre: 24 de Octubre, 7 y 24 de Noviembre; 5 y 19 de Diciembre.

De Brest: 26 de Octubre; 9 y 23 de Noviembre; 7 y 21 de Diciembre.

Dirigirse para mayores informes, billetes, fletes, etc.,

En Madrid, Paseo de Recoletos, núm. 9, y Puerta del Sol, núm. 9.

En Santander, Señores hijos de Dóriga.

En París, en el Grand hotel, (boulevard des Capucines 12.)

En Saint-Nazaire, á M. Bourbeau, agente.

Y en las principales poblaciones de la Península á los agentes de la compañía de seguros El Fenix Español.

CUARTANAS, TERCIANAS, INTERMITENTES, CURADAS POR LAS FEBR.FUGO-INFALIBLES PILDORAS DE FERNANDEZ, único que ofrece la devolución de las seis pesetas que cuestan las cajas si no curan, por rebeldes que sean, sin que un solo caso falle.

PALMERSTON RESTAURANT OLD BROAD STREET LONDRES.

PAPÉL WILNSI Veinte años de éxito atestiguan la eficacia de este potente derivativo recomendado por los primeros médicos para la curación rápida de los constituciones, irritaciones del pecho, males de garganta reumáticos, dolores. Una ó dos aplicaciones son suficientes y no caen sino un poco de picazon. Depósito general en Madrid, I. Ferrer y C.ª, Montera, 51, principal; Chicote, Ancha de San Bernarvdo, 41; Guiralt, Cármen, 41.



## VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

VARIACION DE SERVICIO DESDE ABRIL DE 1873.

### LINEA TRASATLANTICA PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salidas de Cádiz. . . . . el 30 de cada mes.  
Salidas de Santander . . . . . el 15 de id.  
Salidas de Coruña . . . . . el 16 de id. (escala.)

### LINEA DEL LITORAL EN

#### COMBINACION CON LAS SALIDAS TRASATLÁNTICAS

Salidas de Barcelona el 29 para Valencia, Alicante, Cádiz, Coruña y Santander; y de Santander el 16 para Coruña, Cádiz y Barcelona.

AGENTES.—Cádiz, A. Lopez y C.ª; Barcelona, D. Ripol y C.ª; Santander, Perez y García; Coruña, E. Da Guarda; Valencia, Dar y C.ª; Alicante, Faes hermanos y C.ª; Madrid, Julian Moreno, Alcalá 28.

## PILDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY.

PILDORAS HOLLOWAY.

Estas píldoras son universalmente consideradas como el remedio mas eficaz que se conoce en el mundo. Todas las enfermedades provienen de un mismo origen, á saber: impureza de la sangre, la cual es el manantial de la vida. Dicha impureza es prontamente neutralizada con el uso de las píldoras Holloway, que, limpiando el estómago — los intestinos, producen, por medio de sus propiedades balsámicas, una purificación completa de la sangre, dan tono y energía á los nervios y músculos, y fortifican la ornganizacion entera.

Las píldoras Holloway sobresalen entre todas las medicinas por su eficacia para regularizar la digestion. Ejerciendo una accion en extremo salútferrá en el hígado y los riñones, ellas ordenan las secreciones, fortifican el sistema nervioso, y dan vigor al cuerpo humano en general. Aun las personas menos robustas pueden valerse, sin temor, de las virtudes fortificantes de estas píldoras, con tal que, al emplearlas, se atengan cuidadosamente á las instrucciones contenidas en los opúsculos impresos en que va en vuelta cada caja del medicamento.

UNGUENTO HOLLOWAY.

La ciencia de la medicina no ha producido, hasta aqui, remedio alguno que pueda compararse con el maravilloso Ungüento Holloway, el cual posee propiedades asimilativas tan extraordinarias que, desde el momento en que penetra la sangre, forma parte de ella; circunscrito con el fluido vital expulsa toda partícula morbosa, refrigera y limpia todas las partes enfermas, y sana las llagas y úlceras de todo género. Este famoso Ungüento es un curativo infalible para la escrófula, los cánceros, los tumores, los males de piernas, la rigidez de las articulaciones, el reumatismo, la gota, la neuralgia, e de-doloroso, y la parálisis.

Para asegurar la curacion rápida y permanente de las enfermedades, conviene siempre que se tomen las Píldoras al mismo tiempo que se emplea el Ungüento.

Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañadas de amplias instrucciones en español relativas al modo de usar los medicamentos.

Los remedios se venden, en cajas y botes, por todos los principales boticarios del mundo entero, y por su propietario, el profesor Holloway, en su establecimiento central 555, Oxford Street, Londres.

## THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY.

COMPANIA DE NAVEGACION. POR VAPOR AL PACIFICO.



### LINEA REGULAR SEMANAL.

## VAPORES-CORREOS INGLESSES

PARA RIO-JANEIRO, MONTEVIDEO, BUENOS-AIRES, VALPARAISO, ARICA, ISLAY, CALLAO DE LIMA Y TODOS LOS PUERTOS DEL PACIFICO

tocando cada 15 dias en Pernambuco y Bahia.

Salidas... { De Liverpool todos los miércoles. De Santander. } una vez al mes.  
{ De Burdeos todos los sábados. De Coruña. }  
{ De Lisboa todos los martes. De Vigo. } dos veces al mes.

De Madrid, sábados. Los pasajeros 1.º y 2.º pueden anticipar salida.

PRECIO de los billetes.	A Pernambuco, Bahia ó Rio-Janeiro.			A Montevideo y Buenos-Aires.			A Valparaiso, Arica, Islay ó Callao.		
	1.º Rvn	2.º Rvn	3.º Rvn	1.º Rvn	2.º Rvn	3.º Rvn	1.º Rvn	2.º Rvn	3.º Rvn
Desde Madrid (via Lisboa).....	2075	2060	1053	3444	2060	1149	6505	4166	2681
Santander, Coruña ó Vigo.....	2940	1960	1175	3430	1960	1175	7345	4900	2940
Lisboa.....	2700	1960	1175	3430	1960	1175	6700	4200	2800

Los magníficos buques de esta Compañía reúnen todas las comodidades y adelantos conocidos. Trato inmejorable. Los señores pasajeros que teniendo tomado billete quieran diferir su marcha, pueden hacerlo avisando á la agencia.

AGENTES CONSIGNATARIOS.—Santander, C. Saint-Martin.—Coruña, José Pastor y Compañía.—Vigo, M. Bárcena y hermano.—Lisboa, E. Pinto Basto y compañía.

Para informes, tomar pasaje y fletes, dirigirse al agente general de la Compañía

L. RAMIREZ, CALLE DE ALCALA, 12, MADRID.

PLUS DE COPAHU JARABE DE HIERRO del Dr. Chable de Paris para curar Gonorrhées, Debilidades del canal y Píldoras de las mercuriales.—Inyecciones Chable.—Depósito en Madrid, Ferrer y C.ª, Montera 51 pral.



# AGUA CIRCASIANA

Usada por todas las familias reales y toda la nobleza de Europa. Aprobada por los médicos mas eminentes y por toda la imprenta extranjera.

EL AGUA CIRCASIANA restituye a los cabellos blancos su primitivo color, desde el rubio claro hasta el negro azabache, sin aunar el menor daño a la piel. «No es una tintura,» y en su composición no entra materia alguna nociva a la salud; hace desaparecer en tres dias la caspa por inveterada que esté; evita la caída del cabello, y vuelve la fuerza y el vigor a los tubos capilares.

Mas de 100.000 certificados prueban la excelencia del Agua Circasiana, cuyo uso reemplaza hoy en todos los países los otros preparados y tinturas tan dañosas para el cabello.

Precio del frasco 4 pesetas, frascos conteniendo el doble 7 1/2 pesetas. Todos los frascos van en magníficas cajas de carton acompañadas de un prospecto con la marca y firma de los únicos depositarios.

HERRINGS etc. C.  
LISBOA.

Véndese en la botica de los Sres. Borrell hermanos, Puerta del Sol, núm. 5.

## GUIA MÉDICA DEL MATRIMONIO

é instrucciones para asegurar su objeto moral, Acompañada de direcciones personales de importancia vital, dedicadas a los casados y solteros de ambos sexos. Por el médico consultor

DR. J. L. CURTIS,

Traducida al castellano por D. G. A. Cueva. Un tomo en 8.º de 200 páginas, ocho reales.

### POR EL MISMO AUTOR. DE LA VIRILIDAD

DE LAS CAUSAS DE SU DECADENCIA PREMATURA

é instrucciones para obtener su completo restablecimiento; ensayo médico, dedicado a los que padecen de resultados de sus excesos, de hábitos solitarios ó del contagio; seguido de observaciones sobre la espermatorea, la impotencia, la esterilidad, etc.; el tratamiento de la sífilis, de la gonorrea y de la blenorragia; cura de contagio sin mercurio y su prevención usando la receta del autor. (Su infalible loción.)

Un tomo en 8.º, con 16 láminas, estampadas con tinta de color, al precio de catorce reales, franco de porte.

Véndense estas obras en Londres, domicilio del autor, 45, Albemarle st. Piccadilly.

Barcelona, en casa de su editor Salvador Manero, Ronda 128, á donde pueden dirigirse los pedidos acompañados de su importe.

España y América, los corresponsales de la casa.

Los enfermos pueden dirigirse por correspondencia al doctor Curtis, para consultarle, remitiéndole el honorario de 100 reales vellón en sellos de correos.

Consultas en cualquier idioma

Madrid: Librería de San Martín y demás de la capital.

## CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

por D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,  
REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introducción, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto.

Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias.

Se halla en las principales librerías.

**MEMORABLES**  
Curación radical por las píldoras y pomada de Escorido, del doctor Leibel (Andrés). Las píldoras y la Pomada de Escorido, aprobadas por las facultades de Medicina de París, de Bélgica, de Inglaterra y de Italia, autorizadas en Rusia por el Consejo del Imperio, están dotadas de propiedades muy notables: calman los dolores como por encanto y alajan las hemorroides ó cualquier clase de flujo en pocos dias (sin ningún peligro de supuración).—El frasco de píldoras de Escorido, 5 f.—De Extracto de Escorido, 4 f.—De Pomada de Escorido, 5 f.—115 Rue Lafayette (París).—Depósitos: Borrell hermanos, Sanchez Ocaña, M. R. Hernandez, Moreno Miquel, Just, Pedretos, L. Ferrer y C.ª.

**TENEDURIA DE LIBROS.**  
POR D. EMILIO GALIURI.  
Nueva edición refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.  
Otra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América.  
Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende en 30 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante, Barcelona, Níbid, Espaderna, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid, Bailly-Ballière.—Havana, Chao, Habana, 400.

## VERDADERO COW-POX NATURAL. VACUNA SACADA DE LAS VACAS JOVENES

y procedente del Instituto parisiense de vacunacion, fundado en 1864 por el doctor LANGIX, caballero de la Legion de Honor, etc.

Por medio de la vacunacion practicada con el Cow-pox tomado directamente de las vacas jóvenes, no solo se evitan los funestos efectos de la viruela, si no que tambien se está seguro de no inocular otra enfermedad alguna contagiosa, como acontece frecuentemente con la vacunacion humana, llamada vulgarmente de brazo á brazo y en parte dar la sífilis, segun resulta de los experimentos hechos con este objeto por la Academia de medicina de París, y otras.

Este nuevo método, dado á conocer por el célebre Dr. Lanoix, ha sido universalmente adoptado en Francia, Inglaterra, Alemania, en América, etc.

La vacuna que remite el Dr. Lanoix viene en tubitos de vidrio, donde se conserva mucho mejor que en cristales planos es pura y tan eficaz como si se tomara directamente de las vacas. Las remesas se reciben todas las semanas.

Precio de cada tubo, 1 rs.

Depósito exclusivo para to la España y posesiones americanas, farmacia del Dr. Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 5. Madrid,

FARMACIA DE LOS PANORAMAS  
151, RUE MONTMARTRE, 151,  
PARIS.

**ROB CLERET**  
DEPURATIVO AL YODURO DE POTASIO.

EL MAS POTENTE DEPURATIVO DE LA SANGRE Y DE LOS HUMORES

DRAGEAS PURGATIVAS Y LAXANTES DE BAUDERON.

• Contra las afecciones del Estomago, y de los intestinos, del Hígado y del bazo, dan inmejorables resultados en todas las enfermedades que producen exceso de bilis y flegma, y en las enfermedades del Cutis, como herpes y diviesos.

**PAULINIA CLERET**  
Contra la Jaqueca, Neuralgias, Afecciones nerviosas del Estomago.

**PILDORAS CLERET**

Al Yoduro de hierro y de quina, el mas activo de los ferruginos, y de todos los productos el que mejor accio tiene contra las calenturas intermitentes rebeldes, combate la causa de la intermitencia y restablece las cualidades primitivas de la sangre. (BOUCHARDOT), Profesor de Higiene en la facultad de Medicina de Paris

DEPÓSITO GENERAL EN ESPAÑA: Sres. Y. FERRER Y Cia, Montera, 51, Madrid; —Barcelona, Boticas de la Estrella y de MONSERRAT, URIACH y ALOMAR, plaza del Borne, 6; —Valencia, Boticas de GREUS, ANDRES y FABIA, CAPAFONS y DOMINGO, Coruña, BESCANSA HIJOS y J. VILLAR, Oviedo, E. MARTINEZ y C. SANTAMARINA, Gijón, A. L. PEDRO, E. CUESTA.

PARIS 19. Montorgueil **CH. ALBERT** ENFERMED Secretas  
Tratamiento infalible por **VINO de ZABZAPARRILLA (Precio 24 r.) BOLOS de ARMENIA**  
Depósito general en Madrid, L. Ferrer y C.ª Montera 51, pral.; F. Izquierdo, Ruda, 14, Puente, Desengano.

## CORRESPONSALES DE LA AMERICA.

<b>ISLA DE CUBA.</b> Habana.—D. Francisco Díaz y Rios. Matanzas.—Sres. Sanchez y C.ª Trinidad.—D. Pedro Carrera. Cienfuegos.—D. Francisco Anido. Moron.—Sres. Rodriguez y Barros. Cárdenas.—D. Angel R. Alvarez. Bamba.—D. Emeterio Fernandez. Villa-Clara.—D. Joaquín Anido Ledon. Manzanillo.—D. Eduardo Codina. Quivicán.—D. Rafael Vidal Oliva. San Antonio de Rio-Blanco.—D. José Cadenas. Calabazar.—D. Juan Ferrando. Caibartin.—D. Hipólito Escobar. Guatao.—D. Juan Crespo y Arango. Holguín.—D. José Manuel Guerra Almaguer. Bolondron.—D. Santiago Muñoz. Ceiba Mocha.—D. Domingo Rosain. Cimarrones.—D. Francisco Tina. Jaruco.—D. Luis Guerra Chalfus. Sagua la Grande.—D. Indalecio Ramos. Quemado de Güines.—D. Agustín Mellado. Pinar del Rio.—D. José María Gil. Remedios.—D. Alejandro Delgado. Santiago.—D. Juan Perez Dubrull.	<b>SANTO DOMINGO.</b> (Capital).—D. Joaquín Machado. Puerto-Plata.—D. Miguel Malagon. <b>SAN THOMAS.</b> (Capital).—D. Luis Guasp. Curacao.—D. Juan Blasini. <b>MÉJICO.</b> (Capital).—D. Juan Buxó y C.ª Veracruz.—D. Manuel Ochoa. Tampico.—D. Antonio Gutierrez Victoria. Mérida.—D. Rodolfo G. Canton. Mazatlan.—D. Francisco Echeguren. Puebla.—D. Emilio Lezama. Campeche.—D. Joaquín Ramos Quintana <b>VENEZUELA.</b> Caracas.—D. Martín J. Larralde. Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestía. La Guaira.—Sres. Salas y Montemayor. Maracaybo.—Sr. D'Empaire, hijo. Ciudad Bolívar.—D. Serapio Figuera. Carúpano.—D. Juan Orsini. Barcelona.—D. Martín Hernandez. Maturín.—M. Philippe Beaupertuy. Valencia.—Sres. Jayme Pagés y C.ª Coro.—D. J. Thielen.	<b>San Miguel.</b> —D. Joaquín P. Guzman. Manuel Soto. <b>Tegucigalpa.</b> —D. Manuel Sequeiros. Chinandega (Nicaragua).—D. Isidro Gomez. <b>San Juan del Norte.</b> —D. Emilio de Thomas. <b>Sonsonate.</b> —D. Joaquín Mathé. Rivas.—D. José N. Bendaña. Granada.—D. Zacarias Guerrero. San José de Costa Rica.—D. Guillermo Molina. D. Casto Gomez. Béltze.—D. José María Martinez. <b>NEUVA GRANADA.</b> Bogotá.—D. Lázaro María Perez. Santa Marta.—D. Martín Vergara. Cartagena.—Sres. Macías é hijo. Panamá.—D. José María Aleman. Colon.—D. Matías Villaverde. Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola. Medellín.—D. Juan J. Molina. Mompós.—Sres. Ribou y hermanos. Pasto.—D. Abel Torres. Sabanalarga.—D. José Martín Tatis. Sinccelejo.—D. Gregorio Blanco. Barranquilla.—Sres. E. P. Pellet y C.ª <b>PERÚ.</b> Lima.—Sres. Redactores de La Nacion. Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana. Iquique.—D. Benigno G. Posada. Punó.—D. Francisco Landaela. Tacna.—D. Francisco Calvet. Trujillo.—Sres. Valle y Castillo. Callao.—Sres. Colville, Danwson y C.ª Arica.—D. Carlos Eulert.	<b>Piura.</b> —M. E. de Lapeyrouse y C.ª <b>BOLIVIA.</b> La Paz.—D. José Herrero. Cobija.—Sres. Aguirre—Zavala y C.ª Cochabamba.—D.ª Benedicta Reyes de Santos. Potosí.—D. Adolfo Durrels. Oruro.—D. José Cárcamo. <b>ECUADOR.</b> Guayaquil.—D. Antonio de La Mota. <b>CHILE.</b> Santiago.—D. Augusto Raymond. Valparaiso.—D. Nicasio Ezquerro. Copiapó.—Sres. Roselló hermanos. La Serena.—Sres. Alfonso, hermanos. Huasco.—D. Juan E. Carneiro. Concepcion.—D. José M. Serrate. Santa Ana.—D. José María Vides. <b>PLATA.</b> Buenos-Aires.—D. Narciso Cepedano. Catamarca.—D. Mardoqueo Molina. Córdoba.—D. Pedro Rivas. Corrientes.—D. Emilio Vigil. Paraná.—D. Cayetano Ripoll. Rosario.—D. Andrés Gonzalez. Salta.—D. Sergio Garcia. Santa Fé.—D. Remigio Perez. Tucuman.—D. Camilo Caballero. Guataguaychú.—D. José María Nuñez. Paysandú.—D. Miguel Horta. Mercedes.—D. Serafin de Rivas.	<b>BRASIL.</b> Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba. Rio grande do Sur.—N. J. Torres Crebuet. <b>PARAGUAY.</b> Asuncion.—D. Isidoro Recalde. <b>URUGUAY.</b> Montevideo.—Sres. A. Barreiro y C.ª—Don Hipólito Real y Prado. Salto Oriental.—Sres. Morillo y Gozalbo. Colonia del Sacramento.—D. José Murtagh Artigas —D. Santiago Osoro. <b>GUYANA INGLESA.</b> Demerara.—MM. Rose Duff y C.ª <b>TRINIDAD.</b> Trinidad.—M. M. Gerold etc. Ulrich. <b>ESTADOS-UNIDOS.</b> Nueva-York.—M. Echevarria y compañía. S. Francisco de California.—M. H. Payot. Nueva Orleans.—M. Victor Hebert. <b>EXTRANJERO.</b> Paris.—Mad. C. Denné Schmit, rue Favart, núm. 2. Lisboa.—Librería de Campos, rua nova de Almada, 68. Londres.—Sres. Chidley y Cortazar, 71, Store Street.
--	---	--	--	--

### CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Política, administracion, comercio, artes, ciencias, industria, literatura, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los dias 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, Sao Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Conta cada número de 16 á 20 páginas. Se suscribe en la Administracion de este periódico, calle de Valverde, número 34, y en las librerías de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de letras, libranzas ó sellos de correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; Paris, librería Española de M. C. d'Denne Schmit, rue Favart, número 2. Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. La correspondencia se dirigirá á la Administracion de LA AMÉRICA, donde se reciben anuncios, reclamos y comunicados.